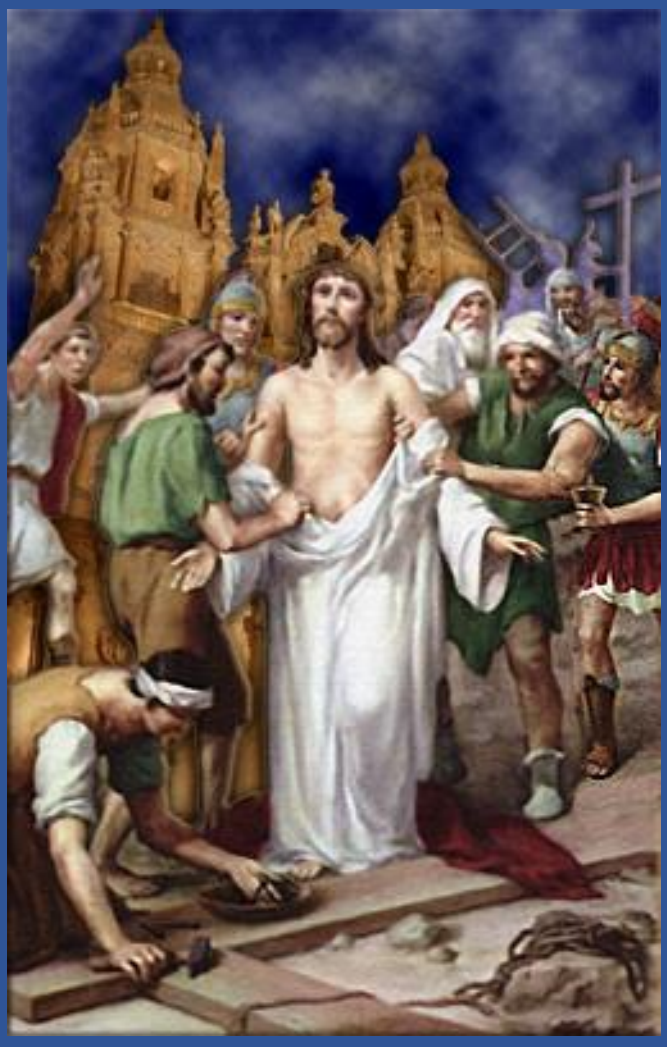
Tito Casini

LA TÚNICA RASGADA



Tito Casini

LA TÚNICA RASGADA

Traducción del italiano y notas por el Rvdo. Dr. Joaquín Sáenz y Arriaga

Roma
1968

Versión digital, 2025.

El libro, aunque no lo diga el autor, va dirigido al Cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de la Archidiócesis de Bolonia y presidente de Consilium, la comisión especial instituida por Pablo VI para aplicar las prescripciones de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia del Vaticano II. El cargo de secretario de dicho Consilium lo ocupaba Monseñor Annibale Bugnini.

Í N D I C E

Nota del traductor. 4
Prólogo 6
Introducción 9
“Unanimes uno ore” 13
El “Sensus fidelium”. 15
Domingo de Pasión 19
Lenguaje predestinado 24
Innovación y un asunto de sentimiento 28
El difragma. 34
La igualdad prometida. 38
Escándalo en la Iglesia. 40
El latín y el pueblo 43
Los no latinos son los más decididos defensores del latín 46
Extranjeros aun en la misma Iglesia 52
Marta y María. 54
“No estamos conviertiendo, sino que estamos siendo convertidos” 62
La fe de la humildad 66
Devociones electrónicas 71
El latín, lenguaje de la juventud 75
El Siervo de Dios Pío XII. 81
El Concilio. 87
“In gratia Cantantes Deo” 91
Cerca de los ríos de Babilonia. 91
Amamos y por eso cantamos 97
El Coro Parroquial: un memoria 100
Usquequo, Domine? 105
Sacrificium Laudis 108

NOTA DEL TRADUCTOR.

Los primeros ejemplares de este pequeño libro aparecieron, por vez primera, en las librerías de Roma; allá por marzo de 1967. La prensa italiana describió la obra con el sensacional nombre de una bomba atómica literaria o, para ser más científicos: PYROBULUS ATOMICUS, término inventado recientemente y que ya se encuentra en el Diccionario Latino-Italiano de palabras modernas, publicado por el Cardenal Bacci, el más grande latinista de la Iglesia, que ha servido a cuatro Papas en la publicación de los mayores documentos oficiales de la Iglesia, en esta época.

El libro de Tito Casini tuvo un éxito enorme La primera edición quedó agotada en poco tiempo. *La túnica Stracciata*, que en Italia va ya en su duodécima edición, ha circulado por todo el mundo y son muchas las traducciones que de esta obra se han hecho.

Grandemente estimado por Pío XII y Juan XXIII, Tito Casini ha enriquecido con numerosas obras la literatura italiana, Entre las más conocidas están aquellas, cuyo tema relaciona las Geórgicas virgilianas con las épocas litúrgicas. Tito Casini, por su hábil entrelazamiento de los temas del Misal y las “Geórgicas” ha sido, con razón, llamado “El Virgilio Cristiano”. Su penúltima obra, una novela de dos volúmenes, titulada “*Maremma Amara*” ganó en 1966 un premio literario.

Pero, ahora Casini, ante un imperativo de su propia conciencia, toma su pluma para combatir la revolución litúrgica y especialmente la supresión del latín, que él considera desastrosa para la Iglesia.

Con delicada prudencia omite el nombre del Cardenal Lercaro, a quien dirige principalmente su escrito; aunque éste es un secreto a voces, cuya clave se encuentra en los mismos documentos firmados e inspirados por el ex-Arzobispo de Bolonia.

En nuestra traducción española hemos omitido aquellas expresiones, carentes de sentido entre nosotros, aunque en italiano den mayor fuerza a las ideas de Tito Casini. Hemos de tener presente que las expresiones clásicamente florentinas, que no afectan el sentido de la obra, para nosotros carecerían de valor y sentido.

Roma, mayo de 1968,

PRÓLOGO

Se me ha pedido escribir un breve prólogo a este pequeño libro de Tito Casini. No puedo, ni quiero negarme a hacerlo. Por lo contrario, lo escribiré con sumo gusto, aunque no sin alguna reserva.

Considero a Tito Casini, a quien conozco desde la infancia, uno de los primeros escritores católicos de Italia, Su estilo fresco, franco y cáustico, es como una ráfaga del aire puro de la montaña, que uno respira en su amada Florencia, suya y mía. Casini es un cristiano de una pieza y bien puede decir con el antiguo escritor: "*Christianus mihi nomen, Catholicus cognomen*" Soy, por nombre, cristiano y me apellido católico. Y si lo que él ha escrito en este libro puede, tal vez, parecer a alguno muy poco reverente, todos estamos obligados a admitir que su escrito fue dictado solamente por su amor apasionado por la Iglesia y por su decoro litúrgico. De todos modos, puede y debe afirmarse que lo que Casini dice en este pequeño volumen nunca va en contra de lo que fue establecido en la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II. Lo que él impugna es una aplicación desviada de esta Constitución, que ciertos frenéticos y fanáticos innovadores han estado buscando imponer a toda costa en la práctica. Y está por encima de todas las palabras lo que algunos están haciendo en este programa resbaloso con sus así llamadas "Cenas Eucarísticas", sus misas "yeyé y otras abominaciones parecidas.

Yo estoy muy contento, lo repito, de escribir este prólogo, porque pienso en aquellas páginas, todavía más ardientes y denodadas, que puso Dios en la mente y en la pluma de Santa Catalina de Siena y que pueden servir para ratificar ciertas ideas y para prestar un buen servicio a la causa de la Iglesia.

Tengo confianza, entre tanto, en que las personas, que se sientan mencionadas, perdonarán con buena voluntad al autor ciertas expresiones, que pueden aparecer poco respetuosas en relación a ellas, reflexionando que no

fueron escritas con la intención de ofender a nadie en lo más mínimo, sino por una mente y un corazón exasperados por algunas de esas innovaciones, que parecen y son verdaderas profanaciones.

Todos nosotros, por esta razón, podemos siempre aprender algo nuevo —aun desde el punto de vista de los laicos— y especialmente tales laicos, corno Tito Casini, que es un modelo de católicos.

Y aquí debo yo recordar al lector quo se ha establecido una federación internacional para la conservación del latín y del canto gregoriano en la liturgia católica. Esta federación cuenta ahora como miembros a numerosas personas de todas las clases sociales, en catorce naciones, y tiene su organismo central en Zurich, Suiza. La organización publica además una revista titulada "*Una Voce*", el latín, la única lengua de la Iglesia, cuyas palabras son casi idénticas en italiano y muy parecidas en otras lenguas, que del latín se derivan. El italiano es casi un dialecto del latín, y el latín de la liturgia, que es heredero del "***Sermo Rusticus***", el lenguaje rústico del pueblo, con facilidad, puede ser entendido por la mayor parte de las personas que forman el pueblo; tal vea mejor entendido que algunas de esas versiones vernáculas, a las que con justicia podríamos llamar traducciones bárbaras. Si no se puede decir lo mismo de los pueblos no latinos, la mayoría de los católicos de origen no latino, en todas partes del mundo, pueden, con relativa facilidad, entender, a lo menos, lo suficiente del sentido general, para darse cuenta de la ventaja del latín sobre los textos vernáculos, que son más bien una traición de la verdad y de las palabras y frases originales, que una verdadera traducción. En el Boletín de enero de este año "Una Voce" (italiana) expresó lo que creía un deber, al denunciar la vernaculización actual de la liturgia como un atentado, que no estaba "en manera alguna en armonía con lo que el Concilio esperaba". La Constitución sobre la liturgia, en el artículo 36, establece, como un principio general, que el latín será conservado en los Ritos Sagrados; mientras que solamente se concede el uso de las lenguas vernáculas en las Lecciones y ciertas determinadas partes de la Misa, con tal de que esto sirva a una mejor inteligencia del pueblo. Pero, el uso total e indiscriminado de las lenguas comunes, como se practica en muchas partes de Italia y en otros muchos países, no solamente es contrario al Concilio, sino que es causa también de un intenso sufrimiento espiritual para una gran multitud de personas.

Por lo tanto, yo pienso que la petición enviada por la Confederación Internacional "Una Voce" de salvaguardar el latín y la música sacra en la liturgia católica, a la Conferencia Nacional del Episcopado Italiano, merece

una cuidadosa y favorable consideración. Porque de continuar con la celebración de la Misa y demás ritos sagrados, en un mal italiano y en otras lenguas nacionales o en esperanto, el latín, la lengua de la Iglesia, corre el peligro de ser totalmente destruido, como un peligroso animal.

Parece, pues, oportuno que, a lo menos en las iglesias catedrales, en los Santuarios y centros turísticos y en todas partes donde baya suficientes sacerdotes, se celebren algunas misas en latín, en tiempos establecidos, para satisfacer las justas demandas de todos aquellos, cualquiera que sea su nacionalidad, que prefieren, el latín a las lenguas .vernáculas, y el canto gregoriano a esos vulgares y poco inspiradores cánticos populares, que pretenden imponerse hoy en día, con poco .beneficio ciertamente para el decoro del culto católico.

† Antonio Cardenal Bacci.

Ciudad Vaticana, 23 febrero 1967.

INTRODUCCIÓN

Esta “carta”, escrita en un estilo tan diferente al estilo ordinario, que suelo yo usar, como podrán bien comprobarlo los lectores de otras obras mías, la tuve yo por muchos meses sepultada entre los papeles de un cajón de mi escritorio. Me parecía que era demasiado atrevimiento el publicarla y por eso la, guardé, con esperanza y con vacilación; esperanza de que el reconocimiento de los errores cometidos por ciertas autoridades y la consiguiente determinación de seguir ellas mejor consejo, me daría a mí la causa, llena de alegría, para romper este escrito, que ya no era necesario y que tanto sufrimiento me había causado al redactarlo,

Pero, no; la liturgia católica continuó y todavía continúa siendo atacada, en sus formas, en su lenguaje, y en su música, por una “banda de innovadores “progresistas”, en realidad tan anticuados como el Obispo de Pistoia y el Gran Duque Leopoldo. Nadie, pues, debería sorprenderse de que yo, que hasta hace poco pretendía celebrar, con amor constante, la hermosura de la Esposa de Cristo, tenga ahora que defenderla, cambiando mi pluma por una espada, “*Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus emulatio*”, es fuerte como la muerte el amor; es duro como el infierno la emulación,

Al fin, en el verano de 1966 fueron estas páginas a la imprenta, para ser luego retiradas por mí, al leer, con gran regocijo, la Carta Apostólica, fechada el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora.

Esa carta empieza con las palabras “*Sacrificium laudis*” y repudia con gran fuerza y persuasión las pretensiones y actividades del Modernismo, respecto del Oficio Divino:

> “Ha llegado a nuestro conocimiento, (escribió el Santo Padre), que son demandadas las lenguas vernáculas para el canto del Oficio Divino

en el coro y que se han hecho esfuerzos aquí y allá para cambiar el canto conocido como gregoriano con esos sones populares tan en boga hoy en día; más aún, sabemos también que algunos claman hoy por la supresión total del latín. Nos vemos obligados a admitir que demandas de este género Nos han causado grave inquietud y no pequeña tristeza. Y surge la pregunta: ¿De dónde viene este estado de ánimo y ésta hasta ahora inaudita insubordinación y por qué se ha difundido así…?"

Después de. recordar el Papa lo que el Concilio estableció en la Constitución sobre la liturgia, claramente contrario a esta manera de pensar, prosigue Pablo VI:

"No se trata tan sólo de conservar la lengua latina —lengua que, lejos de merecer un pequeño honor, es ciertamente digna de ser defendida con energía, .como la fuente más fértil en la Iglesia latina de la civilización cristiana y como el tesoro más rico de la piadosa devoción—, se trata también de conservar intacta la propia forma, belleza y original vigor de estas oraciones y cantos, Causa, por lo tanto, asombro que esta manera de orar, alterada por la repentina emoción, pueda ahora parecer a alguno como despreciable".

Después de refutar una objeción inconsistente en relación al latín, continúa la carta del Pontífice:

"El coro, desprovisto de ese lenguaje, que está por encima de las fronteras de las diversas naciones, y cuya grandeza consiste en su maravillosa fuerza espiritual; el coro que quiera eliminar esas melodías que brotan de las profundidades del alma —nos referimos al canto gregoriano— sería como una candela mortecina, que no daría ya luz que iluminase la mente y los ojos de los hombres... "

"Nos no desearíamos, —concluye la Carta Apostólica, añadiendo fuerza a la refutación—, por el gran amor que os profesamos y la gran estima que hacia esta preciosa herencia tenemos, el conceder lo que podría originar un empeoramiento y ser, tal vez, el origen de un no pequeño daño para vosotros; así como de un indudable debilitamiento y pesar a toda la Iglesia de Dios. Permitidnos, pues, proteger vuestra herencia, aun a costa de vosotros misinos".

Tenía yo razón para regocijarme y esperar, después de haber leído esta Carta Apostólica. Pero, ¿qué sucedió en realidad? En la Semana Litúrgica,

celebrada escasamente dos semanas después de la Carta del Santo Padre, se formuló un programa ampliando el campo para las lenguas vernáculas y los cánticos modernos populares, incluyendo, entre otros, los siguientes puntos: preparación de una traducción de los salmos, propios del Oficio Divino, para ser usada en las Vísperas y en los actos todos del Servicio Divino; revisión y adaptación en la lengua nacional do la Bendición Eucarística (y ya antes se nos había dado una prueba de la calidad de tal adaptación); preparación de una traducción del Gradual y adaptación de las melodías populares para ser incorporadas en los textos vernáculos; traducción, que debía adoptarse oficialmente, de las oraciones comunes, usadas en todo el país, tales como el "*Angelus Domini*", las letanías de la Virgen, etc. etc. Todas estas mudanzas, como se ve, están claramente en desacuerdo con la Carta Apostólica del Santo Padre, que hemos ya antes mencionado, como lo negro está en desacuerdo con lo blanco.

Por tal motivo, tuve que llevar de nuevo mi manuscrito a los impresores, en cuyas manos, sin embargo, quedó tan sólo confiado, con la esperanza todavía en. mi pecho y la incertidumbre de que una solución inesperada viniese a hacer inoportuna la publicación de este escrito.

En el verano se llevó a cabo un nuevo y todavía más vandálico asalto, al que Su Santidad hizo frente en su alocución del 13 de octubre, llamando la atención a los miembros del Consilium por estas interpretaciones de la Constitución Litúrgica tan "fuera del sentido de lo sagrado, que pide reverencia para las ceremonias, que la Iglesia ha ordenado para el culto divino" y recordando, al mismo tiempo, el respeto debido a la tradición, por cuyo medio "se nos da una preciosa y venerable herencia, y condenando la furia iconoclasta "*festinationes quasi iconoclastorum*", que parece querer reformar y cambiar todas las cosas.

A pesar de todo, el asalto fue perpetrado. Por consiguiente, toda vacilación cesó, y convencido de "la libertad, más aún, del deber" reconocido y proclamado por el Concilio a todos los laicos católicos (libertad, que, sin embargo, nos es negada por el Consilium), para expresar todo aquello "que pertenece al bien de la Iglesia" (Constitución sobre la Iglesia), al fin decidí que nada había ya que pudiese impedir la publicación de este pequeño libro,

Y ¿cuáles eran mis esperanzas? Permitid que os responda con franqueza: ninguna en los hombres; todas en Aquél, cuyos soldados fuimos hechos en el día venturoso de nuestra confirmación. Estamos obligados a luchar como partidarios y posiblemente con los bríos de un decidido partidario. Yo recordé entonces las palabras de un gran partidario de Dios (aunque

la comparación sea evidentemente desproporcionada), de Matatías, que, al morir, dijo a sus hijos: “Ahora prevalecen el orgullo y la subversión. Por tanto, hijos míos, sed celosos y firmes en la fe...”

Armados con las armas de la fe, estamos luchando y seguiremos luchando por Israel y dentro de Israel —por la Iglesia, y dentro de la Iglesia—, teniendo muy presentes las palabras de Cristo que dijo: **“***non veni pacem mittere sed gladium*...” no he venido o traer la paz, sino la espada.

Tenemos que ofrecer también al Señor el sufrimiento de vernos obligados a luchar contra enemigos, que son, en realidad, nuestros amados hermanos, ya sean éstos seglares, como yo, ya sean eclesiásticos, como la Eminente persona a quien dirijo esta carta, cuyo nombre omito por el respeto que merece su encumbrada dignidad.

Tito Casini.

Florencia, 22 de febrero de 1967, fiesta de la Cátedra de San Pedro, 5º aniversario de la Constitución *Veterum Sapiencia*.

"UNANIMES UNO ORE"[1]

Eminentísimo Señor;

Yo pensé el otro día en Vuestra Eminencia, al leer en. el *Osservatore Romano* algo que acaeció hará unos treinta años, poco más o menos. No podía menos, al leer el Hecho narrado por el periódico vaticano, de pensar en Vuestra Eminencia y asociar o, mejor dicho, contraponer a ese hecho vuestras decisiones, que publicasteis aquel día 7 de marzo de 1965, tétrico y memorable en la historia de la Iglesia.

Vuestra Eminencia ya conoce mis puntos de vista sobre el particular, y así no tendrá ocasión de sorpresa alguna.

El hecho, relatado en el *Osservatore Romano*, ocurrió en Roma, el 11 de. septiembre de 1932; para ser preciso, durante las obras de demolición, ordenadas por Mussolini para abrir la nueva avenida, conocida ahora como **Via dei Fori Imperiali**. Entre los edificios destinados al derrumbe estaba una Iglesia, Santa Maria in Macello Martyrum, venerada por mucha gente, así por su antigüedad, como por sus recuerdos religiosos. Sin embargo, los ingenieros encargados de esas obras urbanas no consideraron que había razón suficiente para perdonar el vetusto templo. Llegó el momento de echar por tierra un muro, que tenía un venerado fresco de la Crucifixión del Señor. Se pidió permiso a la Comisión nombrada y allí presente, integrada por un grupo de artistas y un obispo, para proceder a la demolición. El permiso fue dado, a pesar del valor artístico de aquel mural. El obispo con una señal de su mano dio la orden a un trabajador para que comenzase su obra destructora.

[1] Unánimes, con una sola voz, o de común acuerdo, con una misma boca.

Con verdadera repugnancia, que aquel pobre obrero no trató de ocultar, tomó su piqueta, sin levantarla en alto, vacilante, angustiado, hasta que volviéndose al obispo, a quien probablemente tomó como un miembro ordinario del clero, exclamó: "Reverendo, yo soy un cristiano. Yo no creo que pueda hacer lo que usted me. manda. Si realmente desea que se haga esto ¿quiere usted empezar dando los primeros golpes? Su Excelencia se ruborizó. Nadie habló una palabra; pero, todos los ojos se dirigieron a contemplar de nuevo aquella pintura sagrada. Entonces sucedió algo inesperado, que después de todo debe recordarse: el mural fue perdonado.

No conozco —el escritor no lo menciona— quién fue ese obispo. Pero, estoy seguro que no pudo ser Vuestra Eminencia, porque si hubiese sido Vuestra Eminencia, sin duda habríais accedido a la súplica del obrero y con un significado "simbólico en vuestra actuación hubierais decidido ayudar a la destrucción de ese templo anticuado, "no funcional", a pesar de. la apelación a la "estética" y a sus antiguos recuerdos religiosos para el pueblo.

Tal acto de destrucción ya lo ha realizado S.E. con éxito, con enérgica decisión y con la ayuda —lo sabemos todos— de otros, en una escala incomparablemente más amplia y con estragos mucho más lamentables, en el ya mencionado documento del 7 de marzo de 1965.

Y no me refiero, Eminentísimo Señor, al camino abierto por los certeros golpes de vuestra piqueta, ni a vuestras instrucciones para la renovación y destrucción de templos, altares, tabernáculos, comulgatorios, estatuas, pulpitos, frisos y obras de arte, inventadas y elaboradas, para gloria de Dios y servicio de la fe, en el decurso de los siglos. No estoy hablando de iglesias o de las cosas que embellecen las iglesias, sino de la Iglesia —la Santa Madre Iglesia, tan llena de hermosura— a la que yo, como. Su Eminencia, pertenecemos y la que me pertenece a mí, lo mismo que a S.E. Y, por lo tanto, es mi derecho y mi deber el emplear mi pluma y el levantar mi voz en su defensa, sin tener en cuenta si mi actitud desagrada o no a S.E. decidido con la resolución que comunica la verdad.

Pero, ¿es posible que pueda esta defensa desagradar a Vuestra Eminencia? ¿Puede seros motivo de justo enojo o admiración el que un seglar cualquiera, como yo, hable y exprese lo que él piensa, en asuntos de religión, a un miembro del clero, a un obispo; todavía más, a un Cardenal, como es S.E.? Sin recordaros, Eminencia, que, cuando hay profetas que dudan o que callan, Dios puede hacer uso de un asno y dar a ese animal el poder de hablar, para amonestar a esos profetas (y yo os deseo en este caso la humildad del profeta Balaam con relación a mí), apelo precisamente a mi condición

de laico para hacer lo que, a juicio de otros y aun a mi propio juicio, en otros tiempos, hubiera parecido aventurado, aunque seguramente hecho con las mejores intenciones.

Vosotros, Pastores mitrados, habéis lisonjeado tanto y habéis dado tales ánimos a nosotros, los que hasta hace poco tiempo éramos simples ovejas del rebaño confiado a Pedro, en las riberas del mar de Galilea, que algunas veces parece que os habéis sobrepasado al hacer esto y habéis dado aparente fundamento para el chiste que corre en todas partes: al consultar, en una modernísima enciclopedia, el término "laicado", probablemente encontraríamos la advertencia "véase CLERO"; y, al consultar después "clero", se nos daría la referencia de "LAICADO",

Dejando a un lado el chiste, Vosotros, Padres Conciliares, nos habéis concedido tanta importancia a nosotros los seglares en la dirección de los negocios de la Iglesia —apelo a las propias palabras de Vuestra Eminencia, difundidas a trasvés do la radio y la TV, tres días antes del 7 de marzo de 1965: "Ciertamente este Concilio puede ser llamado el Concilio del laicado"—; habéis hablado tanto y en términos tan elocuentes acerca de este tema, que nos habéis embriagado con la idea de la "libertad.", de tal manera que ya no nos parece irreverente el hablar con franqueza en la Iglesia. ¿Por qué entonces no podría yo hablar así a Su Eminencia?

El "Sensus fidelium".

Me conforta, además, el poder encontrar un ejemplo maravilloso en el laicado de otras épocas; de uno que hablando así, en la Iglesia, de los hombres de la Iglesia —eclesiásticos desde las más bajas hasta las más altas jerarquías— con una libertad nunca antes vista y nunca tal vez igualada; un laico, al que el Concilio Vaticano II encumbró y exaltó por su fe, como el más profundo y sublime poeta-apologista de la Iglesia. Me refiero a Dante, Eminencia, a Dante, a quien tantos de vuestros hermanos en el Episcopado quisieron honrar yendo en tan crecido número, durante el Concilio, de Roma a Florencia; a Dante, a quien han celebrado y alabado tantos Papas: Pablo VI, el último de todos, al dedicarle, entre otras cosas, el Motu Proprio *Altissimi Cantus*, que no calla, sino quo exalta, como una señal de su celo y de su vehemente amor por la Iglesia, las invectivas contra los eclesiásticos, que, a su criterio, no estaban honrando la Iglesia. ("*Officium iudicis et correctoris, quod sibi vindicat, ipsi concilat, praesertim cum lamentabilia*

vitia carpit… "). [El oficio de juez y de corrector, que se atribuye a sí mismo, le granjea estima, especialmente cuando critica vicios lamentables.]

A propósito de las razones que me han inducido, Eminentísimo Señor, a escribiros esta "carta", un reconocido teólogo (a quien por su tranquilidad no quiero nombrar), ha afirmado en un artículo "Grito del corazón de un cristiano", que, ante las evidentes, numerosas y lamentables desviaciones de parte de muchos de los obispos, "la peor calamidad sería que el rebaño mostrase una conformidad absoluta para seguir a ciegas a sus pastores". Y, como confirmación de su pensamiento, el citado teólogo nos recuerda elocuentes ejemplos del pasado, en los quo valerosos laicos se opusieron abierta y decididamente a esas desviaciones de sus pastores, en franca rebeldía contra el error y con aparente escándalo de muchos que no supieron ver el peligro de la Iglesia. Pasados los años, esos santos "rebeldes" fueron canonizados como santos. El mencionado teólogo nos recuerda el "sensus fidelium", ese sentimiento o ese sentido de la fe, que levantó a los cristianos de otros tiempos para dar la señal de alarma, contra las novedades de Arrio y de Nestorio; y trae a nuestra memoria las palabras de. San Hilario, "martillo de Arrio"; "Los oídos de los fieles son más católicos que las bocas de ciertos obispos".

Nosotros creemos, Eminencia, (y digo nosotros y no yo, porque somos muchos los que así pensamos) que nos encontramos ahora en circunstancias parecidas y que, por lo tanto, ha llegado para nosotros el momento de hacer sonar las alarmas y de cumplir nuestro deber de resistencia.

Y, si es a Vos, Eminencia, a quien debemos resistir, lo haremos vigorosamente. Si mi pluma sale, tal vez, de los límites de la moderación, yo encuentro, en el presente caso, alguna justificación, recordando las palabras que dijo, en cierta ocasión. Pío XI a un hermano vuestro en el Episcopado, el obispo de Camerino: "San Ignacio, que sabía algo de las pasiones humanas, tiene un magnífico capítulo, en el cual dice que toda pasión humana debería ser dominada, pero que la irascibilidad, por el contrario, debería conservarse un poco". A lo que contestó al obispo, y yo hago mía. su propia esperanza: "Quisiera Dios que si he estado un poco exaltado y aun duro, que haya sido esta actitud mía efecto de la caridad sobrenatural".

Debería haber sido esta caridad, permitidme que así lo piense, la que debiese haber obligado a Don Orione a declarar al obispo, que había desbandado su incipiente Congregación: "Yo pienso, mi Señor, que Ud. no puede, en conciencia, celebrar Misa mañana". Don Orione así lo pensó, pero, no dijo nada al obispo; y un sacerdote suyo, comentando en una publicación religiosa el caso, nos recuerda el *peccatum taciturnitatis* —el pecado

del silencio— definido por los teólogos como “la culpabilidad “de la mayoría de los cristianos, al habituarse a ver con absoluta indiferencia y pasividad los problemas relacionados con la Iglesia”.

No ahora solamente, sino ahora con más claridad que antes, nos habíamos dado cuenta de la presencia de numerosas termitas dentro del organismo mismo de la Iglesia fundada por Cristo: secularismo, modernismo, marxismo, protestantismo, comunismo. Estos insectos están devorando tranquilamente la estructura misma de la Iglesia, minándola, demoliéndola, bajo la protección que les da la intención declarada del guardián, de no condenar a ninguno o, a lo menos, de no hacerlo de una manera áspera, guardando la condenación en alta voz y el desprecio para aquellos que, como nosotros, nos empeñamos en salvar el pasado que perece y damos las señales de alarma. Y esto, a pesar de que este empeño está completamente de acuerdo con la carta del Papa a los miembros del primer Congreso Postconciliar Teológico, reunido en Roma en septiembre de 1966, en la que Su Santidad denuncia vigorosamente los “peligros de las erróneas ideologías modernas, de tal virulencia, que amenazan con subvertir las. mismas bases racionales de la fe”.

Estas palabras pontificias me vuelven a colocar delante de Vos, Eminentísimo Señor, y de vuestro decreto del día 7 de marzo de 1965. Vuestro por lo que tiene de propio y por lo que Vuestros fíeles secuaces han dicho y hecho. En realidad, ese documento del Consilium, que Vos, presidís, viene a señalar el clímax de un paciente y prolongado trabajo, emprendido por Vos mismo, y que Vos declarasteis al referiros al espíritu y a las esperanzas que se han puesto en la “reforma”.

Según Vuestra propia confesión, ese trabajo “ha venido realizándose en vuestra diócesis por más de diez años”. ¡Qué satisfactoria justificación! Una, que de ser aceptada, justificaría todos los abusos y herejías: arbitrariedad en materia de disciplina, libre investigación en materia de culto; el hacer legales toda suerte de “experiencias” de parte de cualquier individuo, y el poner escuela —establecer una moda— en el campo litúrgico, variando de iglesia en iglesia, de ciudad en ciudad, de diócesis en diócesis, de nación en nación, de región en región, en la que cada sacerdote es un papa independiente, sin dejar al Sumo Pontífice otra cosa que no sea la admonición, la advertencia. Estado de cosas que ha ido lejos, muy lejos, más allá de lo permitido por vuestras propias disposiciones y que con mucho sobrepasa las disposiciones legales del Concilio.

Es verdad que vuestro camino para trabajar ha sido muy opuesto al de esos ocultos y silenciosos insectos, ya antes mencionados.

No; no sería apropiado hablar de termitas, por lo que a Vos concierne, teniéndoos a Vos, como yo Os tengo (excepto en la intención, que era y es seguramente del todo opuesta a la apariencia), como la más formidable amenaza, después de Martín Lutero, para la integridad y unidad de la Iglesia, que es la primera de sus notas características: UNA, Santa, Católica y Apostólica, Las termitas —popularmente conocidas como hormigas blancas— devoran en la oscuridad, destruyen casi inadvertidamente. Por el contrario, todo lo que Vos hacéis, Eminencia, es proclamado desde los techos y es ampliamente divulgado por una clamorosa publicidad. Aunque hay algo en vuestras actividades que no ha estado de acuerdo con esas llamaradas de luz. Para ser preciso, me refiero en concreto a los medios, que han sido guardados en la oscuridad, y que Vos pusisteis en juego para conseguir para Vuestra persona esa posición, tan útil y necesaria, de Presidente del "Consilium para llevar a la práctica la Constitución Conciliar sobre la Liturgia; Constitución, que en sí es buena, pero que en vuestras manos ha sido deformada, violada, tratada como "un pedazo de papel".

Una vez que Vuestra Eminencia hubo llegado a la meta, de sus aspiraciones y después de haber seleccionado sus auxiliares, nunca dejó, de actuar dictatorialmente, de una manera pública, en la TV, con igual frecuencia que por otros caminos más discretos.

En verdad que este Vuestro Wittemburg —este principio de **vuestra "reforma"**— fue anunciado y acompañado por tan clamoroso ruido de vocinglera propaganda, que parecía ser una reminiscencia de la inauguración de ciertos programas de un régimen dictatorial ya pasado. ¡Pobre Santo Tomás en cuya fiesta fue proclamada Vuestra "reforma", si le fuera posible en el cielo sufrir a causa de estos revolucionarios sucesos aquí en la tierra!

Ese primer domingo de Cuaresma, ese 7 de marzo de 1965, yo di gracias a Dios, Eminencia, porque una fuerte dosis de fiebre rusa (así la llamó el doctor; pero que vuestros subalternos y lugartenientes no tengan ningún resentimiento por esto), me impidió asistir al templo y estar presente, en esa mi Iglesia católica, en el primer "servicio divino", como fue desde entonces llamado. Seguramente que fue tan sólo efecto de mi fiebre, Eminentísimo Señor; pero, tuve la impresión en ese día lamentable de que estaba escuchando, desde la plaza de Lutero en Worms, en medio de los gritos clamorosos de triunfo de vuestros seguidores, una voz que clamaba: "¡Al fin! ¡Al fin!"

Domingo de Pasión

Ese primer domingo de Cuaresma de 1965 —Domingo "Laetare" para Vos, Eminencia, para mí y para otros muchos conmigo, Domingo de Pasión—, yo estuve pensando en la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo, y, en mi mente, volví a contemplar la figura de Cristo Crucificado en aquel mural, que el humilde e ignorante trabajador no se atrevió a destruir con su zapapico. Meditaba yo aquel pasaje del Evangelio de San Juan, al que la Iglesia, a través de los siglos, ha atribuido, o, mejor dicho, ha reconocido tan gran valor simbólico: "Los soldados después de haberlo crucificado, se apoderaron de sus vestiduras (e hicieron) cuatro partes, una para cada uno de ellos, y también la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida toda de una sola pieza. Y ellos se dijeron entre sí: no la cortemos, sino echemos suertes para ver a quién le toca. Para que se cumpliese la Escritura, que dice: "Han repartido entre sí mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes".

Su Eminencia pensará que fue la fiebre —o que la túnica ya sea entera, ya sea en partes, es siempre una túnica—; pero ese domingo yo vi a Vuestra Eminencia, y así ha quedado en mi mente Vuestra imagen, en el acto de hacer, con la inconsútil y ensangrentada túnica de Cristo, lo que los soldados no se atrevieran a hacer, lo que nadie nunca se ha atrevido a hacer, por todo lo que tal acto significa. Yo Os vi y Os veo de nuevo, Eminencia, rasgando en pedazos esa túnica que es la figura y el vínculo de la unidad de los creyentes en Cristo, pasados, presentes y futuros; ¡rasgando esa túnica en mil pedazos!

Dos años han pasado desde los comienzos de vuestra "reforma", y en ese tiempo la furia de nuevos y continuos cambios, de mayores desgarraduras, se ha convertido en "nauseabunda" y parece llevarnos hacia una "iconofobia" o una nueva herejía "iconoclasta", para usar las palabras ya citadas del Sumo Pontífice.

De nuevo, en su Exhortación Apostólica por el Año de la Fe "*Petrum et Paulum Apostolos*", proclamado para celebrar, el año de 1967, el décimo nono centenario del martirio en Roma de San Pedro y San Pablo, el Papa ha hablado del "atentado para introducir en el pueblo de Dios una, así llamada, mentalidad postconciliar, que parece ignorar o desconocer la firmeza y coherencia de los amplios y magníficos desenvolvimientos, doctrinales y legislativos, del Concilio... que está subvirtiendo el espíritu y fidelidad tradicional de la Iglesia y, que quiere esparcir por todas partes la ilusión de dar

al cristianismo una, nueva interpretación, que es, a un mismo tiempo, arbitraria y estéril...”

Además, en su alocución a los miembros del Consilium, encargado de realizar la Constitución sobre la Liturgia, del que Vos sois Eminencia, el Presidente, Pablo VI, con gran amplitud y con una severidad sin precedente, condena lo que él sintetizaba como una “desacralización de la Liturgia” —si es que todavía merece tal nombre— y con ella fatalmente de todo el Cristianismo.

En verdad, los mismos protestantes nunca llegaron a llevar a cabo tan detestable programa en los cuatrocientos años de su historia. Y nosotros, después de solos dos años de vuestra “reforma”, seguimos frotando nuestros ojos y nos preguntamos azorados cómo ha sido posible que hayan llevado a cabo tan demoledora empresa.

Y para aquellos que quieran objetarnos, aun contra el pensamiento y las expresiones del Papa, que hablar de iconoclastas es una exageración, ya que la liturgia nunca pretendió ser un tesoro estético o artístico, y que era ya tiempo de que fuese “liberada de los grilletes de una inmutabilidad ritual”; y a aquellos que, con los nuevos teólogos, han consentido en ser convencidos —mezclando medias verdades con la verdad completa— de que el mismo culto de las acciones litúrgicas nunca pretendió producir tan sólo el sentimiento de un temor reverencial, siendo más bien una “comida festiva”, celebrada en común, todos de igual manera, como en un banquete, deberíamos recordarles que, aun para estas celebraciones profanas, una cierta cantidad de adorno y de decoro es imprescindible.

Esto es lo que el *Osservatore Romano* del Vaticano tuvo que decir solamente dos meses después de la introducción de vuestro nuevo camino de oración comunitaria, sobre la vergonzosa destrucción del arte sagrado, una destrucción que sin cesar, —con mayor o menor intensidad, según las regiones y las diócesis—, se ha estado realizando a la vista de todos.

> “Hermosos candeleros, expuestos como gangas comerciales en las tiendas de antigüedades, para ser remodelados como lámparas de comedor o como adornos curiosos en los *cocktail-bars*; confesionarios, destruidos y convertidos en libreros o guardarropas; los mismos altares, con sus hermosas ornamentaciones de mármol y mosaicos, con sus frisos sorprendentes, pueden ahora encontrarse en los salones de recepción de los hoteles, en las casas de veraneo de personas adineradas y hasta en los mostradores de los bares, “Y no es esto todo —continúa el

artículo—, los ornamentos sacerdotales, que las limosnas y la devoción do nuestros antepasados, con la austeridad y los sacrificios de su vida ordinaria, habían hermosamente elaborado para el honor y culto de Dios, han sido despedazados y convertidos en tapices de muebles o cubiertas de divanes y cojines … Y todavía peor; preciosos relicarios los vemos ahora colocados entre los artísticos floreros y las botellas de licores; las custodias, de oro o plata, en que se exponía el Santísimo Sacramento, usadas ahora como cajas de reloj o de barómetro. Aun los vasos sagrados no han sido perdonados y son utilizados como pedestales de lámparas o de estatuas profanas, en los tocadores de las damas elegantes, en donde también se ven, sobre las cubiertas, ceniceros hechos de patenas, en las que la señal de la Cruz aparece, cuando no está cubierta con las cenizas de los cigarrillos …"

Y citaré ahora lo que escribió, en *The Tablet*, Christopher Sykes hace menos de un año:

"Está fuera de toda duda que los siglos que produjeron el mayor arte, en Europa, hicieron accesible por un arte también accesible la liturgia. ¿Es ahora inaccesible ese arte? En ese caso, en hora buena que se cambie la liturgia, que dependía o estaba ligada con ese arte. Pero, ¿es realmente ahora inaccesible ese arte? Todo lo contrario; la evidencia nos demuestra que la mayor difusión de la cultura y de la educación han acrecentado el conocimiento y el interés por esas obras de arte, y que, por consiguiente, son los eclesiásticos los únicos, que deben ser culpados, si ellos no han sabido o no han podido despertar en los fieles el interés sobre estos valiosos tesoros, que tanto pueden contribuir al acrecentamiento de la religión. Los mercenarios siempre estarán entre nosotros, y, en la hora presente parece que nos están dominando. Están encantados con su innegable triunfo y sus vacíos argumentos son escuchados con absurda sumisión. Pocos son los que se dan cuenta de la trascendencia demoledora que tienen esos argumentos. Porque, si vamos a admitir que una completa transformación es esencial a una Iglesia saludable y próspera, entonces parece que sería necesario concluir que Chartres y todas las magníficas catedrales, que descienden de Chartres, y todas las obras maravillosas de arte, que han enriquecido y embellecido la religión, a través de los siglos pasados, deberían convertirse en museos y que la Iglesia debería refugiarse en otra clase de construcción y usar otros medios de expresión, que estuviesen en estricta conformidad con el ambiente, popular, con las ideas en boga. Y,

después de este acomodamiento sería difícil oponernos a la moral de situaciones, de condescendencias, que es propia de nuestros días".[2]

Pero, supongamos que las ideas de Sir Kenneth Clark[3] son no sólo verdad, sino que son recibidas por todos como verdad, ¿qué dirán las generaciones futuras de nuestra generación, empeñada en destruir la preciosa herencia que había recibido del pasado? Suponed que hombres y mujeres de tiempos por venir encuentren arrumbados los viejos y hermosos misales y libros de la Semana Santa, ¿qué pensarán de los hombres que hoy los han desechado con desdén?

Sí, Eminentísimo Señor, no podemos menos de conjeturar cómo juzgarán las generaciones venideras de ese trágico, día 7 de marzo de 1965 de vuestra "reforma". ¿Cómo recordarán esa fecha los que tengan vina vida suficientemente larga para juzgar, objetivamente y con las pruebas irrefutables de los hechos, este tiempo como un tiempo ya pasado de la historia? Ojalá —Dios así lo permita— que ese tiempo no sea muy largo para que tengáis Vos el tiempo necesario de arrepentiros de vuestras acciones y para que las veáis debidamente condenadas, como las vio vuestro predecesor, el obispo de Pistoia. Aquellos que tengan una vida larga podrán apreciar —yo desde ahora lo creo sin verlo—, que el demonio estuvo desencadenado en este tiempo y gozó de libertad para perdición de los hombres. Las oraciones imperadas por aquel gran Papa León XIII y nuevamente prescritas por otro Papa igualmente insigne Pío XII y por el mismo Juan XXIII, se conservaban celosamente en la Iglesia para protegerla de los asaltos insidiosos y subversivos de Satanás. Pero esas oraciones fueron también suprimidas, como si ya la Iglesia no estuviese amenazada de las asechanzas del Infierno.

---

[2] Nota del traductor: También en México el progresismo tiene sus corifeos que sueñan en la total transformación de nuestros templos coloniales. No hablamos de. Cuernavaca, ni del monumento nacional de nuestra magnífica Catedral, hoy en peligro por el incendio, que amenazó convertirla en ruinas. No. hablamos de la fiebre de reconstrucciones, que han destruido nuestros modestos pero auténticos tesoros coloniales. Hablamos de las ideas que quieren imponernos. Para el Dr. Pedro Velásquez, las Basílicas Romanas ya nada significan: significa el pueblo, la urbe, la multitud, la revolución que ha de convertir este valle de lágrimas en un paraíso marxista.

[3] Que nuestra época ha encauzado más su genio hacia la ciencia que hacia el arte, y que, mientras su ciencia está segura de dominar a muchas futuras edades, su arte es posible que sea efímero.

Indudablemente la mejor regla para realizar la subversión es sembrar la división: *divide et impera*, divide y vencerás. Esa regla es exactamente opuesta al deseo y a la regla de Cristo: *Ut unum sint*, que sean todos uno.

Cualquiera que sea la intención de Vuestra Eminencia, es evidente que vuestra "reforma" inevitablemente nos lleva hacia esa división; este es el programa práctico de la "reforma" inaugurada el 7 de marzo de 1965: sembrar la división en la Iglesia.

En esa fecha trágica, Vuestra Eminencia, voluntaria o involuntariamente, marca en la historia de la Iglesia el jubileo de la anti-Iglesia. ¿Fue acaso mi imaginación la que me hizo oír la risa sarcástica de Lutero, que estrepitosamente resonaba, desde su monumento de Worms, ante el cual los católicos del "diálogo" acostumbran ahora llevar flores simbólicas de comprensiva adhesión? Pero, no es ficción, sino realidad aterradora la que me hace escuchar los regocijados comentarios de judíos, masones y comunistas, que festejan jubilosamente su inimaginable y grandísima victoria, que generosamente les fue concedida por su enemigo irreconciliable, que era la Iglesia. Esto ha venido a coronar sus prolongadas luchas, llevadas recientemente a un parlamento, contra una lengua, que, en contra de sus virtudes, tenía para ellos un gran defecto: el ser el lenguaje de la Iglesia, de su unidad, de su catolicidad, do su culto y de su oración.

La historia nos enseña que, desde los tiempos primitivos, la unidad del lenguaje ha sido siempre, en este mundo, como la fuente de los efectos prácticos de la unión, entre los hombres, en el verdadero y único sentido que tiene esta palabra.

"*Erat autem terra labii unius et sermonum eorumdem*", y la tierra tenía, dice el Génesis, una sola lengua y las mismas palabras. Y había paz. El desorden vino y se llamó "Babel", confusión; "*quia ibi confusum est labium universae terrae"*, porque allí se confundieron las lenguas de toda la tierra. Y entonces vino la guerra. La Iglesia con una sola lengua en su universalidad, con la unidad en su liturgia y en su culto, era, por esta causa, considerada por todos los pueblos de la tierra —hoy más nunca cansados de sufrir; hoy más nunca ansiosos de unión y de paz— como la anti-Babel, como la claridad y la luz, frente a la confusión y las tinieblas. La unidad aglutinante, que ella posee y que todos anhelosamente admiraban y deseaban, era patente por su lenguaje, aun a los corazones más alejados. "*Ex omni gente magnum vinculum unitatis*", maravilloso vínculo de unidad entre todos los pueblos. Pío XI, de quien son estas palabras, repetía tan sólo el pensamiento de sus predecesores, que, a su vez, él trasmitía, como el pensamiento de la Iglesia,

a todos sus sucesores. Todos a una, con idéntico interés, han expresado su determinación de preservar el latín como la lengua de la Iglesia y como un precioso tesoro de la cultura occidental y de todo el mundo.

> "La Iglesia —dice también Pío XI— que ha de abrazar a todos los pueblos y que ha de durar hasta la consumación de los siglos, tiene, por su misma naturaleza, necesidad de tal lenguaje que sea universal, que sea inmutable, que no sea vernáculo … '*sermonem suapte natura requirit universalem, immutabilem, non vulgarem*' …"

Podemos, pues, decir con toda razón que el latín, tan conciso, tan armonioso, tan rico en majestad y dignidad, es verdaderamente la lengua de la Iglesia "*dicere catholicam vere possumus*". Y estas palabras, que otro de los Papas hizo propias, fueron por él todavía más amplificadas y engrandecidas: "*vinculum peridoneum quo praesens Ecclesiae actas cum superionibus, cumque futuris mirifice continetur*", vínculo en gran manera idóneo, por el cual el presente se unifica, de modo admirable, con las edades anteriores y futuras de la Iglesia.

De lo dicho podemos deducir que el latín es un lenguaje providencial; casi nos atreveríamos a decir, como otros ya también lo han hecho, un lenguaje de Dios, "*lingua qua locutus est Deus*". Lenguaje providencial, en el más estricto sentido de la palabra. E1 mismo Pío XI confirma expresamente estos criterios, llamando al lenguaje del Latium, "admirablemente predestinado", "*mire comparatum*" para servir a la Iglesia, que había sido también predestinada para tener su centro en Roma, destinada, a su vez, para ser el centro del Imperio: "*ad quam ipsa Imperii sedes tanquam hereditate pervenerit*" [a la cual la misma sede del Imperio ha llegado como por herencia]. Pensamiento éste también del Dante[4], demasiado conocido, para que debamos recordarlo aquí con mayor detenimiento.

Lenguaje predestinado

No debería ser para vosotros, arqueólogos del Modernismo, fanáticos de "querer retroceder a los orígenes" (como lo fueron todos los antiguos reformadores), motivo de sorpresa el que nosotros vayamos ahora a esas fuentes de la antigüedad. Porque, os guste o no, la verdad es que el latín tiene todos los caracteres de ser un lenguaje católico y predestinado.

[4] *La Divina Comedia*, Hell. II, 22-24.

Con el latín hizo Virgilio decir proféticamente a la Sibila: "Mirad, ahí está Dios", *Ait: Deus! Ecce Deus!* (Aen. VI, 46), anunciando así el advenimiento del Redentor, "*Iam nova progenies coelo demittitur alto*", una nueva generación viene desde el alto cielo.

Horacio también, cuyas odas parecen preanunciarnos no pocas de las verdades reveladas en los Sagrados Evangelios mucho después, afirmó, en su *Carmen Soeculare*, el futuro y la indeficiente grandeza de Roma y del Latium,

Fue solamente el latín, el que en Jerusalén, en medio de las acusaciones y el clamor insultante de los judíos, proclamó y defendió la inocencia de Jesús, por la boca de una digna dama romana, Claudia Procla, la mujer de Pilato: "*Nihil tibi et Iusto illi*", y por el mismo Pilato, *iudex iniustus*; ¿Qué mal ha hecho éste? Ningún motivo encuentro para condenarle a muerte. "*Quid enim mali fecit iste? Nullam causam mortis invenio in eo*". Y fue un centurión romano el que pronunció por vez primera la fórmula, que humildemente recitamos, antes de acercarnos a comulgar: *Domine, non sum dignus*, Señor, yo no soy digno.... Y otro centurión romano, en el Calvario, proclamó, delante del cuerpo ensangrentado y muerto, la divinidad de Jesucristo: "*Vere Filius Dei erat iste!*" En verdad que este hombre era el Hijo de Dios.

La Iglesia que, en el Santo Sacrificio de la. Misa y en el Augusto Sacramento del Altar, renueva perpetuamente, aunque de una manera incruenta, el supremo Sacrificio de nuestro Salvador; la Iglesia, cuya misión es la de propagar lo que el soldado romano proclamó, por todos los confines de la tierra y hasta la consumación de los siglos, hizo el latín su propia lengua, el símbolo e instrumento do su unidad, aquella unidad por la cual oró Cristo la última noche de su vida sobre la tierra: "*Ut omnes unum sint*", que todos sean uno.

La Iglesia hizo suyo el latín, lo preservó y defendió, con tanto mayor celo y cuidado, cuanto más se multiplicaban sus hijos y se extendían por toda la haz de la tierra; porque, al universalizarse ellos, por así decirlo, en el espacio y en el tiempo, corrían peligro, si no tenían un vínculo externo de unión, de convertirse en extraños a Ella y entre ellos mismos.

No sólo preservó la Iglesia el latín; lo hizo amar. Ella lo enriqueció con la belleza incomparable de su altísima poesía e inspiradora música —recordando la amonestación del Apóstol, que nos dice que no es suficiente honrar a Dios con el corazón, sino que es también necesario honrarle con la boca;

"*ut unanimes, uno ore, honorificetis Deum*"; y así la Iglesia, imagen viva de la corte celestial, ha siempre cantado, con una sola voz, las eternas alabanzas —"*una voce*"— "*quam laudant Angeli atque Archangeli, Cherubim quoque ac Seraphim, qui non cessant clamare quotidie, una voce dicentes*", como nos lo dice el maravilloso Prefacio de la Santísima Trinidad, propio de los domingos.

La idea de un lenguaje universal, el latín, para la Iglesia universal, fue también enaltecida por aquel gran campeón de la unidad de la Iglesia, laico, digno de ser comparado con el Dante en este aspecto, José De Maistre, que en su libro sobre el Papa escribió:

> "De polo a polo, cualquier católico, que entre, en una iglesia de su propio rito, se siente luego como en casa, como en familia. Nada le es extraño allí, ni a su mente, ni a su corazón. El oye allí lo mismo que desde niño ha oído en la Iglesia parroquial de su ciudad natal, y, por lo mismo, puede unir su oración, y sus cánticos, a las personas que ahora le rodean y que él considera como hermanos; él puede entender y ser entendido."

Y, mirando las cosas desde un punto de vista histórico y filosófico, añade De Maistre:

> "La hermandad, que resulta de un lenguaje común, es un vínculo misterioso de un poder indecible".

En el siglo IX, el Papa Juan VIII, con demasiada indulgencia, permitió a los eslavos el uso de su propia lengua en la celebración de la liturgia. Pero, al leer una carta posterior del Pontífice, la 95, nadie puede sorprenderse de la confesión que produjo el Papa, de las desventajas, que la dicha dispensa había traído para los eslavos. Gregorio VII revocó la concesión, pero ya demasiado tarde; demasiado tarde para salvar a los rusos, con los fatales resultados que fueron cada vez más evidentes en el decurso de los tiempos: la separación de Rusia de Roma y el que el pueblo cayese, bajo la fluctuante dirección de sucesivos "popes", todos los cuales, incluyendo a Stalin, han logrado tener al mismo tiempo el poder del Estado y el poder de la Iglesia, para gobernar despóticamente a esas multitudes sin Dios.

La duración, mayor o menor, de tiempo, durante el cual los grupos minoritarios de distinta lengua guardan su propio idioma, a pesar de que, en los países en que viven, se hable otra lengua, es una prueba, en el orden civil, de cómo un lenguaje común es un lazo de unidad y devoción a la madre patria.

Y lo mismo sucede en el orden religioso, con las gentes de distintos países respecto a su madre patria espiritual, que es la Santa Iglesia. Es curioso observar cómo todos los cismas y herejías han atacado siempre el latín, buscando las lenguas vernáculas, las lenguas nacionales: aunque, al mismo tiempo, esos mismos herejes y cismáticos han envidiado el latín, por la manifiesta esterilidad de los sarmientos, desgajados de la vid, que ellos comparan con la fecundidad de los vástagos, que han permanecido unidos a la cepa.

Las lenguas nacionales, las liturgias nacionales, han sido siempre el primer paso para el establecimiento de las Iglesias nacionales, admitidas, favorecidas y protegidas, con dádivas o con amenazas alternativamente, por los enemigos declarados de la Iglesia, la verdadera y única Iglesia, la Iglesia universal. Rojos o amarillos o de cualquier otro color, conscientes de que la división es el único camino de su ruina, procuran fomentarla en. todo, empezando en sus manifestaciones externas, porque saben muy bien que su indefectibilidad se encuentra siempre en su unidad.

Las presentes situaciones históricas no son sino la repetición actual de las antiguas subversiones. Ni el Cardenal Mindszenti hubiera sido encarcelado y sufrido tan terribles tormentos, ni. el Cardenal Beran hubiera sido desterrado, ni el Cardenal Wyszinski hubiera encontrado tantas restricciones y dificultades en su obra pastoral, ni otros muchos de vuestros hermanos hubieran sido impedidos o hubieran estado encarcelados, sino, por el contrario, se hubieran visto honrados y remunerados generosamente, si su catolicismo no hubiera hablado latín.

Esto equivale a decir que, si la Iglesia tuviese varios centros y cabezas, en Budapest, Praga, Varsovia, Moscú y Pekín, en vez de tener un solo centro y una sola cabeza en Roma, las cosas hubieran tenido un desenvolvimiento muy distinto,

¿Por ventura no ha reflexionado Vuestra Eminencia en el hecho de que vuestro hermano, el Primado de Polonia y Príncipe también de la Iglesia Romana, —en cuyo país, como todo el mundo sabe, el gobierno ha presionado de mil maneras para nacionalizar (en otras palabras, para aniquilar) la Iglesia de Cristo— a una con todo el Episcopado ha bloqueado vuestra “reforma” del 7 de marzo de1965, no permitiendo que se lea en polaco sino la Epístola y el Evangelio?

Innovación y un asunto de sentimiento

... Para dar a Dios el más digno honor, la Iglesia, la esposa divina, ha compuesto, en esta lengua predestinada de todos, porque no es exclusiva de alguno —lengua perennemente verde como el olivo— palabras con música de la más sublime belleza, en perfecta adaptación, con sus ceremonias litúrgicas; con éxito tan grande, que, en una sola lengua, podía escucharse el grito inspirado del Salmista, en todos los sagrados templos de la Iglesia: "¡Qué hermosos son tus tabernáculos, Señor!" Y los extranjeros, que entraban a esos templos, podían allí quedarse, como hermanos, para adorar y dar al Señor la alabanza debida.

Vuestra Eminencia no puede ignorar ciertamente el hecho de que muchos, muchísimos, en los tiempos pasados, han encontrado su camino hacia la Iglesia, por medio de la Iglesia; según la bella expresión del Dante, "siguiendo al Esposo por amor a su Esposa", viendo y oyendo sus santos y conmovedores ritos y ceremonias, en toda su belleza sobrenatural y visible.

Por otra parte, no debería tampoco ignorar Vuestra Eminencia el hecho doloroso de que ahora, después de Vuestra "reforma", no solamente se ha secado en ciertos países la corriente de las conversiones a nuestra fe católica, sino que muchos buenos católicos se encuentran también como segregados, como si no se hallasen en su antigua casa, cuando no se han del todo alejado, indignados y desolados, haciendo propias las lamentaciones de Jeremías: "¡Qué desolada está ahora la ciudad... sus amigos la han despreciado y se han convertido en sus enemigos. sus adversarios son ahora sus señores, sus enemigos se han enriquecido y se ha disipado toda hermosura de la Hija de Sión!" y aquellas otras: "¿Es esta la ciudad de perfecta hermosura, la alegría de toda la tierra?... ¡Como se ha oscurecido el oro, cómo se han mudado los colores más hermosos! Las piedras del Santuario están dispersas. Estremecedor lamento, Eminentísimo Señor, que parece ser un eco doloroso de aquel grito de Nuestro Redentor, que la Iglesia pone en los labios de Jesucristo el primer Viernes Santo del Nuevo Testamento: "*Quid feci tibi?*" ¡Pueblo mío, pueblo mío! ¿Qué te he hecho?

La respuesta como que Vos mismo, Eminentísimo Señor, la habéis dado (como siempre, en la TV. y la radio) en una conferencia de prensa, tres días antes, del memorable e histórico 7 ele marzo de 1965. En esa Vuestra Conferencia, yo conté el número de veces que Vos usasteis la palabra "reforma" (fea y típica palabra protestante), con el mismo deleite con que la

palabra amor puede ser escuchada de los labios de dos recién casados: cuarenta veces.

La misma inflexibilidad que Vos habéis mostrado hacia nosotros, quisiéramos nosotros tenerla hacia Vos, no sin reconocer antes, sin embargo, que esta Vuestra dureza es juzgada por nosotros como una manifestación de Vuestro sincero celo (que nosotros quisiéramos tener también en nuestra actividad defensiva), Reconocemos también, en medio de esa dureza, la humildad de Vuestra Eminencia, que. quiere hacerse todo a todos (pequeño con los pequeños, pueblo con el pueblo), para aparecer, comprensivo y sencillo a les ojos de algunos —aunque, según nuestra manera de pensar, no debería nunca perderse la dignidad excelsa de Vuestro oficio.

Y la. impresión, que dan Vuestros sacerdotes, tan aficionados a divertirse y a bromear delante de las cámaras de la TV, es que, en vez de estar sufriendo una ne necesaria incomodidad, una prueba de acondicionamiento para poder ser útiles a los demás, están pasando por una especié de chifladura, que hay que disimular con caridad. Y, aunque parezca malicioso, confieso que en otra ocasión el sentido del decoro y decencia personal de Vuestra Eminencia me hizo lamentar profundamente, como algo intolerable, el ver Vuestra imagen televisada, agitando jocosamente los gallardetes y regando confeti en los días de Carnaval, con un gusto y una agilidad, que parecía justificar Vuestra permanencia en el servicio episcopal, a pesar del recientemente establecido límite de años. *Ad multos annos*, Eminencia, si me permitís decíroslo en latín.

No se puede, sin. embargo, negar que vuestra actividad, en esa ocasión; fue un tanto exagerada si, como la prensa lo publicó, al mezclaros en esos retozos precuaresmales del Carnaval, perdisteis, en verdad, vuestro anillo pastoral, en el entusiasmo juvenil de aquellos regocijos. A no ser, claro está, que Vuestra intención haya sido llevar a la práctica el mandato evangélico: "Si no os hacéis como los pequeñuelos...", hasta participar en esos juegos callejeros como el pastor que busca las ovejas descarriadas.

En nuestra opinión (que necesariamente no es la de otros) tampoco nos pareció coherente con la dignidad de Vuestra púrpura el contemplaros —inútil es decirlo que fue también en la TV— en un espacioso Salón de Belleza —zalamero y sonriente— presidiendo y apadrinando un concurso de peinados de mujer. Vuestra púrpura cardenalicia contrastaba sorprendentemente con los deslumbradores peines y los rizos atractivos de aquellas damas.

Al ver estas cosas, me veo tan sólo obligado a contrastar (pero, en mi opinión tan sólo, naturalmente) el estilo tan nuevo y diferente con que hoy van los pastores a "encontrar a la gente", según la expresión tan en boga en día entre los "progresistas", con aquella gravedad con que lo hicieron los pastores de antaño, por ejemplo, el antiguo Arzobispo de Florencia, el Cardenal Dalla Costa,

Después de haber visto semejantes escenas de Carnaval —como esas en las que Vuestra Eminencia tomó parte— fácilmente podemos comprender cómo ha sido posible para Vos, Eminencia, sin la menor compunción, el tirar a los cerdos esas perlas —patrimonio de la fe, de la poesía y de la piedad—, que habían sido confiadas a Vuestro cuidado—; herencia preciosa que Vos no respetasteis, pero que, a lo menos, podéis pensar, es digna de. ser respetada, por la universal veneración y devota admiración que durante quince siglos le han tributado otros.

"*Quae ignorant blasfemant*;" —la gente insulta lo que no comprende. Una falta de buen gusto digamos que os excusa entonces a Vos y a Vuestros colaboradores en ese trabajo de destrucción, de echar por tierra todo lo que, a vuestro juicio, es "anticuado y no funcional".

La excusa que Vos graciosamente habéis encontrado para nosotros y para nuestras objeciones, la expresasteis también, de una manera condescendiente, en otra de vuestras frecuentes conferencias de prensa, con esa vuestra ininterrumpida sonrisa. Algo, que Vos nos concedáis tener, pero que Os gloriáis de no tener, es el sentimiento, la sensibilidad. "El nuestro —declarasteis— es un punto de vista sentimental". "Un punto de vista sentimental, que obviamente busca una justificación no sentimental". (Me fue imposible contar el número de veces que repetisteis la "palabra "sentimental", en Vuestra conferencia). Y, sin llegar al extremo de llamarnos estúpidos o necios, atribuisteis este nuestro punto de vista a la edad —es cuestión de años—, debilidad mental de parte de algunos sacerdotes, ya ancianos y de otros, diríamos nosotros, que han pasado su jubileo de oro, "Aun en el clero —para citar aquí Vuestras propias palabras— hay naturalmente alguna dificultad en ciertos sectores, especialmente entre aquellos de edad algún tanto avanzada, para recibir con facilidad estas reformas, que vienen a romper los hábitos adquiridos y arraigados en medio siglo".

Y a la amable interpolación, que os hizo el moderador de la TV que, en el fondo implicaba la idea de que Vuestra Eminencia no era precisamente un joven, sino más bien un innovador, Vos disteis una respuesta categórica-

mente afirmativa: “Si; así es, Yo soy un innovador —yo ya lo era— yo sentía estas cosas; así no me ha costado ningún trabajo el adoptarme a ellas y el ponerlas en práctica”. Para ser más precisos: no Os ha costado nada porque ya estabais llevando a la práctica “esas cosas”, como nos lo habíais dicho (no sólo sintiéndolas), al referiros al “experimento” de “reforma”, realizado en el Salón Borromini de Roma, por Vos mismo, Eminentísimo Señor, con un espíritu de “anticipación a la Reforma”, que Os llevó finalmente a derogar la ley en vigor y que hizo ver y oír al mundo católico la primera Misa *yéyé*, a unos cuantos metros de la Basílica de San Pedro.

Fácilmente podemos creer que “estas cosas” no os cuesten mucho a Vos, que sois, en verdad, coherente con Vuestros criterios y que, en manera alguna, sois un sentimentalista. Pero, el hecho de que haya habido sacerdotes que realmente murieron de un ataque cardiaco, (como Vos lo sabéis perfectamente), al ser bruscamente obligados a abandonar inesperadamente la celebración de la Misa, a la que estaban ligados, más que a ninguna otra cosa en el mundo, por vínculos los más sagrados y amados, de una vida entera; el que hubiese otros —como también es de Vuestro conocimiento—, que en esa mañana del 7 de marzo de 1965 derramaron copiosas lágrimas, al verse obligados a pronunciar las primeras palabras del nuevo rito, por el cual fue pervertida (a los pies de un altar vuelto hacia a los hombres, no hacia Dios) una tradición “tan antigua, como siempre nueva, como la fuente de la aldea” (para usar las mismas palabras del Papa Juan XXIII); todo esto que para Vos es un mero sentimiento, para nosotros, es, en verdad, un sentimiento, una emoción, pero no un sentimentalismo, con la connotación que Vos dais a esta palabra.

Sí; comprendemos muy bien que ese sentimiento, esa emoción nunca la tuvisteis. Eminentísimo Señor, al llevar a la práctica esa Vuestra “reforma”. Ni sois, tal vez, culpable de tener ese “complejo”, como debemos todos admitirlo. Por eso nos intriga la duda de si Vuestra misma Primera Misa —aquella lejana mañana de 1914— guarda para Vos algún recuerdo, que todavía pueda impresionaros. Podemos suponer —los hombres no cambian tan fácilmente— que ya desde entonces el latín Os desagradó; que, de mala gana y sin convicción, aceptasteis las fórmulas y actos reverenciales, que obligado tuvisteis que hacer.

Recientemente, en la segunda Instrucción, que empezó a ser obligatoria el 29 de junio, fiesta ele San Pedro y San Pablo, Vos, Eminencia, pudisteis quedar libre de otros muchos de esos “anacrónicos y superfluos gestos” (según la prensa progresista y liberal), —gestos y reverencias demasiado

serviles— aunque se hagan en la presencia de Cristo— para el Presidente de la nueva y democrática Asamblea del pueblo de Dios,

¡Cuánto Os debe haber mortificado el tener que doblar Vuestra rodilla, en medio del "Credo, al decir las palabras "*Et incarnatus est*", que en nosotros, rebaño pobre y sentimental, despertaron siempre las emociones más sublimes — ¡Sí! Las emociones de reverencia y amor. Y ¡cómo debe haber lastimado Vuestros oídos el oír el sonido de la campanilla, que anunciaba a los fieles el "SANCTUS del Prefacio"! Hay ahora, entre Vuestros discípulos y admiradores, miembros del clero progresista, quienes prohíben, bajo pena de pecado mortal, el tocar la campanilla a los acólitos.

Esa festiva aclamación, acompañada por el repiqueteo de las campanas de los campanarios, que se acostumbraba en muchas partes de Italia y del extranjero, se prolongaba hasta el momento en que Cristo descendía hasta el altar, para que todos los que oyesen ese repique clamoroso, dentro del templo o fuera de él, en los campos o en las calles, pudieran darse cuenta de que se acercaba el momento grandioso del Sacrificio, para unirse así en espíritu a la oración de todos. Pero, todo esto ha suprimido la "reforma comunitaria de Vuestra Eminencia".

Viendo ahora los abusos, la indisciplina y el desorden desencadenado por Vuestra Primera Instrucción, creo que tenemos derecho para conjeturar cuales serán, en la práctica, no después de mucho tiempo, los resultados de esta segunda etapa de "vuestra reforma", encaminada con. más decisión a adaptar la liturgia a la sociedad moderna y al mundo de nuestros días, según las costumbres y exigencias nacionales, y a una "desacralización", que reduzca más el margen entre lo sagrado y lo profano, ([5])

Genuflexiones, inclinaciones y besos a la reliquia del altar, y, sobre todo el hacer la señal de la Cruz son gestos anacrónicos y superados. Rapidez, brevedad, conveniencia, democratización, desmoralización: esas son las cosas que valen la pena y que ahora tenemos que tener en cuenta. Pero, ¿por qué solamente hemos de tener en cuenta los aspectos menos positivos

[5] La respuesta nos la habéis Vos mismo dado, Eminentísimo Señor, en la advertencia que enviasteis (21 de agosto de 1967) a todas las Conferencias Nacionales de los Episcopados y a las Comisiones Litúrgicas, en la que hacéis notar que los experimentos privados y arbitrarios, que algunos a su antojo hacen, "están amenazando gravemente el futuro de toda la "reforma litúrgica", en una situación "mucho más alarmante que hace dos años", situación, compendiada en la equivocación del párroco, que, al final de una Misa nupcial, según el nuevo rito, dijo: "Id a Misa; la paz se ha terminado"; en vez de decir: "Id en paz; la Misa ha terminado".

de la modernidad, a la que queremos adaptarnos, cuando vemos que ésta está muy lejos de ser del todo ajena al sentido místico y a la apreciación de la "belleza? ¿Por qué no intentar entonces un movimiento en dirección a acrecentar la solemnidad, —*secundum naturam ipsius actionis sacrae*, para añadir a nuestra liturgia mayor reverencia y encanto? Ni es la democracia la única forma de gobierno, que pueda conducirnos al bienestar. Y ¿qué nuevos futuros ajustes serán necesarios para más adelante, para un mundo en constante cambio y evolución?

En el Principado de Mónaco, en Montecarlo, —tal vez lo ignore Vuestra Eminencia, las Misas todavía se dicen, como antes siempre se habían dicho, *versus Tabernaculum*, hacia el Tabernáculo y en el lenguaje tradicional y supranacional de la Iglesia.

Por lo que toca a la libertad y a la elasticidad de la Segunda Instrucción del 29 de junio (*Altera Instmrutio*), ponderada en una nota explicativa, publicada en el *Osservatore Romano* por el P. Bugnini, porque permite elegir ciertos gestos y señales, que el celebrante puede hacer u omitir, (aunque esté obligado a omitir otros), era evidente, por su segunda y larga explicación, que estaba muy lejos de satisfacer en realidad a muchos obispos y clérigos, a pesar de la decantada "flexibilidad de aplicación".

> "Esto fue deliberado —explica el P. Bugnini—, y si concienzudamente se sabe aprovechar esta determinación, se verá luego que es de mayor utilidad el imponer menos el peso de la autoridad, en relación a tal o cual, norma de importancia no fundamental".

Todo esto en nombre de la modernización y la democratización, pero el resultado es la anarquía,

Y ¿por qué, pudiera preguntar alguno, si las normas no tienen importancia fundamental, debe la gente agobiarse con ellas? Esta "flexibilidad de aplicación" —nuevamente debemos creer al P. Bugnini— es también "una educación en principios de adaptación". Aunque hemos oído que los eclesiásticos la han llamado de otra manera: "educación para fomentar un rito diferente en cada parroquia".

Un aspecto vital de la unidad visible de la Iglesia ha sido lesionado. Una de las razones principales, que hacían comprensible y fácil de seguir la Misa de rito latino a toda la gente, en cualquier lugar del mundo y cualquiera que fuese el conocimiento que tuviesen del latín, era la repetición perfecta de las mismas señales y gestos: sagrados, universalmente hechos por todos los sacerdotes católicos en el altar.

La liturgia, como lo reafirma la Encíclica *Mysterium Fidei* de Pablo VI, "ocupa el primer lugar en la vida de la Iglesia". Lógicamente se sigue; pues, que si hay una desorganización o desunión en la liturgia, ésta se convierte en la amenaza principal al orden interno y a la paz de la Iglesia.

Se dice ahora con frecuencia, Eminentísimo Señor, y muchos lo repiten sin la debida reflexión, que nosotros, los anticuados, debemos sacrificar nuestros personales sentimientos, en esta materia, por el mayor bien de un mayor número de fieles de la Iglesia del mañana. Esto naturalmente, ayudaría a que nos acostumbremos y aceptemos los cambios no bien recibidos y para nosotros repulsivos de nuevas innovaciones, que han sido o puedan ser intempestivamente introducidas.

Pero, haciendo a un lado que nosotros estemos viviendo en la Iglesia de Hoy, no en la de Mañana, debemos decir que, si estas innovaciones son juzgadas y aceptadas por los futuros católicos, como buenas y provechosas, esas generaciones del mañana las podrán hacer, sin nuestro actual sacrificio. ¿No ha escuchado Su Eminencia el antiguo proverbio que dice: "Una gata con mucha prisa da a luz gatitos ciegos"?

El diafragma.

Se cuenta del Beato Domingo de Barberi, Apóstol de Inglaterra, que se dedicó con tal entusiasmo y deleite, en su juventud, al estudio del latín que, en poco tiempo, ayudado por una memoria prodigiosa y por el Espíritu Santo, podía repetir de memoria una página entera, después de una sola lectura. Hazañas semejantes se narran de Pío XII.

Pero, sólo Dios y Vos sabéis, Eminentísimo Señor, ¡por cuánto tiempo el latín fue para Vos una pesada e intolerable carga! Vuestros estudios de esa lengua probablemente rebasaron, como en mi caso, los días escolares, y, por eso recordáis, tal vez, como en un morboso pensamiento, los ejercicios necesarios para medianamente dominarla.

Porque, no satisfecho con dar salida a vuestros sentimientos y con actuar después en consecuencia a ellos, Vos habéis ido tan lejos en los ataques al latín que habéis dejado deslizar ciertas expresiones, con relación a este lenguaje de la Iglesia, que parecían o pudieron parecer como ataques a la misma Iglesia y que, desde luego, una mayor reflexión hubiera dejado prudentemente en los labios de los enemigos de la Iglesia, masones, marxistas y protestantes, aunque hubieran sido dichas, en un ambiente y en un estado de ánimo. propio del "diálogo".

En realidad el “diálogo” no significa para Vos y para vuestros seguidores otra cosa que una especie de “monólogo” penitencial, de propia y constante acusación, un continuo “*confiteor*”, un “*peccavi*”, un lamentable “*mea culpa*”, un plañidero “*miserere*”, recitado en sacos de penitencia y cubiertas las cabezas de cenizas, a los pies de los seculares enemigos de la Iglesia, con protestas de amor y de reparación, que, a la postre, terminan como todos los excesos, causando náuseas y alejando todavía más de nosotros a los hermanos separados”;

Recordemos tan sólo a esos campeones del protestantismo anglicano, que, según los informes de la prensa, han aconsejado a sus correligionarios no tener, ahora más relaciones con la Iglesia de Roma, porque, según ellos, esta Iglesia está ya comprometida con el Comunismo, a juzgar por los esfuerzos, ampliamente divulgados por los marxistas católicos, respaldados decididamente por sus sacerdotes.

Decir, como Vos —repetidas veces y no sólo una vez— lo habéis dicho que “el latín es una lengua que divide” —un diafragma, entre el sacerdote que preside y la Asamblea y los colectivizados; hablar abiertamente, como también Vos lo habéis hecho, de una “casta” en la Iglesia, que Vuestra “reforma” quiere eliminar, “quitando todas y cada una de las líneas, que separan y dividen”, y establecen una distinción entre una clase privilegiada y letrada y otra clase de gente ignorante y desvalida o medianamente educada, que solamente puede entender la lengua ordinaria, es, hablando con propiedad, plagiar el lenguaje de los adversarios de la Iglesia, por no decir sus mismas ideas anticatólicas.

Eso es presentar a la Iglesia —hasta ahora, hasta Vuestro tiempo—, como enemiga de los pobres y de las masas populares, y amiga de los ricos y de las clases superiores. Es afirmar, con lógica conclusión y proyectando la mejor luz en nuestro raciocinio que, hasta que Vosotros llegasteis, la Iglesia estuvo mal conducida, no por el camino de Cristo, sin entender nada y, por lo mismo, sin hacer nada, por llevar las almas a Dios, a

Y, sin embargo, la Iglesia, como la misma gente ordinaria, como cualquier hombre o. mujer medianamente instruido lo acepta, ha tenido, antes que Vosotros, los “reformadores hombres de gran inteligencia, que hicieron desarrollar y propagar la Iglesia, antes, del 7 de marzo de 1965. En los últimos quince siglos, la Iglesia ha tenido innumerables santos, que han. consagrado totalmente sus vidas, al servicio, de Dios y de. las almas, hasta llegar al heroísmo de las virtudes y hasta el martirio: santos dedicados al servicio de los pobres, de los indigentes, de los leprosos; santos amados y venerados

por el pueblo; santos iletrados, como San Isidro, o sabios y letrados, como Santo Tomás de Aquino.

Pero, cada uno de esos santos, como todo el pueblo cristiano, sacó de la liturgia latina y especialmente de la Santa Misa, la sabiduría celestial y la humildad, la caridad y la piedad, y el espíritu de sacrificio, que tan alto los levantó y fortaleció.

Vos, Eminentísimo Señor, no podéis, en modo alguno, desconocer todo esto. Sería absurdo el que yo pretendiese excusaros por ignorancia o por falta de advertencia. Vos sabéis muy bien lo que la Iglesia ha hecho en el pasado (sin necesidad de que tuviera que llamarse ostentosamente, como ahora, "la Iglesia de los pobres"), para tomar posición en contra de esos miembros de la Iglesia, que Vos denomináis "casta", y para querer aparentar que estáis con los desheredados y los "subdesarrollados". Las bases, sobre las que peroran Vuestros amigos, "los progresistas católicos" son una pura, inconsistente, vacía y verbosa demagogia, no para ir adelante de los demás, como guardias de asalto del Comunismo, sino para seguir atrás, en pos de. otros, que, en materia de demagogia, son maestros superiores a Vosotros, que se valen de Vosotros y fomentan Vuestro izquierdismo y usan Vuestra misma demagogia eclesiástica, para incrementar la suya, ocultando la mofa, que de Vosotros hacen detrás de Vuestras espaldas. Jamás han. retrocedido en sus postulados y su programa, aunque Os hayan invitado a cooperar con ellos, como lo hizo un bien conocido líder marxista, al pretender aprovecharse del mundo de la verdadera religión. Es curioso: ¡los progresistas, todos están desviados manifiestamente hacia la izquierda comunista!

Nadie de ese Vuestro "verdadero y auténtico puebla", como Vosotros lo llamáis, soñó jamás en considerarse a sí un "subdesarrollado", "un indiscriminado hijo de la Iglesia" contra esa "casta" despreciable, hasta que Vosotros les infundisteis esa idea. Ninguna persona del pueblo, verdadero y auténtico pueblo jamás pensó en esta "reforma", ni la pidió. Esta "reforma", en manera alguna, puede llamarse "democrática", si tenemos en cuenta la manera clandestina con que Vosotros la habéis difundido entre el pueblo, en nombre de una Iglesia "democrática" o "democratizada", sin haber siquiera consultado a un solo párroco o a una cabeza de Organización Católica o a un miembro del laicado.

La verdad es que las personas, común y corrientemente valorizadas, jamás se sintieron, en lo más mínimo, divididas o separadas de las clases privilegiadas, en lo que se refiere a la vida eclesial; como tampoco las clases dirigentes, las de mayor cultura o educación, se consideraron en la Iglesia,

superiores a los demás, estando todas las clases sociales unidas con el sacerdote, en el altar, en el más alto nivel espiritual, al cual hemos sido invitados todos a elevarnos, según nuestra personal e individual capacidad.

Ahora, por el contrario, cada uno en particular y todos en conjunto, nos vemos forzados, queriéndolo o no queriéndolo, y sin tener medio alguno de escapar, a descender al mismo y más bajo nivel; el comunitario, pero caótico y desarticulado; el "militarizado", pero enormemente desordenado Babel de los "servicios" vernáculos, tan faltos de dignidad y de nobleza, tan vulgares sobre toda ponderación y, al mismo tiempo, tan oscuros, que hicieron que uno de Vuestros admiradores y colaboradores el P. Balduci. los calificase de "bárbaros" y otro, también seguidor Vuestro, especificase estos "nuevos servicios" religiosos como "intolerablemente feos y del todo inapropiados para el lenguaje del culto y de la oración". ([6])

Vos y Vuestros seguidores habéis hecho alarde de comprensibilidad de las lenguas vernáculas, dando esa razón para hacer más fructífera la nueva liturgia de. la palabra; pero, en realidad, esas novísimas traducciones son con frecuencia tan incomprensibles que exigen de los más preparados miembros del clero el no infrecuente y absurdo trabajo de hacer de vuestras traducciones tener que hacer una nueva traducción en el lenguaje común de los fieles, para que éstos puedan comprenderlas.

"Con esta ruidosa nueva Misa y la manera de hacer hoy las cosas en la Iglesia, nadie puede encontrar pies ni cabeza", cuentan que dijo una buena mujer, hablando por mucha gente, que piensa lo mismo y que, por el respeto debido al clero, (obispos y sacerdotes progresistas), se muestra renuente a hablar con franqueza. Esta observación, si no expresa toda la verdad sobre la tragedia litúrgica, debería ser suficiente para que Vos y Vuestros seguidores consideraseis Vuestros textos vernáculos como dignos de ser revisados y corregidos, cuando no dignos de caer en el Índice de los libros prohibidos de nuestro antiguo Santo Oficio, por adulterar el sentido mismo de la "palabra revelada" y traicionar el culto divino; *qui cultui divino detrahunt.*

Cuando se han dicho y hecho tales profanaciones en los actos litúrgicos, aunque la realidad de las cosas no fuese como yo lo he demostrado que es, la misma dificultad para traducir los textos sagrados del latín, como lo

[6] Nota del traductor: Y ¿qué decir de las "infumables" traducciones de la "Buena Prensa", en las que resalta el "pochismo" del traductor, que confunde las expresiones incorrectas de los "pochos" con las expresiones familiares del pueblo?

demuestran las monstruosas traducciones que nos han dado los reconstructores de la liturgia, ha convertido el problema planteado por Vuestra "reforma" en un lamentable estado de cosas, en el que queda demostrado que Vos, al poner esta barrera —este diafragma— entre el pueblo y el latín, habéis humillado y ¡en qué manera! a todos los que formamos parte de ese pueblo cristiano. Nos habéis catalogado, Eminentísimo Señor, como una gente sin esperanza ni posibilidad de educación. Porque, según Vuestra Eminencia, somos incapaces de adquirir los suficientes conocimientos para entender el texto de la Vulgata Latina, y es demasiado tarde para remediar el daño que, a Vuestro juicio, hizo el latín en la Iglesia. Y, por lo mismo, no queda otra solución sino tratarnos a todos como ignorantes y como incapaces de superar nuestra ignorancia.

Pero esto no debo ser motivo de preocupación ni de ofensa para nadie. Como Vuestra Eminencia trata al pueblo ignorante, así trata también a las personas que tienen alguna cultura, equiparándonos a todos en una medida de ignorancia irredenta. ¿Puede el popularismo ser más abyecto e idiota? Esta es una imitación, en el terreno religioso, del peor, del más desusado, regresivo, doctrinal y degradante marxismo.

La igualdad prometida.

Hubo un tiempo en que el comunismo, tipo romano, quería sugestionar a los proletarios, con estas halagadoras promesas: "un día comeréis vosotros los mejores alimentos, vestiréis los mejores vestidos, tendréis vuestro propio automóvil, viajaréis en primera clase, veréis los espectáculos que os agraden, enviaréis a vuestros hijos a las más prestigiadas y costosas escuelas". Pero, señalaba luego el camino a seguir para alcanzar estos objetivos: "Y haremos que las clases superiores coman tan sólo pan y queso, vayan a trabajar en las fábricas y en el campo, viajen a pie o en autobuses y guarden, de esta manera, sus cabezas inclinadas". Y pronosticaban toda clase de infortunios para aquellos que pretendiesen levantar o ayudar a los caídos,

Un Comunismo hecho de odio para una clase social, cuya posición social privilegiada querría ocupar, no es verdadero amor al pueblo, no es deseo de mejorar la condición de los desheredados. Es un odio, que todavía domina a muchos y es una fuerza arrolladora, que sirve, en la nueva táctica comunista, para hacer girar ahora las ruedas de un programa más atractivo y moderno del Partido.

Aquellos, que en otro tiempo clamaban: “la tierra para el que la trabaje”, gritan ahora: “la tierra para la clase media, si esta clase quiere trabajarla”. Ellos, los trabajadores, los proletarios triunfantes prefieren ocupar los departamentos de las clases acomodadas, tener sus cuentas en los bancos y embellecer sus casas con muebles antiguos y costosos. Ahora exigen comer, dormir, viajar, dedicarse al deporte y darse a las diversiones como todos los bien nacidos caballeros, *like grentlemen*. Todo en un nivel superior, incluyendo la cultura, “*Non in solo pane vivit homo*”, no de solo pan vive el hombre; y ellos, los que forman “el verdadero y auténtico pueblo”, lo han comprendido, aunque sólo sea en parte, y, mostrándose, en muchas ramas del saber humano, capaces de acrecentar sus conocimientos, parecen estar ansiosos de una verdadera superación.

Vos, en cambio, Eminencia, con “Vuestra liturgia para el pueblo” por no decir mejor “con Vuestra clase social y universal en la liturgia”, con el trato que nos habéis dado a todos de irremediablemente ignorantes, solamente habéis conseguido introducir, en la Iglesia y en su oración y culto, una mentalidad tan sin esperanza y tan ofensivamente resignada, como la que caracterizó la, táctica de aquel primer Comunismo, haciéndola todavía, más vulgar, por los textos confeccionados para los nuevos ritos. Vos y la escuela por Vos inaugurada vais ahora a cometer el error de querer instruir a esa gente, ignorante del latín sin culpa propia, en aquello que no puede comprender. Los asnos comen paja y con paja tenéis que alimentarlos, queráis o no; y, lo que es más, a todos tenéis que darles el mismo forraje.

No más, pues, *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti,* que los italianos no pueden, en manera alguna, entender. En vez de estas palabras, diremos en su lenguaje: In nome del Padre o del Filiolo e dello Spirito Santo. No más *Confíteor Deo ommpotenti,* sino Ccnfesso a Dio onnipotente. Por lo que toca al Gloria y al Credo imposible cambiarlos, ya que estas, palabras tienen, como otras muchas, idéntico sentido y pronunciación en ambas lenguas.

Pero, no tiene caso que nos alarguemos: en comparar la Misa latina con la Misa vernácula. Dejemos que los lectores de otras lenguas europeas, de origen latino y no latino, se entretengan en hacer esta comparación y en encontrar las semejanzas que en otras lenguas, claro está, tienen que ser menos frecuentes que en italiano;

Aun entre los japoneses, como lo hizo notar un sabio jesuita, que por algunos años estuvo trabajando como misionero en Japón, los mismos niños, por no decir nada de los adultos, en poco tiempo, pueden entender las cosas

esenciales de la liturgia latina, si ellos quieren y si se hace algún esfuerzo para darles esta instrucción.

Poco antes de su muerte, no hace mucho tiempo escribió, en una carta a "*The Tablet*", Evelyn Waugh: "Ciertamente son muchos los que no pueden entender la liturgia latina, más allá de lo que los niños pueden entender las palabras que el sacerdote dice en el bautismo. Pero, la corriente de la gracia divina no está impedida por el vocabulario de los hombres", como lo piensan evidentemente aquéllos que tienen más empeño en que levantemos nuestras voces, que nuestras mentes y nuestros corazones —en cuyo caso, esa corriente de la gracia divina puede ser desastrosamente impedida.

Termino este capítulo, citando con toda amplitud, otra carta de un gran escritor inglés, también católico, que publicó no mucho antes de la hora cero de Vuestra "reforma". He aquí sus palabras: "Yo no creo que sea necesaria para la oración una completa comprensión verbal. Muchas de las liturgias, si no la mayoría de las religiones históricas, así cristianas como paganas, han sido incomprensibles para el mayor número de fíeles. Recientemente una profetisa de Zambia, que en toda una provincia hizo mucho ruido, provocaba feroces éxtasis, haciendo reproducir en discos de fonógrafo los discursos de Sir. Winston Churchill en inglés, que el pueblo del todo ignoraba..." Por supuesto que no estoy abogando por tan extremas medidas. Pero, en la Misa tradicional, era fácil darse cuenta, por una simple mirada a los movimientos del sacerdote, del preciso momento en que estaba la Misa, La "participación" de la cual tanto hoy se habla, no exigía ninguna especial gracia de oración; Era sencillamente la exaltación del alma, que, en silencio, cooperaba en lo que se estaba haciendo en el altar.

El anatema de Babel es más decisivo que el color o la clase o la nacionalidad … Como cualquier otro movimiento destructivo, si éste tiene éxito, los resultados serán irremediables. No habrá restauración del latín una vez que se haya roto la tradición, por mucho que nuestros descendientes deploren la pérdida".

Escándalo en la Iglesia.

Todavía se cuenta en Toscana la historia de un labriego que llevó a. bautizar a su recién nacido hijo, en los tiempos del Gran Duque Leopoldo. Era el tiempo de Pascua y tan contento estaba, el labriego, rodeado de sus amigos y parientes, que al principio no reparó en las atropelladas mediopalabras que el celebrante, obligado a usar la lengua vernácula, murmuraba

silenciosamente, en vez de las magníficas oraciones latinas, que siempre se habían acostumbrado. Pero, aquella inadvertencia tuvo su fin. Al llegar a cierto punto de la ceremonia, el labriego puso mayor atención a lo que el Padre hablaba y lleno de asombro pudo escuchar, en vez de la triple invocación "*per Deum vivum, per Deum verum, per Deum Sanctum*", al mismo tiempo que su mano trazaba la señal de la Cruz sobre la frente del niño, unas. extrañas palabras, que más o menos le parecieron; "por el Dios vivo... por Dios, santo Dios". Antes de que. el sacerdote terminase y echando una mirada a su alrededor, para estar seguro de que no estaba soñando, convencido de que no lo estaba por los ojos de asombro que "tenían los demás, especialmente la madrina que tenía el bebé en sus brazos, el pobre hombre saltó hacia afuera del bautisterio diciendo: "De prisa, Elisa, toma al muchacho y salte luego de allí; el sacerdote está blasfemando".

Un Prelado de la Curia Romana nos dejó consignada la anécdota de su primera experiencia, al decir la Misa en la lengua vernácula:

> "La primera vez que dije mi Misa en italiano, lo hice con cierta repugnancia, con la esperanza de complacer a un grupo de seminaristas, que habían acudido a oírla. Era la Cuaresma de 1965 y la Santa Misa, que debía de celebrar, empezaba con aquella oración: 'Líbranos, Señor, de los cuernos de los búfalos y de los dientes de los leones'. No pude menos de hacer una pausa, con cierta turbación, porque me daba cuenta de los. jóvenes que me rodeaban, que habían llegado, como yo, en automóviles o en autobuses, sin poder ver ninguna señal de un solo león o de un solo búfalo; algunos de los seminaristas me miraban azorados y otros sonreían maliciosamente. Yo pensé para mí: ahora me doy cuento de que el uso de la lengua de todos los días no resuelve el problema de hacer en todas las ocasiones más comprensible la celebración del Santo Sacrificio, Mejor, mucho mejor, entender poco, que entender mal las cosas de Dios".

Obligado, Eminencia, a daros cuenta de todo esto y buscar un remedio para evitar el dar ocasión a miradas de admiración, a risas y a otros escándalos, que jamás hubo en el latín, resolvisteis poner en práctica otro remedio (de vuestra propia invención) peor todavía que el mal anterior, que pretendíais curar. En vea de admitir que las cosas podían haberse quedado como estaban, en vez de reconocer una equivocación de cualquier género, determinasteis expurgar el Misal, como si quisierais hacerlo "*ad usum delphini*" [Parra uso del Delfín: Esta expresión proviene de la Francia del siglo XVII. Se utilizaba para designar ediciones especiales de obras clásicas preparadas

para la educación del Delfín de Francia (el heredero al trono). Estas versiones eran **expurgadas**, es decir, eliminaban o modificaban pasajes considerados obscenos, irreverentes o moralmente cuestionables para que fueran apropiadas para un joven príncipe – nota del editor digital].

No pusisteis atención alguna a Pío XII, que en su Encíclica *Mediator Dei* condenó y acusó de "temerario" a todo aquel que se atreviese a suprimir "de libros prescritos a la oración pública o de las sabias palabras del Antiguo Testamento cualquier cosa, con el pretexto de que esas cosas eran poco apropiadas para "nuestros tiempos". Habéis mutilado el Misal, quitando de él, "por razones de moralidad", la historia de la casta Susana, la cual, ante el dilema que le fue planteado por aquellos dos viejos impúdicos, llenos de concupiscencia ante su hermosura extraordinaria, de pecar con ellos o de tener que sobrellevar las consecuencias que el falso testimonio de ellos habría de acarrearla, entre cuyas consecuencias vendría la muerte; ella, sin vacilación, escogió la muerte. Salvada de esta desgracia por el juicio providencial, entablado por el joven Daniel, fiel a su marido y fiel heroicamente al mismo Dios, Susana, vino a ser como una imagen de la Iglesia misma, tentada, perseguida y, sin embargo, siempre triunfante. La imagen de esta extraordinaria mujer se encuentra simbólicamente en las catacumbas y en muchas iglesias de Roma, una de las cuales está especialmente dedicada a ella. En la Misa del cuarto domingo de Cuaresma, la epístola tomada del capítulo 13 del Libro de Daniel nos relata su juicio y la bendición de su comprobada inocencia, prefigurando la narración evangélica de la mujer, que fue sorprendida en adulterio, a quien Jesús perdonó, con la advertencia: "Vete en paz y no quieras más pecar". Ahora, vuestra adaptación ha cambiado la Epístola, dejando, sin embargo, la mujer adúltera del Nuevo Testamento. A la inocente Susana, librada por Daniel de ser injustamente lapidada, la habéis removido de la Misa, afirmando que era imprudente leer en alta voz esa historia, delante del pueblo cristiano, delante de personas de elevada, mediana o baja educación. Lo que la traducción vernácula nos hubiera dicho es lo que, por siglos, nos dijo la versión latina, lo que por siglos leyeron loa sacerdotes y los fieles, en sus misales bilingües de todo el mundo. "*Exarserunt in concupiscentia eius …*", "*contemplantes eam …*" "*nos in concupiscentia tui sumus...*", "*assentire nobis et commiscere nobiscum …*" "*concubuit cum ea …*" y otras semejantes palabras, que nunca habían escandalizado a nadie, ¡pero que Vos tuvisteis por indignas del culto divino.

En latín, es cierto, estos problemas no existían. La candela, a la que comparó Pablo VI la oración latina y el canto gregoriano en el Oficio Divino, estaba sobre el candelero como la antigua lámpara de casa, que esparcía la claridad por tocias partes. Esto nos recuerda los versos del inmortal jesuita inglés P. Gerard Manley Hopkins, sobre la Virgen Santísima "comparada al aire que respiramos":

Por Ella podemos ver a Él,
Más dulce, no oscuro,
Y su mano nos ofrece Su luz
Atenuada para adaptarse a nuestra vista.

El latín y el pueblo

"¡El latín, al fin, ha muerto y está bien sepultado!" Gritos semejantes de entusiasmo por la lengua vernácula fueron cacareados a las puertas de los templos, después de Vuestro primer triunfo, aquel domingo 7 de marzo de 1965. Y añadían:

> "Para la costumbre católica de años y de siglos, esta muerte es dolorosa. *Deo gratias!*"

Y, como aquellos desahogos hacían reír a muchas de las personas que salían de las iglesias, después del "servicio divino" los graciosos, queriendo prolongar la fiesta, continuaban:

> "Sí; al fin el latín ha terminado, para bien y para todos, *laus Deo, per omnia saecula saeculorum!* Y, si a usted le gusta más, diremos entonces: "*prosit*". Por lo que toca a mí, yo digo: "*Requicscat in pace!*"

Nos resistíamos a creer entonces que estos pronósticos pudieran cumplirse. Las encuestas más serias nos dan la evidencia, sobre las falsas apariencias, en las que se apoyan los progresistas de que el número de los que prefieren y defienden el latín de la liturgia romana es mucho mayor de lo que muchos pensaban; y cada día crece más, Y esto; a pesar de lo que la prensa católica quiere hacer creer al público y de las votaciones, cuyos resultados estadísticos o son falsos e imaginarios o no corresponden a la realidad. Y esto, por varias razones:

En primer lugar, porque, aun concediendo que en verdad fuese la mayoría la que pensase, como dicen, que el latín de la liturgia debe ser cambiado por las lenguas vernáculas, no se sigue de esto, que este cambio, es lo

mejor, así queramos considerar a la Iglesia como una institución democrática. Sólo lo que es objetivamente bueno y lo que es objetivamente verdadero puede ser para el pueblo lo correcto y lo mejor.

Pero, además, hay razones para esperar que el futuro del latín en la liturgia y en los escritos todos de la Iglesia, así como en la formación, escolástica, sea más brillante, por el interés que en ello tiene, aunque parezca paradójico decirlo, el pueblo que trabaja. Al menos, podemos esperar esto en Italia, dada la inteligencia natural y el buen sentido y la natural sensibilidad de nuestra gente, que nos hace esperar que los mejores, hijos de ese pueblo lleguen a las alturas del saber, para quienes vuestra demagogia y vuestro trato, propio de asnos, no tiene otra cosa que ofrecerles que esa vuestra deprimente igualdad.

Es curioso notar también, a éste respecto, que, cuando hace dos o tres años nuestro indefinido gobierno (un ojo a la izquierda y el otro a la derecha) empezó a coquetear con la fraternidad masónicomarxista, humillando a la población, al hacer facultativo el estudio del latín en las escuelas, los que libremente optaron por el latín fueron precisamente los hijos de los proletarios, en cuyo beneficio, según pretextaban, se había hecho libre esa materia. En realidad, dicha medida fue tomada por odio a la Iglesia y como un primer paso para subsecuentes medidas. “POR ÓDIO A LA IGLESIA”; no podemos expresarlo con mayor énfasis ni con mayor claridad; **Por odio al lenguaje universal y supranacional de la Iglesia**,

Una declaración del Subsecretario del Ministerio Italiano de Educación Pública ha manifestado recientemente que una mayoría de los alumnos de las escuelas secundarias, han escogido el latín como materia optativa, en los últimos tres años, y que la mayor parte de esos alumnos venían de los distritos rurales y de los suburbios. Esto significa que los alumnos, que vienen del pueblo, deliberadamente escogen el latín, y un latín ciertamente más difícil, que el latín usado en la Liturgia Católica. Y el Subsecretario, que no es en manera alguna un perito en la. lengua latina, añadía: “sin ninguna discriminación de carácter social” (lo que él quiso decir fue: sin distinciones sociales de ningún género), demostrando así exactamente todo lo contrario de lo que sostiene Vuestra Eminencia, que el latín tiende, no diremos ya a crear, a fomentar las “castas”, sino por el contrario a eliminarlas.

Si las autoridades públicas de Italia hubiesen tenido menos prisa (no asemejándose a la gata del proverbio), hubiesen tenido en cuenta el reciente fenómeno de los países dominados por el Comunismo, empezando. con Checoslovaquia, que han restablecido el latín, “en el nombre del pueblo” y

para elevar el nivel de la "educación del pueblo", haciendo obligatoria esta materia en todas las escuelas. Esta decisión debería avergonzarnos a nosotros, como católicos y como italianos.

De todos modos, esos países, que están detrás de la cortina de hierro, nos han dado, con esta determinación, una esperanza de volver un día a ver el latín —escolástico y litúrgico—, recuperando sus antiguos dominios.

Hemos mencionado tan sólo los oponentes políticos e ideológicos de la Iglesia, ¿Qué decir ahora de sus antagonistas teológicos y religiosos, honrados en otros tiempos? Sorprendidos leímos, no hace mucho tiempo, un artículo del *Times* de Londres, en el que se daba la noticia paradójica de que, mientras el Concilio en Roma discutía la conveniencia de substituir el latín por las lenguas vernáculas de cada nación, en la liturgia de la Iglesia, Católica, los Anglicanos, por el contrario, después de cuatrocientos años de experiencia, en algunos sectores estaban haciendo esfuerzos para volver a introducir el latín en los servicios divinos, deplorando sinceramente la falta de ese idioma, que los había colocado en una posición no muy desemejante de los envidiosos e incrédulos, los proletarios y comunistas, que tienen muchos sacos, pero no harina, haciendo escarnio y burla de aquellos, que teniendo la harina, la han desparramado, como si fueran puñados de confeti, en las multitudes idiotizadas, durante las vacías frivolidades del Carnaval.

Bien sabido es el hecho de que, entre aquellos, que más sinceramente desean recobrar la perdida unidad cristiana, hay un movimiento (sancionado por el Sínodo de Canterbury) para volver al latín, lengua en la cual en otros tiempos todos oraron en unión con Roma, antes de separarse del centro y de la sede de la unidad y abandonar así el camino de la Casa de su Padre. "No nos hagamos ilusiones —escribió recientemente Bruce Marshall—, no habrá ninguna celebración litúrgica en las lenguas comunes, que tenga éxito en hacer que los invitados acudan a la solemnidad nupcial. La Iglesia Anglicana continúa orando y cantando, delante de sus bancos vacíos, en el más elegante inglés; mientras que el católico menos instruido, más o menos ignorante del latín, perfectamente entiende lo que hacen en sus ritos los monjes de Solesmes". ([7])

[7] Un erudito anglicano, el Reverendo Gregory Dix, nos recuerda como Nuestro Señor, que hizo fundar su Iglesia en Palestina, ocupada por Roma, "nunca intentó un servicio en lengua vernácula en su vida. Lo mismo en el Templo que en la Sinagoga, los servicios se celebraban en el lenguaje litúrgico del hebreo, que no podía ser entendido por el pueblo sin especial instrucción", Y recuerda después, para que los amantes

En un libro publicado por el Profesor Frederick Grata, delegado observador en el Concilio de la Iglesia Episcopaliana de los Estados Unidos; "Roma y la Reunión", el escritor hace una desapasionada argumentación en favor de la parte más antigua de la Misa que, según él, puede fácilmente ser aprendida, pero no puede ser satisfactoriamente traducida del latín a. ninguna, lengua.

Los no latinos son los más decididos defensores del latín

Es un motivo de sorpresa y admiración —aunque, bien miradas las cosas, encontremos esa realidad lógica y coherente— el darme cuenta de que los primeros, los más denodados defensores de la liturgia en latín, hayan sido precisamente los pueblos de habla inglesa, especialmente los americanos y otros pueblos no latinos del Norte, como los alemanes, los polacos, los suizos y los escandinavos. Pueblos, por otra parte, predominantemente protestantes, o etnológica y lingüísticamente muy distantes de Roma, que —podría haberse pensado— tendrían más graves razones para apoyar o, a lo menos, para recibir, con gusto positivo y en bloque Vuestra "reforma vernácula, que los italianos, para quienes el latín —lo dijo el Dante— "es nuestra propia lengua".

El creciente amor por la liturgia latina, que cunde cada día más por todas partes, se nota con mayor intensidad en estos países, entre los que se habían convertido de otras religiones al catolicismo, los que habían palpado ya todas las desventajas de los servicios divinos en las lenguas vernáculas —una experiencia de la cual pensaban haberse librado para siempre, al ingresar en la Iglesia Católica Romana.

La liturgia latina es impersonal. A través del sacerdote, que celebra la Misa en el altar, los que siguen al celebrante están en posibilidad de unirse al Sacrificio de Cristo, con la mente y el corazón, sin que tengan que verse envueltos en su personalidad o, sin que siquiera tengan que darse cuenta de su unión íntima con el Sacerdote y la Víctima Eterna. En la Misa vernácula, más comprometida cuando se celebra mirando al pueblo, *versus populum*, la personalidad del sacerdote no puede escapar de hacerse predominante y

---

y defensores, de la lengua vernácula no lo olviden, que Nuestro Señor hablaba el arameo. Ni, por esta razón fue la liturgia cristiana primitiva griega o latina; ni estuvo acomodada al lenguaje ordinario de las gentes. Eran formas sagradas que desde un principio se adaptaron para él culto sagrado.

convertirse así en una verdadera distracción, cuando no en un estorbo, al culto divino, a la participación espiritual de los fieles.

> "Es triste —dice la rama inglesa de la Sociedad por la Misa Latina, (extendida también a Australia y los Estados Unidos), en uno de sus primeros Boletines— que haya sido necesaria tan gran revolución en la Iglesia, para descubrir lo que era obvio a tantos, especialmente entre los conversos".

Los católicos ingleses y alemanes, que conocen, bien lo que significa la reforma nacionalista de la liturgia, rudamente reaccionan contra la gente que, en nombre de una purificación, de un regresar a los orígenes, y aun atribuyendo al Espíritu Santo sus intentos y haciendo alarde de proclamar la verdad, han corrompido de esa manera las cosas santas.

Ellos saben muy bien, por su misma historia, la importancia decisiva que para introducir y diseminar la herejía ha tenido el uso obligatorio del lenguaje común en vez del latín. El pueblo inglés particularmente no debe haber olvidado lo que a este propósito dijo Santo Tomás Moro:

> "Primero, en muchos lugares, ellos cantaban el "servicio" en su lengua materna, hombres y mujeres, todo el mundo, y esto constituía una agradable distracción para todos, por algún tiempo. Pero, después de pasado un tiempo, se acabó también el gusto de la novedad. y desde entonces sus cantos fueron no los cánticos de Dios, sino los cánticos del hombre. Cambiaron también la Misa y, poco después de esto, muchos del todo la dejaron".

Yo conozco algunas familias, que viven actualmente en Italia, que con regularidad y devoción cumplían antes con sus deberes religiosos y que ahora prefieren decir sus oraciones en casa, en vez de atender a esos "servicios", que más parecen "clases de escuela dominical" que una Misa.

En una carta, que dirigió a los Obispos de Inglaterra y de Wales este mismo año, la Sociedad por la conservación de la Misa Latina, cuyo Presidente es el escritor y apologista católico mundialmente conocido, Sir Amoló Lunn, nos asegura que en Inglaterra se inculca ahora a los niños la idea de que el latín es tan solo un símbolo de una religión ya en desuso, Pero hay muchos padres de familia católicos, que con gran solicitud inculcan a sus hijos las creencias y prácticas católicas de la Iglesia de sus antepasados o de la Iglesia a la que ellos se habían antes convertido; y están decididos a cuidar que sus hijos no carezcan de los beneficios de esas gloriosas tradiciones.

Finalmente, por lo que se refiere a Inglaterra, he aquí lo que publicó la *Clergy Review*, el año pasado, al concluir una carta, firmada por T. Charles-Edwards:

> "Por cuatro siglos, la Misa en latín, en la mente de cualquier inglés, servía para distinguir la Iglesia de Roma de esa multitud de inseguras cristiandades, siempre en lucha, que, a medida que tropiezan, son arrastradas hacia su lógica desintegración. Pero, ahora que la Misa en latín ha desaparecido, los ingleses concluirán que la Iglesia de Roma ya no es ahora sino 'una de las Iglesias', una de esas desconocidas organizaciones, siempre más numerosas, en las que sus abuelas creyeron y sus abuelos hubieran querido creer y en las cuales ellos fueron bautizados y se casaron …"

No debemos olvidar la frase de Chesterton: "perverso deterioro el de lo mejor"; hay una tangible realidad en esa frase.

En América, los escritos del renombrado filósofo Dietrich von Hildebrand han hecho mucho para resistir esas espurias reformas y esa tendencia a querer abandonar la tradición. Una confirmación de las convicciones tradicionales, hondamente arraigadas de los católicos de los Estados Unidos (pese a lo que nos dice esa prensa avanzada que se dice católica y pese también a las locuras que muchos clérigos han hecho y están haciendo) la podemos tener en la encuesta hecha en 1966 por unos 130 periódicos y revistas sobre la acogida que habían dado los católicos americanos a vuestra "reforma". La respuesta fue una abrumadora mayoría, que definitivamente se pronunció en contra y declaró su "*non placet*", no estamos de acuerdo. El *Osservatore Romano* del Vaticano publicó, al parecer con gusto, los resultados de esta encuesta.

Las razones que dieron los participantes en la encuesta fueron éstas: "el sentimiento de que las prácticas, religiosas se estaban debilitando, así como los vínculos que deben unir entre sí a los católicos" Los que se habían convertido de las diversas sectas protestantes dijeron:

> "Estas mudanzas en la liturgia nos hacen volver a las Iglesias, a las que una vez pertenecimos y parece como que han hecho desaparecer aquella devoción y piedad propia de la liturgia católica, que tanto habían influido en nuestra conversión".

De esto se signe claramente que la línea divisoria, la que establece la desintegración de la Iglesia, no está, como nunca ha estado, en la liturgia

universal de Roma, sino en los ritos nacionales, que han pretendido implantar el culto en las lenguas vernáculas. **El Movimiento Tradicionalista Católico** de los Estados Unidos ha sido un valioso testimonio del sentimiento profundamente católico de los fieles sinceros de ese gran país.

En Canadá, el Profesor John Buell levantó una enorme y universal admiración con su artículo, publicado en la *Unity* de Montreal:

> "... el punto más importante es que la Misa ha sido cambiada tanto, que ha quedado disociada de su antiguo contexto … Se acabaron aquellos magníficos conjuntos de órganos y de grupos córales, que por siglos cantaron en latín las cosas sagradas, se acabó el sacro lenguaje, en el cual las cosas, que atraían sobre los hombres las bendiciones divinas, fueron hechas".

Y se acabaron también todos aquellos actos de devoción (¿qué diría el Profesor Buell, después de Vuestra Instrucción del 29 de junio?), que están en manifiesta oposición con Vuestro pensamiento.

> "Ha cambiado el tono y el estilo; ha desaparecido la calidad de lo absoluto, propio de las cosas sagradas, el estilo absolutamente sagrado que habíamos proyectado sobre esas ceremonias. Los resultados han sido; ninguna espiritualidad, una fe confusa y una adoración problemática … Pedir al pueblo que cambie, sin ofrecerle una baso sólida que justifique estos cambios, es poner a prueba y en peligro su fe, no en Dios, no en su Iglesia, a la que ellos no pueden ni siquiera combatir, sino en los "expertos", a los que sí pueden y quieren resistir resueltamente".

Permitidme reproducir aquí de *Romanitas y el Presente Momento Católico* una página entera, escrita por el eminente hombre de Letras, Profesor Antón Hilckmann. de la Universidad de Maguncia, alemán de nacimiento:

> "Hasta ahora, la latinidad ha sido para nosotros, a lo menos en relación a nuestros sentimientos y devoción, algo que consideramos como esencial a nuestra fe, a la fe que profesamos. En proporciones no imaginables en los países de lenguas de origen latino, el lenguaje de la liturgia, el latín, para nosotros lingüísticamente europeos de origen no latino (pero religiosamente tanto más romanos, cuanto más latinos), era considerado como algo verdaderamente sagrado. Solo el pensamiento de que algún día pudiera ser tocado nos parecía sacrílego. Es evidente que nos gusta cantar con entusiasmo himnos, y cánticos religiosos en alemán... pero la liturgia, en su sentido estricto, la Misa, por ejemplo,

en alemán, absolutamente no; esto era inconcebible. Los tiempos de la Reforma son tiempos de una historia ya pasada, pero la distancia entre aquellos tiempos y los nuestros no es tan grande para que nuestra gente haya olvidado cómo nuestros antecesor res tuvieron que tomar las armas contra los Príncipes del Imperio Germánico para poder conservar el latín en su Misa, para guardar la fe de Roma, para preservar nuestra religión de ser 'germanizada' (*Cuius regio, eius religio*); algo que era aborrecido, una abominación nunca, ni entonces ni después, aceptada, por la conciencia de nuestras creencias católicas. La Misa Romana, dicha en latín, era para nosotros la más espléndida y elocuente manifestación y demostración de la "unidad mundial de nuestra fe que nosotros considerábamos como la única verdadera fe de todo el género humano … Esto es lo que significan **Catolicismo** y **Catolicidad**: el mundo entero como nuestra patria".

"Ser un católico significa, en un sentido que trasciende la tierra, ser un ciudadano del universo, de todo el mundo, que debe ser cristiano, católico y romano, Roma es la Sede y el Centro de la unidad de Cristo. El hacer concesiones es sacrificar a lo menos algo de nuestra romanidad, de nuestra misma fe católica".

El que los italianos pudieran planear esto, o, mejor dicho, el que los italianos pudieran haber captado y hecho suyo esto, ha parecido tan. tremendo allá, en la tierra de los Vikingos, que un cierto sueco, autor de una muy conocida carta dirigida a Vuestra Eminencia y titulada "*To be or not to be*", escribió un manifiesto a los italianos, en latín, expresando su estupor, así como el de los comunistas de Checoeslovaquia y el de los protestantes de Inglaterra y América y de otras partes, dando a entender que si el latín va a ser abandonado en los países de origen latino, tendrán que ser los nórdicos "los bárbaros" los que vendrán a luchan por él.

Algo semejante significó también, cuando el Presidente negro del Senegal, Mr. Senghor, en su reciente visita a Roma, pronunció su discurso de llegada en latín, precisamente al mismo tiempo en que el Parlamento de Italia estaba dedicado a suprimirlo de las escuelas, con sentencias y frases de un italiano crudo y poco gramatical.

El mismo escritor sueco, desde aquellos nórdicos países del hielo y de la nieve nos ha enviado la siguiente definición, tierna y mística, del latín:

"*Pelicanus est ille myticus pio fodicat qui pectora rostro datque fervidum sanguinem bibendum et carnem edendam pullis, scilicet nobis, filiolis, atque semper idem et unus manet, non extenuatus, non confectus*":

Es aquel mítico pelícano que, hiriendo, con amante pico su pecho, da a sus pequeños hijos, que somos nosotros, su sangre a beber y su carne a comer; y, permaneciendo él siempre uno y el mismo, ni se extenúa, ni se consume.

Esa hermosa descripción en latín parece repetida y compendiada en aquellas palabras, ya citadas, de Su Santidad Pío XI: "*sermonem universalem, immutabilem, non vulgarem*".

Y, sin querer, volviendo a Vos, Eminencia; vemos que habéis quebrado la nuca del Pelícano, al suprimir el latín de la liturgia y al retirarlo así del pueblo. Y lo habéis hecho sonriendo, si no con franca risa, al desdeñar nuestro sentimental punto de vista. Aunque, obligado por la evidencia, habéis concedido que lo que os causa a Vos —innovador por vocación, como Vos mismo lo habéis confesado—, motivo de disgusto, puede ser para otros muchos comprensivamente agradable.

Si algo quedase por decir, finalmente, parece que lo expresa de maravilla la breve carta de los fieles de Noruega a sus obispos, carta que fue publicada en Roma en 1967, en *Musicae Sacrae Ministerium*:

> "Nos han pedido nuestros obispos a nosotros los miembros del laicado el que manifestásemos nuestro juicio sobre la proyectada reforma de la liturgia de la Iglesia. Nosotros nos atrevemos, a expresar ese juicio en las siguientes ideas:
>
> "Tenemos gran preocupación por las modificaciones que contemplamos en la liturgia de la Misa y particularmente por la reforma del lenguaje."
>
> "Perteneciendo, como pertenecemos a la cultura de la Europa Occidental y teniendo en cuenta la mentalidad de los noruegos y sus tradiciones, estamos convencidos de que el uso del latín en los textos invariables de la Misa, especialmente los que se hallan en el Canon, son ahora, como fueron ayer, preciosos y útiles."
>
> "Por el amor que tenemos a la Misa de la Iglesia Católica y Romana deseamos sinceramente que los que tienen la misión y el poder para defender estos grandes valores, nos den muestras de un gran discernimiento y profunda piedad."

Extranjeros aun en la misma Iglesia

Citando la pregunta que hicimos de si el latín, el lenguaje de la Iglesia, por el cual, a juicio de todos, la Iglesia Católica se distinguía en todo el mundo, debía ser abandonado y sustituido por las lenguas vernáculas, Vuestra Eminencia generosamente fue tan lejos que nos aseguró que nuestra consternación había sido debidamente apreciada. (¡Gracias, Eminencia, gracias!). Aun llegasteis a un cierto grado de indignación retórica ante la idea de que toda la herencia del canto gregoriano, de la polifonía y la música recientemente compuesta para acomodarla a los textos litúrgicos y. que, por consiguiente, exigían el latín, después de los siglos, debían ser arrumbados y guardados en los archivos, como reliquias del pasado.

Hablando de la arquitectura sacra, si nuestras iglesias, aun nuestras más grandes iglesias, con la debida deferencia a Bramante, a Miguel Angel, a Bernini, Pugin y otros, no han sido hasta ahora edificadas más "funcionales" (implicando con esto que era todavía tiempo de corregirlas, aunque con gran prudencia naturalmente, esto es, sin ningún diafragma de columnas, pilares, naves, etc. etc., que se interpusieran en medio de la "asamblea" y el único altar central, conforme a los usos protestantes), Vos magnánimamente concedisteis que esas iglesias, sin embargo, estén en pie, como "una herencia artística", que no debe despreciarse.

Pero Vos habéis dicho; y aquí está vuestro **Pero** para todas las cosas: "comparadas todas esas cosas, aunque justas en sí mismas, hay algo todavía más grande: la comunicación a esos pueblos de la palabra de Dios, en un modo que todos puedan comprenderla y recibirla; el acercarlos todos al altar, para que así puedan participar conscientemente en la asamblea de la familia de Dios".

Estas palabras "asamblea", "familia" parecen que son inocuas, perfectamente católicas; y, sin embargo, son objetables. Nos hacen pensar en un club, en una fiesta de un centro nocturnos, exactamente lo que algunos de esos nuevos predicadores e instructores pretenden instalar en nuestros templos, con gran sorpresa de los católicos, conscientes de que su participación viviente en la Iglesia les ha enseñado a distinguir aquello que no es la Iglesia.

Pero, lo que hace hervir nuestra sangre, lo que nos llena de indignación no es precisamente eso; es la falta de respeto que aquí mostráis por la Iglesia, tal vez, por falta de reflexión (así lo espero), recordando que Vuestra Conferencia antes citada fue pronunciada durante los días agitados del Carnaval,

distraído como andabais con los juegos callejeros, tirando confetis, a las multitudes.

Porque, si la lógica tiene todavía algún valor, si todavía ella no ha sido por vosotros reformada, la conclusión, que de vuestras palabras debe sacarse, es que, antes de Vos, el gran reformador y legislador y el deslatinizador, la Iglesia, con todos sus Papas, santos, doctores y liturgistas (desde el Papa San Dámaso hasta el Cardenal Schuster) estaban desviados, estaban impidiendo el desenvolvimiento y progreso espiritual del pueblo de Dios; todavía más culpables al retener y defender el latín, cuando solamente eran pocas las personas, pertenecientes a clases directrices, que tenían educación suficiente para dominar ese idioma, mientras que ahora, casi todos tienen alguna educación y muchos son los que están en condiciones de aprender y estudiar el latín (especialmente el latín litúrgico) sin gran trabajo; especialmente en los pueblos latinos.

Ni tomáis en cuenta que en los tiempos antiguos había la ayuda de los misales bilingües —Latín-Italiano; Latín-Francés; Latín-Español; Latín-Inglés; Latín-Alemán …—, porque, a Vuestro juicio, no se adaptan bien a los tiempos presentes; si exceptuamos, tal vez, el que dio a luz el P. Bugnini. A Vuestro juicio, esos misales bilingües se interponen, como el latín, y forman un "diafragma" entre el altar y la asamblea, entre el sacerdotepresidente y la comunidad del pueblo. Esos misales son realmente el polo opuesto de la línea divisoria, facilitando, como lo hacen, el seguir el latín a grandes multitudes de católicos lo mismo de América del Sur que de Nueva Zelandia.

Yo sé que en una ciudad, costera de Italia, en las Misas matutinas de los domingos y días de fiesta, hemos siempre podido presenciar el maravilloso y conmovedor espectáculo que nos ofrecen los visitantes de distintos países, que oran con nosotros, aunque tengan distinto acento y que, con nosotros, pronuncian con voz clara y firme las palabras del Credo "*Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*". Pronunciadas o cantadas, en un país extraño, esas palabras tienen siempre una sublimidad y un encanto indecible. Es la catolicidad de la Iglesia que, por así decirlo, se palpa, en el ambiente.

Pero, ¡qué triste ha sido, por otro lado, en los dos últimos años, el ver a esos visitantes como qué no están o no se sienten en casa, aunque se encuentren en los mismos sagrados templos de la Iglesia Católica, obligados ahora a permanecer aislados! Hablo de los que tienen el valor de entrar a los templos, porque son muchos los que se quedan fuera y pierden la Misa.

Y a los que están dentro los vemos intrigados, mirando a todas partes, deseosos de entender algo y de seguirnos; conscientes tan sólo de que son extranjeros y de que todo ha cambiado. Esto es más aislador; esto es un estorbo más grande que las meras columnas y las naves de la sagrada arquitectura.

Me refirió, en cierta ocasión, un antiguo oficial, que había sido en tiempos anteriores prisionero de los alemanes, que él recordaba cómo ni los alambrados de púas ni los enormes muros, ni los centinelas de los campos de concentración pudieron quitarle el sentimiento de libertad, las mañanas de los domingos, cuando, en medio de todos, el capellán alemán católico se santiguaba a los pies del altar y él podía escuchar de los labios del celebrante las palabras primeras de la Misa: "*Introibo ad altare Dei*", me acercaré al altar de Dios. Le parecía hallarse en su parroquia de Londres, escuchando la conocida voz de su párroco.

Tampoco podría olvidar el rostro, cubierto de lágrimas, de una anciana señora, convertida a la Iglesia Católica del Protestantismo, que alababa, sobre lo que había visto y apreciando en nuestra Iglesia, las características de su unidad en el culto y en el lenguaje litúrgico, el "*ut unum sint*", que Vos, en nombre de otra unidad y universalidad, Os habéis propuesto destruir, poco a poco.

Marta y María.

La unidad, en verdad, está perdida. La unidad del lenguaje se acabó; la unidad de los corazones tampoco existe, aun entre la gente de una misma parroquia o región; aun entre los miembros de una misma comunidad religiosa o de una misma familia. En todas partes, la discusión ha substituido a la unidad; en todas partes prevalecen las desavenencias, las opiniones propias, la división. Y, cuando parece que hay todavía unidad, con frecuencia están sólo la prudencia (?), el silencio de los que no se atreven a hablar, el que evita las polémicas, que tal vez sean en estos casos convenientes y aún obligatorias. Indebidamente muchos miembros del clero piensan que no tienen salida, que deben conformarse, que deben obedecer. Pero, me atreveré a preguntaros, Eminencia, si entre Vuestros propios sacerdotes y congregaciones religiosas hay ahora, en verdad, mayor unidad, mayor amor fraterno que antes.

Ciertamente no es así, como Vuestra Eminencia lo debe saber bien. No hay comprensión, no hay caridad, no hay mutuo respeto en el clero, entre

los sacerdotes de la nueva ola y las monjas entusiasmadas con las nuevas libertades, y los sacerdotes y monjas del pasado, que no quieren ser infieles a Dios y a sus compromisos.[8]

Vuestra "reforma, como es bien sabido, ha provocado aquí y allá una abierta rebelión, de parte del pueblo, que no tiene miedo de llamar las cosas con su propio nombre y, con razón, llama a lo que estamos viendo "un cambio de religión". En. Italia, entre nosotros, lo mismo en la región de Venecia que en Istria, por ejemplo, la Misa, celebrada hasta hace poco en la lengua de todos, el latín, era la única cosa que nos mantenía a todos unidos. Ahora que esa lengua ha sido nacionalizada, por así decirlo, las diferencias, que ya existen exasperadas y violentas, están provocando camorras, algunas veces dentro de los recintos mismos sagrados, hasta el punto de que la policía se ha visto obligada a restablecer el orden. Así, Vuestro "Id en paz", con que habéis substituido el Ultimo Evangelio se ha convertido en la práctica actual, en estas palabras airadas: "Afuera todos; discutid entre vosotros en la calle".

También hemos sabido las dificultades que han surgido en Inglaterra entre los no católicos de la observancia nacional, originadas por la diferencia

---

[8] **Nota del traductor**. — Parece absurdo que nos hablen de unidad precisamente los que la han destruido; que nos hablen de caridad los que no dan muestras de amor a Dios. Amor al prójimo sin amor a Dios es pura egolatría, es conveniencia personal, es deseo de sobresalir, es luchar por conseguir las mejores prebendas. Han arrinconado a nuestros mejores sacerdotes; y, cuando "caritativamente" les tienden la mano para remediar sus necesidades, para aliviar sus penas, es porque entonces los necesitan porque, aun en su euforia, no pueden prescindir de ellos,

Es doloroso el espectáculo de tantos venerables Obispos, que han sido eliminados, no por la edad (hay muchos que, como el Secretario de Estado, son de mayor edad) y, sino por sus ideas, porque estorban. Esos, varones eminentes, beneméritos de la Iglesia, con sus cabezas perfectamente lúcidas, con sus fuerzas físicas en magníficas condiciones, con la santidad, la ciencia y la experiencia adquirida, están ahora olvidados, necesitados y viviendo en muchos casos de la caridad de los católicos.

Es difícil comprender ese cambio radical de mentalidad, que en algunos clérigos se ha obrado. La obediencia tiene siempre un límite, que los mismos Apóstoles señalaron: "Es necesario obedecer a Dios, antes que a los hombres".

Esta división en el clero es, por desgracia, una prueba fehaciente de la oposición que existe entre la mente preconciliar y la mente postconciliar.

Algunos de los más aguerridos "progresistas" esperan ansiosos que la muerte venga a eliminar definitivamente toda oposición a sus ideas, a sus nuevas libertades, a su victoriosa "reforma".

de lenguaje de Welsh, que hablan en el norte y que hablan en el sur, diferencia que se ha convertido en un "problema de lenguaje católico", (Es evidente que estás. dificultades tienen que irse multiplicando en todas partes para la Iglesia de Cristo),

Con la autorización dada en 1966 para leer el Prefacio de la Misa en castellano o en catalán (las traducciones en vascuence y en gallego habían sido antes hechas), se produjo una gran agitación en España, porque los valencianos querían tener también, su "Misa valenciana", El valenciano no es sino un dialecto del catalán. E1 Arzobispo se opuso, porque vio en ese movimiento una tendencia exclusivamente política. Haya sido o no éste el caso de Valencia, lo cierto es que muchos se quieren valer de las lenguas vernáculas, aunque sean dialectos, para hacer una labor exclusivamente política.

Curiosamente Mr. Gerald Bryan, escribiendo en el *Tablet* de Londres, con lenguaje festivo, nos refiere cómo, debido a la admirable técnica de los micrófonos, adquirida por los sacerdotes celebrantes, él salió de un templo, en la región de Valencia sin saber si había oído una Misa celebrada en castellano (la lengua vernácula de España) o en el dialecto valenciano o en latín.

En Lovaina, en la Universidad, hubo el año pasado feroces disputas, que, según los informes de la prensa, no fueron, como antaño, sobre religión, sino sobre la lengua. Los católicos flamencos, estudiantes de la Universidad, pensaron que era cuestión de honor el unirse, codo con codo, con los protestantes, contra la población de habla francesa, aunque en la bilingüe ciudad de Gante la lengua de la cultura había sido por siglos el francés. La burla pública, que a la autoridad episcopal se hizo, las escenas escandalosas y sacrílegas cometidas en los lugares sagrados durante las ceremonias religiosas fueron como un recuerdo de aquéllos que han subordinado la religión, como los protestantes, a los intereses nacionales y políticos cuando la religión no quiere adherirse a ellos,

"Mirad cómo no se aman el uno al otro", podrían hoy decir de nosotros los modernos paganos; y éste no es sino uno de los más amargos frutos, entre los más funestos, de una reforma llevada a cabo en nombre de un culto comunal, de un espíritu comunitario etc. que en realidad tiene más aspecto y espíritu de Comunismo que de Comunión Católica, de quienes los comunistas tomaron la palabra — reforma que pretende abolir las "castas" y las "líneas divisorias".

Sabemos que en Francia los obispos de Bretaña establecieron comisiones interdiocesanas para establecer los textos en la "noble y elevada lengua

de los bretones"; y llegaron a la conclusión, para zanjar todas las dificultades, de que la Misa debería decirse un domingo en la lengua de los bretones y otro domingo en la lengua de los franceses. Solución, en verdad, peregrina e inadmisible. En cuanto a los sacramentos, bautismos y matrimonios, "los fieles podían escoger la lengua que les plugiese" (democráticamente exceptuando —inútil es decirlo— el latín, cuya petición es lamentable y, con frecuencia, bruscamente rechazada).

Nada vale el que todas estas reformas, hasta la última que permite la celebración del Canon en la lengua vernácula, fueron acogidas con benevolencia y pública aprobación por la Comunidad Protestante de Taizé.

En la India, en donde todavía sobreviven unas doscientas lenguas (y calendarios), los obispos, en cuyas diócesis se cruzan las fronteras de varias regiones de diferentes lenguas, se han visto obligados a readaptar el Misal Latino Romano para todos, ya que con ese Misal estaban antes todos satisfechos, cuando no habían sido arrastrados a pensar diferentemente, De esta manera se evitaron innumerables problemas para sí mismos y para su clero, y eludieron las dificultades raciales y políticas que pudieran surgir, con ese pretexto, al pie del altar.

En otra parte del mundo, en Sudáfrica, encontramos católicos calurosamente discutiendo por escrito si la gente de color prefiere los dialectos africanos o el inglés para la Misa; y nos llegan noticias de escenas en Bedlam, en las que los más decididos partidarios de las lenguas vernáculas se tiran los cabellos, viendo a la Asamblea dividida: la mitad prefiere el inglés, mientras, la otra mitad pugna por los dialectos o idiomas africanos. ¡Es cuestión de sentimientos, no de razones!

Y, lo más curioso del caso es que, en muchos de esos dialectos africanos, no existen muchas palabras usadas en la liturgia católica romana; así es que todas esas palabras tienen ahora que ser inventadas por las "academias locales africanas, no sabemos con qué procedimientos ni con qué fidelidad; pero esto lo dejamos a la imaginación de los lectores.

La. Revista "*Una Voce*" publicó no hace mucho tiempo una detallada relación del Profesor Retamal-Favereau sobre la situación litúrgica en Chile, Sudamérica, Los cambios, al principio fueron casi imperceptibles; pero, luego, pese a la débil y desorganizada protesta, las mudanzas completas fueron llevadas a cabo, principalmente por los párrocos y los superiores de Órdenes y Congregaciones Religiosas, sin coordinación alguna, sin plan rees-

tablecido cuyos resultados fueron un caótico estado en todas las cosas; Altares volteados o mesas poco dignas para substituir esos altares, tabernáculos removidos, imágenes sagradas arrojadas de los templos, varias "Misas Chilenas" compuestas y ejecutadas con una indecible mediocridad y carentes de todo espíritu religioso. A pesar del menosprecio del pueblo, esas Misas nacionales son decididamente defendidas y patrocinadas por muchos elementos del clero, aunque no por todos. En muchas iglesias, los reclinatorios han sido del todo eliminados, para impedir el que la gente se arrodille; ya que, según esos innovadores, esa postura no es de libres, sino de esclavos. Ha habido sacerdotes que a gritos reprenden a los fieles que de rodillas pretenden recibir la Sagrada Comunión, por respeto debido a Cristo; y siguen gritando a, pesar de que traen en sus manos la Hostia consagrada, hasta que esos fieles se levantan y ponen en pie para comulgar o abandonan la iglesia. ([9])

Los que se oponen en Chile a "estas nuevas formas de oración" son bruscamente censurados en los sermones y llamados "fariseos modernos, hipócritas, sepulcros blanqueados" o (como la olla que dice a la caldera: ¡qué negra estás!) "neoprotestantes". La Misa es celebrada por los extremistas alrededor de una mesa común, como si ese sagrado rito tan sólo consistiese en una repetición de la última cena. En vez del Crucifijo hay el indispensable micrófono, para que las palabras del lenguaje común, como las del Credo mutilado, no dejen de entrar en los oídos de todos los presentes. El latín desde luego, es despreciado en todas partes y rara vez puede escucharse en Chile.

Los benedictinos y los franciscanos, entre otros, han hecho intentos abortivos para acomodar las palabras españolas al canto gregoriano, pero, han tenido que abandonar sus intentos, ante la evidencia de que el canto gregoriano sólo puede cantarse en latín.

---

[99] **Nota del traductor:** Aquí en México, en el ultra progresista templo de la Santísima Virgen de Guadalupe, Emperatriz de América, ubicado en la Colonia de San José Insurgentes, uno de los RR. PP. Asuncionistas se negó a dar la Sagrada Comunión a un conocido y eminente Notario. Ante este público atropello, el jurisperito se presentó a las oficinas de la Mitra, para presentar su queja; pero, su protesta no tuvo allí efecto alguno, Y ¡eso que hay un decreto episcopal que ordena que en la Arquidiócesis se reciba de rodillas la Sagrada Comunión y las mujeres entren a los templos con la cabeza cubierta!

Las irreverencias, la iconofobia y las excentricidades de todas clases están a la orden del día y un espíritu de arrogancia que no tolera corrección alguna. Con todos estos abusos, aparte de una manifiesta carencia de la antigua devoción, la asistencia a la iglesia, lejos. de aumentar ha disminuido; ya que son muchas las personas que, horrorizadas y desconcertadas, han abandonado sus prácticas religiosas. La relación del Profesor Retamal-Favereau termina, sin embargo, con una nota de esperanza de que todos estos excesos puedan servir para hacer más manifiesta la necesidad urgente de regresar a las forma y costumbres antiguas que nos han dado pruebas de su valor espiritual y de su eficiencia durante tantos siglos.

Vengamos ahora a Roma, en donde, durante el octavario de oraciones por la Unidad Cristiana, un católico inglés, que hacía muchos años había atendido a estas celebraciones de la iglesia del Gesu, el año pasado, al entrar en el templo, en lo noche dedicada a pedir por el retorno de los anglicanos, para oír la Santa Misa, se encontró que ésta era cantada en italiano, en una melodía desabrida y amorfa. Y, al preguntar al ujier, un joven ansioso de entregarle una hoja impresa con la oración por la unidad, por qué la Misa, en la que se iba a pedir el retorno de los anglicanos a la Iglesia Universal, iba a ser cantada en la lengua nacional de Italia, en medio de la Roma Católica, la atrevida y poco ceremoniosa respuesta, que dio el ujier en tono meloso fue: "Aquí todos nosotros somos italianos". Y el hermanito, que recogía la limosna, ejemplo de la unidad del hombre ante Dios, era un negro. La iglesia estaba llena de estudiantes de los diferentes colegios o seminarios nacionales, que hay en Roma, de todos los matices y vestiduras: americanos, irlandeses, escoceses, tudescos, españoles, latinoamericanos y de otros países. Los quo ayudaban en el altar eran alumnos del Colegio Inglés. Y la Misa por la unidad, con una música descolorida, monótona, fue celebrada, delante de centenares de "mudos espectadores", en italiano. No había ninguna duda, la atmósfera había cambiado en la iglesia, que, en otras épocas se veía no sólo llena, sino con multitudes que no cabían en ella, y en esta ocasión tenía tan sólo una concurrencia que ocupaba las tres cuartas partes del templo. Y esa tarde, hubo un inglés menos.

Aun en la Basílica de San Pedro, en donde solamente son permitidas dos Misas en las lenguas vernáculas, a las 9 a.m. y al medio día, no es poco común para la gente que tranquila y atentamente signe la Misa, en uno o en otro de los altares laterales, verse sorprendida por un celebrante, que de pronto deja el latín, por el inglés, el alemán u otros idiomas, con frecuencia al "*Agnuss Dei*" y en los momentos mismos de la Comunión, rompiendo así

la unión y poniendo una línea divisoria, que separa a todos y hace despertar pensamientos y sentimientos lingüísticos, nacionales y perturbadores. Y la excusa que dan es el "permiso" que se ha dado para celebrar esas Misa en lengua vernácula, en beneficio de un grupo nacional, notorio frecuentemente por su ausencia. En tales circunstancias, uno llega a la convicción de que el tal "permiso" no fue dado y que sólo existe en teoría, en la mente del celebrante. En esos momentos, los que querían recibir la Sagrada Comunión, impotentes para sobreponerse a los justos sentimientos de protesta, tal vez llenos de indignación, han dejado la Misa y se han separado del altar con profundo disgusto, sin recibir la Comunión.

Para nuestro consuelo y tranquilidad espiritual, Vos, Eminencia, y vuestros pragmáticos progresistas y antilatinistas colaboradores, nos habéis concedido que el latín todavía está bien, que es útil en las grandes reuniones internacionales, como, por ejemplo, Lourdes, Fátima, los Congresos Eucarísticos Internacionales. Esto, en buenas palabras, significa que el latín tiene tan sólo derecho a sobrevivir en ciertas ocasiones, y que solamente en estas ocasiones la Iglesia Católica es internacional y universal, y que, de ordinario, y en los demás lugares y ocasiones, la Iglesia debe más bien tener un aspecto nacional. La verdad es que la Iglesia, como todos sabemos y firmemente creemos, es siempre y en cada lugar y en cada ocasión, no solamente internacional, sino, supranacional y más que en ningún otro sitio que en la Misa, que es el acto central de nuestro culto, obligatorio a todos los católicos, miembros de la Iglesia

Y que el profeta perdone otra vez al asno que le advierte: lo que me temo es que, en todas estas cosas, pese a las buenas intenciones, ha faltado mucha oración, mucha meditación y mucha penitencia, ante de hacer esta "reforma".

Aunque, tal vez, no se necesitaría mucha oración, mucha meditación, para demostrar con evidencia cuán trágicamente ridículo es el intento, (no según mi opinión, ni mis palabras, sino según las palabras y opinión de un obispo amigo, con quien mantengo habitual correspondencia) de hacer estas modificaciones en una época tan falta de unidad, tan llena de confusión, de tan poca fe como la nuestra. ¡Cómo si quisiéramos corregir a esos diez y nueve siglos que han pasado, y que con mucho eran más católicos, más sinceros, más conscientemente religiosos!

Pues bien, si la oración y la piedad son siempre útiles y necesarias para todos; aquí tenemos un caso en. el que es imperioso y urgente arrodillarnos y estar en esa postura de impetración hasta alcanzar de Dios misericordia.

“Yo creo más en la oración que en las medicinas”, decía Miguel Angel, que levantó la cúpula de San Pedro en el cielo de Roma; y decía esto con humilde y sincera fe. Bernanos decía más o menos lo mismo cuando exclamaba: “La Iglesia tiene menos necesidad de reformadores que de santos. Sí; la Iglesia necesita más a María que a Marta”.

Diametralmente opuesto es lo que ahora se dice y se exige en todas partes, como sí Cristo hubiera dicho: “María, María, tu oras demasiado”, y hubiera exaltado sobre la oración de María la acción de Marta.[10]

---

[10] **Nota del traductor**. — Estamos viviendo la herejía de la acción. Se ha llegado al absurdo de querer suprimir las familias religiosas de vida contemplativa. Es un naturalismo feroz el que nos invade; es un confiar más en la técnica de nuestros equipas que en la gracia de Dios; es querer hacer un cristianismo de anuncios luminosos; es olvidar nos de la palabra de Dios que nos dice: “Ni el que planta ni el que riega es alguien, sino Dios, el que da el incremento”.

Hay ahora “directores de almas” que llegan a los conventos con la consigna: “No más oración prolongada; no más sacrificios; no más silencio ni recogimiento. La Iglesia se ha readaptado. El Concilio ha cambiado la ascética y la mística y las ha compendiado en una sola maravillosa palabra: “servicio”. Ahora hay que llevar radios y televisores para que se distraigan las monjitas, y hay que darles permiso para que salgan a pasearse cuantas veces quieran. El silencio es un impedimento para la caridad y debe ser, por lo tanto, eliminado.

Jesucristo nos había dicho: “El que quiera venir en pos de Mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. “Permaneced unidos conmigo, porque sin Mí nada podéis hacer”. “Es necesario orar siempre y no desfallecer”.

“Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación”. Pero esto lo dijo un Cristo ya anticuado, un Cristo de hace dos mil años. Hemos de ir a los orígenes, pero en cuánto éstos no se opongan a la readaptación.

Hay ahora “directores de almas” que llegan a los conventos con la consigna: “No más oración prolongada; no más sacrificios; no más silencio ni recogimiento. La Iglesia se ha readaptado. El Concilio ha cambiado la ascética y la mística y las ha compendiado en una sola maravillosa palabra: “servicio”. Ahora hay que llevar radios y televisores para que se distraigan las monjitas, y hay que darles permiso para que salgan a pasearse cuantas veces quieran. El silencio es un impedimento para la caridad y debe ser, por lo tanto, eliminado.

Jesucristo nos había dicho: “El que quiera venir en pos de Mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. “Permaneced unidos conmigo, porque sin Mí nada podéis hacer”. “Es necesario orar siempre y no desfallecer”.

“Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación”. Pero esto lo dijo un Cristo ya anticuado, un Cristo de hace dos mil años. Hemos de ir a los orígenes, pero en cuánto éstos no se opongan a la readaptación.

Cuando los "reformadores" quisieron convencer al buen Papa Juan XXIII de que las crecientes ocupaciones y exigencias de la vida moderna exigían un sacrificio de la oración, en beneficio de la acción, respondió sacando su rosario y pasando sus cuentas con sus dedos: "Por lo que a mí toca, yo nunca omito el decir los quince misterios del rosario todos los días. Tal vez el mismo Papa vio en esa voluntad de escatimar el tiempo de la oración la razón pava pedir el acortar el rezo del Breviario, que Vos habéis tan pródigamente concedido, hasta reducir a cuatro las antiguas siete Horas Davídicas y suprimir también varios de los Himnos más hermosos y mutilar el Salterio, que ya no se dice entero.

Aunque, debemos decirlo con consuelo, hay algunos sacerdotes (y también laicos), quienes precisamente por la mayor intensidad de la vida moderna, han. cuidado de aumentar su vida de oración, haciendo todavía su debida preparación antes de la Misa, así como su acción de gracias después de ella, aunque tales oraciones o instrucciones ya no se encuentren en Vuestros Misales. "reformados".

"No estamos convirtiendo, sino que estamos siendo convertidos"

Es cierto que cuando la misión de los doce Apóstoles —de convertir y reformar a todo el mundo— tomó tan grandes proporciones que ellos se sintieron impotentes para realizar por sí solos el trabajo, no abandonaron, ni acortaron su "Breviario", sino que delegaron los problemas de actividad social (como ahora decimos) a otros, a esos por ellos escogidos y señalados diáconos: "No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, y sirvamos a las mesas", dicen los Hechos de los Apóstoles, "Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la Palabra". Como consecuencia, "crecía la Palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba mucho en Jerusalén".

Nada semejante se ve o se promete en las novedades y métodos de Vuestra "reforma". Por el contrario, estamos viendo que disminuye alarmantemente el número de católicos prácticos. El General de los Jesuitas no hace mucho tiempo nos proporcionó cifras que deberían alarmar a todos. Por lo que se refiere a los "hermanos separados", hemos ya visto cómo, día a día, han manifestado una menor inclinación a convertirse a nuestra fe ca-

tólica, ya que para ellos hemos perdido el valor y la convicción para demostrarles que no el de ellos sino el nuestro es el camino recto para la salvación. Cada día oímos o leemos que es necesario reunimos con todos los que no profesan la misma religión, que la nuestra; pero nunca hemos oído o visto en esa propaganda la expresión siquiera de que la única reunión que nosotros podemos y debemos aspirar es en "la única y verdadera Iglesia fundada por N.S. Jesucristo, la Iglesia Católica, Apostólica Romana". Aunque Pablo VI, en muchas ocasiones y especialmente en sus audiencias públicas, ha hablado claramente de los peligros gravísimos de esa así llamada "mente postconciliar", sin embargo, son muchos los que siguen queriendo suprimir o, por lo menos, disimular algunas creencias y prácticas católicas, con la esperanza de agradar y ganar a los que no tienen nuestra religión, Esas debilidades, ni convencen, ni ganan a ninguno. Así no hay conversiones. Muchos, no solamente entre aquellos que andan en busca de la verdad y de la certeza, sino también entre aquellos que ya la poseen, están escandalizados, ahuyentados y disgustados. Hemos leído en la prensa y con dificultad lo hemos creído, pensando al principio que se trataba de un error de imprenta, de una falsa información que había corrido acerca del "diálogo" entablado en Estrasburgo entre la Iglesia Católica y la Federación Mundial Luterana. En ese "diálogo", según dice la prensa, "las dos delegaciones entendieron que se trataba de una búsqueda de la verdad, hecha en común y en un plan de entera igualdad". ¡La Iglesia Católica, la Madre y Maestra (*Mater et Magistra*), la que por siglos ha enseñado a los pueblos, buscando la verdad (que Ella es) y al mismo nivel con los que voluntariamente se habían de Ella separado para caer en el error! Un ciego que conduce a otro ciego.

Y, a propósito, no ha pasado inadvertido para nosotros que las palabras conversión y converso, para no ofender los oídos de nadie, han sido suprimidas por Vuestra Eminencia, en nombre de la "reforma", de todos Vuestros Misales y de las solemnes impetraciones ecuménicas del Viernes Santo, por más que hayáis derramado lágrimas de cocodrilo por esas supresiones. "Es con gran pesar —nos dice el P. Bugnini— que nos hemos atrevido a poner las manos sobre ciertos textos venerables que con tanta eficacia y durante siglos, habían nutrido la piedad cristiana, y que todavía ahora tienen el magnetismo de las edades heroicas de la Iglesia de antaño". Y, en otra parte, admite el mismo P. Bugnini que "es muy difícil retocar obras literarias de tal arte, poder y concepción, que son sencillamente insuperables".

La misma delicadeza de sentimientos tienen los progresistas con relación a los ateos, "No entabléis batalla con el ateísmo" declara el Secretariado

para los no creyentes, La misma deferencia hacia el Comunismo, para los que en la doctrina y en su actividad se oponen a la Iglesia.

Y ¿qué reacción provoca esta táctica en aquellos cuya sensibilidad tan cuidadosamente evitamos ofender? Ninguna favorable, sino exhibirnos lastimosamente; al hacerles tales concesiones, les damos a entender que prácticamente les estamos dando la oportunidad de ponernos ellos las condiciones, fijar el precio que debemos pagar para obtener con ellos esas reuniones que preparen la reconciliación, una reconciliación a cualquier precio. De esta actitud nuestra concluía el Congreso Comunista: "Ciertos puntos deben ser tratados primero con suma delicadeza. Por ejemplo, las escuelas confesionales, el divorcio, etc."

Volviendo a los protestantes, alguien oyó decir a unos miembros de las sectas que se han establecido en Italia: "Ustedes, (católicos) quieren encontrarnos, pero por ese camino sólo logran causarnos nauseas". Por lo que toca a los anglicanos que, tal vez, puedan ser considerados, entre los disidentes, como los mejor dispuestos, si no ya los próximos a volver a la Iglesia Católica, especialmente desde que el Arzobispo de Canterbury, el primer líder de las Iglesias separadas, propuso hacer oración por el éxito del Concilio Ecuménico, sería bueno recordar que pidieron al Dr. Ramsey, de una manera pública, antes de su viaje a Roma, el precaverse de invitar al Papa a que fuese a Inglaterra, aunque él mostrase tener todavía en su corazón la presente atmósfera de caridad y tolerancia hacia los cristianos de diferentes denominaciones.

En otras palabras, el interconfesionalismo o el pancristianismo, como los hermanos separados consideran el ecumenismo, el suyo y el nuestro, debe brotar (disolver sería una mejor palabra), juzgando por la predicción hecha por su Gracia en Jerusalén, el año pasado, "de que en un futuro próximo habrá Una sola, Santa, Ortodoxa y Católica Iglesia, de la que formarán parte todas las Iglesias Cristianas, asegurada, sin embargo, su individual existencia de Iglesias independientes con su propia cabeza". Y "esta autonomía de las diversas ramas será coherente con la verdadera unidad de la Iglesia".

Tal vez, la iglesia internacional de una sola religión, cuya central se está ya construyendo en los Estados Unidos, en un templo magnifico de millones de dólares, será el futuro rival, que heréticamente se separe de la unidad cristiana o pancristiana.

El Canónigo anglicano Bernard Pawley, representante oficial de Roma Canterbury, a propósito de que el decreto o la Declaración sobre la Libertad religiosa había sido propuesta en el Concilio, hizo, con gran aprobación de parte de sus correligionarios, esta formal declaración en el *Church Times* de Inglaterra: "... después de tantos siglos de error en esta materia (de la libertad religiosa) no nos parece a nosotros de gran importancia el que la declaración de la conversión oficial de la Iglesia Romana sea diferida todavía algunos meses". "Pero, del hecho mismo de esta conversión —termina el mismo Canónigo Pawley— no puede ya haber duda".[11]

"¿Conversión? No estamos nosotros convirtiendo, sino que estamos, por el contrario, siendo convertidos", opinó ya, en cierta ocasión, uno que entonces era Cardenal Arzobispo de Milán. "En vez de afirmar nuestras propias ideas, al compararlas con las de otros, aceptamos más bien esas ideas contrarias a las nuestras. No estamos conquistando, sino que estamos capitulando. Los viejos amigos que se habían mantenido en el camino recto, ahora son llamados reaccionarios, y los que son capaces de todas las debilidades y de todos los compromisos son ahora tenidos por verdaderos católicos".

Si éste es realmente el caso, si por defender la antigua doctrina somos llamados "reaccionarios", nosotros como católicos, conocemos bien el sentido que a esa palabra quieren darle nuestros enemigos y podemos apreciar perfectamente el valor que en su mentalidad tiene semejante epíteto. Sabemos muy bien por qué nos llaman "reaccionarios"; por qué se nos reprueba, por qué somos aborrecidos por los cabecillas de esta interna revolución, que hoy aflige a la Iglesia de Cristo.

Si esta solapada o abierta persecución no fuese para nosotros motivo de grande honra, si no encontrásemos en ella el camino para imitar a "nuestro Rey Eterno y Capitán Jesús", para citar las palabras ignacianas, casi, casi tendríamos envidia de los ateos, de los mahometanos, de los marxistas, de

---

[11] **Nota del traductor**. — He aquí el dilema tremendo, que en vano queremos eludir: O la indefectibilidad de la Iglesia o la falibilidad de los "expertos de los dirigentes progresistas, engañados por los expertos. Las palabras equívocas y las actitudes, que simulan lo que no somos ni queremos ser, tan sólo sirven para complicar la situación, acrecentar la confusión y dar un aparente fundamento para que nuestros enemigos (aunque sean hermanos separados) piensen y afirmen que la Iglesia de Roma ha claudicado.

Una postura ambigua tan sólo dura mientras el análisis de la verdad no viene a distinguir los conceptos y a sacar las lógicas conclusiones, que ineludiblemente se siguen de las falsas premisas.

los modernistas, de todos los herejes, que son considerados por vosotros como vuestros verdaderos hermanos, mientras nosotros no llegamos sino a la categoría de medio hermanos; somos nosotros ahora los únicos hermanos separados, somos la Iglesia del Silencio, No queremos pasar por mártires; pero si queremos protestar, como lo hacemos aquí decididamente por las grandes trabas que nos quieren imponer para que podamos defender nuestra doctrina católica, por el monopolio ejercido por los llamados "liberales" o "progresistas" de todas las publicaciones católicas, en las que solamente tienen cabida los modernistas, los que atacan el latín, los que quieren desacralizar1 la Iglesia, los que defienden el ataque a las "estructuras" y la política y táctica del Comunismo.[12]

Hace unos días, en un viaje que hice con un sacerdote amigo, nos detuvimos en una población, para que él celebrase su Santa Misa y yo pudiera oírla. Era un domingo y nos encaminamos hacia una gran iglesia en la que mi amigo solicitó permiso para celebrar su Misa en latín. Se le dijo que solamente podía hacerlo en la cripta, en privado, en donde nadie pudiera oírla. Allí ayudé la Misa de mi amigo, recordando, sin querer, las catacumbas, pera con gran alegría, como tenía mi amigo el sacerdote, al darnos cuenta de que la gente empezó a concurrir para asistir a esa Misa, con visible descanso y satisfacción, tan luego como empezó a correr el rumor de que en la cripta se iba a decir una Misa en latín, "una verdadera Misa", como la llama el pueblo.

La fe de la humildad

No hay conversiones, hemos dicho; pero sí hay en todas partes perversiones. Permitidme, pues, Eminentísimo Señor, que, en relación a esta amarga verdad, transcriba ahora, como si fuera mi propio punto de vista,

[12] **Nota del traductor**. — La libertad religiosa pro clamada por el Concilio debería traducirse entre los católicos, en una libertad para expresar, al menos, la doctrina tradicional. En México hay mayores restricciones, que en ningún otro país para los que no aceptan las ideas avanzadas. En nombre del Concilio se nos quiere imponer esa que el Papa llamó "mente postconciliar".

¿Vamos a conceder a Cencos [Centro Nacional de Comunicación Social] la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia?

Si están los "progresistas" tan seguros de poseer la verdad, no deben indignarse por los ineficaces ataques que podamos hacer a sus inexpugnables posiciones los que no comulgamos con sus ideas. Las reacciones violentas son pruebas de debilidad y de inseguridad. El "diálogo" no se entabla con insultos, ni con amenazas.

otro pasaje, del teólogo, ya citado antes, al hablar del "diálogo" con los luteranos y su progenie, que parece también puede aplicarse a Vuestra "reforma": Aquí tenemos la conclusión a la que él llegó, después de estudiar, cuidadosamente los diversos y numerosos intentos que ya se han hecho para atraer a los "separados por medio de conversaciones sostenidas, a base de una completa igualdad, desde la disputa entre John Eck y Andrés Carlostadio de 1519 hasta las célebres pláticas de Malinas, en tiempos del Cardenal Mercier, del periodo después de la primera guerra mundial:

> "Estos procedimientos históricos nos prohíben abrigar, en nuestros pechos, esperanzas halagadoras de alcanzar por estos caminos la reunión de las Iglesias, sobre la roca firme que Cristo estableció, como base y fundamento de su única y verdadera Iglesia. Esperar que las cabezas de las herejías se dobleguen y depongan la posición que han mantenido durante siglos, me ha parecido siempre utópico. Tenemos que estar preparados para esperar pacientemente, por siglos, si es necesario, la conversión de esa gente en masa, y no esperar que esa conversión se verifique como un resultado de nuestra argumentación teológica, sino implorando, con la fe y las lágrimas de Santa Mónica, esa gracia de Aquel en cuyas manos están los corazones de los hombres"

La fe y las lágrimas del humilde —de Santa Mónica— que pacientemente pidió la conversión de su hijo Agustín. Lo que equivale a decir: lo que fundamentalmente se necesita para alcanza este prodigio es la fe, son las lágrimas de la humanidad. "*Nisi Dominus aedificaverit domum, in yanum laboraverum, qui aedificant eam*", si el Señor no "edifica la casa, en vano traban los que la edifican.

Y, ante todo, es necesario que cada hombre, que cada uno de nosotros trabaje en su propia edificación, en su propia conversión, sin la cual cualquier esfuerzo para convertir es vano, es una manifiesta soberbia. Pero, a lo que yo veo, no pienso que, sobre ese fundamento de oración, de adelantamiento personal y de verdadera humildad descanse "la formación espiritual del pueblo" tan jactanciosamente proclamada por vuestras tácticas reformistas. He dicho la oración del humilde, subrayando, el sustantivo especificativo, porque sería una arbitrariedad el que yo dudase, aun tratándose de Vos mismo, el gran innovador, de que la oración no fuese considerada como la base de toda "formación espiritual".

Sin embargo, esas palabras, ni siquiera una vez se han escapado de Vuestros labios durante Vuestras reiteradas peroraciones, durante las fre-

cuentes instrucciones con las que habéis procurado inculcar y publicar vuestra "reforma". Lo cual ciertamente no deja de sorprender a los que piensan un poco.

Por otra parte, como vuestros colaboradores frecuentemente lo han repetido con fruición, haciéndose eco de lo que Vos decís, sin duda alguna, después del 7 de marzo de 1965, ya no iremos a los templos para oír la Misa y hacer oración, sino para hacer una "acción comunitaria", algo así como si fuéramos a visitar un lugar público, en donde, además del pan, del queso y la cerveza, hay luces electrónicas y músicas apropiadas para atraer concurrencia numerosa de personas, especialmente de jóvenes. Como si los templos fueran *Halls* [grandes salas para conciertos u otros eventos], apropiados y acondicionados para una "fiesta de amor", en la cual, la "liturgia de la palabra" acompaña las viandas, las bebidas y los cantos.

¡Qué farsa! Para Vos, la iglesia se ha convertido en la Casa de la Oración, pero una oración que excluye totalmente el latín; aunque os olvidáis qué también la Misa latina es oración, la oración de las oraciones. La. oración, en la que Vos pensáis y creéis no es la oración del humilde, la oración de Santa Mónica. Es ese género de oración, que se asemeja a esas horribles, desnudas frías y colectivas y misteriosas nuevas iglesias, que. Vuestra escuela litúrgica está construyendo, que más parecen salones de asambleas, estadios deportivos o galerones escolares de lectura, que templos consagrados al servicio de Dios. Vuestras oraciones, en esos colectivos actos del culto, son mecánicas, reglamentadas, racionalizadas y, según Vuestras pretensiones, deben ser "entendidas", por cada uno, con la ayuda de aparatos de luz y de sonido, ambos electrónicos, y de los amplificadores por todas partes repartidos, que llenan de ruido y confusión el sagrado recinto y el Santuario, cuando todavía queda alguno.

En vez de la virtud y de la humildad, habéis colocado la razón, la inteligencia humana. "Si yo no entiendo, yo no puedo orar". Vos pretendéis que el pueblo piense para que entienda; y por eso repetís vuestra liturgia en voz alta y hacéis que todos hablen, aunque sean muchos los que hablan como periquitos, sin casi darse cuenta de lo que repiten. Yo pregunto ¿es esta la mejor manera de acercarnos a Cristo, que dijo: "Os doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e intelectuales y las has revelado a los pequeños?"

Ciertamente no es esto lo que los santos nos han enseñado ni con sus ejemplos, ni con la Sagrada Escritura. El salmista nos dice: "*Quoniam non cognovi litteraturam introibo in potentias Domini*" [Ya que no poseo letras

o saber humano, entraré en las obras portentosas del Señor (Salmo 70,15-16); es una expresión de confianza en la gracia por encima del conocimiento mundano – nota del editor digital]; y ciertamente sí conocía el salmista algo de literatura, como también la gran Santa Teresa de Ávila, mística y poetisa, sorprendente, quien escogió, por su espiritual aprovechamiento y devoción, permanecer en la ignorancia en ciertas materias. La reformadora del Carmelo con humildad de niño decía que mientras algunas cosas le parecían más oscuras, más creía en ellas y mayor crecía en ella la devoción, "más firme la tenía, y me daba devoción grande" y continuaba: "Ni siquiera quería yo comprenderlas, mientras más difíciles son estas cosas para la inteligencia, más me inspiran a mí con gran devoción".

Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Han sido siempre los humildes los que han servido a Dios, haciendo maravillas en su servicio. Como la Madre benditísima de Cristo, la sierva del Señor, y su padre adoptivo, el carpintero, que no siempre comprendían todas las cosas que Él les dijo —*non intellixerunt*— no lo entendían, como sucedió en el Templo.

Bernardita Soubirous no era, que sepamos, la más inteligente y brillante niña de la parroquia o de la clase de catecismo; y, sin embargo, Nuestra Señora se apareció a ella y no a las monjas que eran sus maestras y que la trataban como a una boba.

Numerosísimas fueron las personas que volvieron por él a Dios, y, al fin de su vida, hubo que aumentar el servicio de los trenes, para poder trasladar a los muchísimos peregrinos que iban a Ars en busca de su pobre Cura. Ese humilde e insignificante sacerdote llegó a convertirse en el santo modelo y en el patrono de todos los párrocos católicos. Nadie pensó jamás que el insignificante sacerdote fuese un intelectual, un sabio. Sus mismos Superiores dudaban promoverlo al sacerdocio por su falta de capacidad.

En una carta, escrita por el Rector del Seminario de San Gregorio, encontramos una palabra dura: "estúpido", con la que dicho Superior quería describir a un joven seminarista ante su párroco, para que éste le disuadiese de regresar al Seminario, después de vacaciones. Pero el tonto seminarista regresó a sus estudios y, andando el tiempo, llegó a ser Su Eminencia Angelo Roncalli... y después, cuando ya teñía 78 años, subió al Sumo Pontificado para llegar a ser Su Santidad Juan XXIII, quien recordó esta anécdota delante del General de los Jesuitas al comentar la vida de un humilde Hermano Coadjutor de la Orden, un portero, cuyo único libro era su rosario.

Todo lo dicho sirva para, defender la intelectualidad de los "progresistas". Es verdad que los tiempos han cambiado; pero los corazones humanos no han. cambiado, ni han cambiado tampoco las mentes de los hombres. Las palabras de Cristo tienen una vivencia eterna: "*unum est necesarium*", una sola cosa es para todos necesaria, la salvación eterna.

Y esto me recuerda un incidente, que presencié en una Misa, a la que tuve la desgracia de asistir hace unos meses, durante la cual, en medio de los avisos y órdenes que se dieron a los feligreses de la asamblea, por el Vicario, que hablaba como un sargento a su tropa: ¡Levántense! ¡Siéntense! ¡Arrodíllense! ¡Canten todos!, el rito fue solemnemente interrumpido para dar la orden a una pobre anciana, que traía en sus manos el rosario: ¡Señora, quite esa cosa que trae en las manos! ¡Pobre mujer! Ella lo había sacado de su bolsa, para pedir a Dios la fuerza necesaria para poder así sobrellevar los arranques de ese hombre, sacerdote de la "nueva ola", para quien el tener el rosario en las manos era más monstruoso que el sacar la pintura de los labios o el polvo de la cara.

"Si no entiendo, no puedo orar", dicen los "progresistas", y estas palabras me recuerdan las de Santo Tomás: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré"; aunque esta incredulidad del Apóstol nacía más del exceso de amor, que de otra cosa. Y la respuesta de Nuestro Señor a Tomás podría también darse a esos supercrçiticos: "Bienaventurados aquellos que no han entendido, ni entienden, y sin embargo, han orado y oran".

Cuántos millones y millones de cristianos, a través de las edades, han sido enterrados en los cementerios católicos, con el santo rosario entre sus manos. Esas benditas cuentas del rosario aparecen en el "Juicio Final" de Miguel Angel, en la Capilla Sistina, como una cadena, por la que suben al cielo las almas de los bienaventurados. ¡Quisiera Dios —si nuestros juicios fuesen tan sólo la expresión de un sentimentalismo ya pasado de moda— que un número mayor de almas fuese llevado de la tierra al cielo por esas hojas impresas, repartidas en vuestras Misas populares! ¡Quisiera Dios que una gloria mayor le fuese a El dada por esos "nuevos cristianos", que Vos habéis instruido, que van sin "esa cosa" a Vuestras "nuevas y funcionales iglesias", completadas con señales de neón y ayudas electrónicas, y desprovistas del "diafragma del latín" y de las sagradas imágenes! Pero, entre tanto, no pretendemos nosotros hacer a un lado "esa cosa", que a Vos tanto os molesta y a nosotros tanto nos ayuda para salvar nuestras almas.

Nos regocijamos y, en nuestra ignorancia, queremos seguir fielmente a todo lo que el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, escribió acerca del canto sagrado en latín:

"… *etsi aliquando non intelligant quae cantantur, intellegunt tamen propter quid cantentur, scilicet ad laudem Dei; et hoc sufficit ad devotionem excitandam*": aunque (el pueblo) no entienda lo que se canta, sí entiende porque se canta, a saber, la gloria de Dios; y esto basta para alimentar la devoción.

Devociones electrónicas

Podemos estar seguros, Eminencia, de que Vos nada habéis escatimado, en Vuestros planes para acrecentar la devoción, en estas Vuestros nuevos caminos del pueblo sencillo y noble. Habéis dispuesto todo, para decirlo en Vuestro estilo, a fin de que todo resulte más benéfico a la gente. Y, como prueba de Vuestro desinterés y de Vuestro celo, pienso que bien podéis recordarnos Vuestra cooperación (naturalmente gratuita, como no puede dudarlo quienquiera que conozca un poco Vuestra magnanimidad y Vuestro despego por las cosas materiales en la venta, en gran escala, de un potente "ambón electrónico" (patentado, por supuesto), manufacturado e instalado por una gran firma comercial, a gloria de Dios Nuestro Señor, por el modesto precio de 168.000 liras — tres mil trecientos pesos mexicanos.

Nadie, que conozca Vuestro vocabulario y Vuestro estilo puede poner en duda que Vos sois el autor de la propaganda impresa para recomendar y difundir tan prodigioso invento. Y, por si hubiera alguna duda, Vos tuvisteis la precaución de que se tomase una foto Vuestra delante del aparato, antes de discutir su efectividad maravillosa y funcional:

> "Hace posible un contacto directo e inmediato entro el celebrante, el lector o comentador y la asamblea de los fieles. Da la debida evidencia, en la liturgia de la palabra, al lector o comentador, en relación a los otros oficiantes, aunque ellos tengan amplificadores más potentes. Resuelve completamente todos los problemas de sonido en iglesias medianas o pequeñas. Es posible conectar otro segundo par de micrófonos, en tono y volumen independientes, para el celebrante. El ambón electrónico es adaptable a cualquier clase de mayores amplificadores y puede ser usado adecuadamente, a voluntad, para preservar las encantadoras cualidades de la vocal y efectiva presencia del lector, comentador o celebrante."

Así enunciaba la oportuna propaganda; y así terminaba también esa enormemente lúcida leyenda con un peculiar florecimiento, en testimonio de que Vos, humana y electrónicamente hablando, no habéis, en verdad, dejado nada por hacer, en Vuestros vigorosos conatos, por galvanizar al. pueblo y comunicarle la palabra de Dios, "de manera tal que pueda comprenderla y observarla, acercándolo hasta el altar, para que así esté capacitado de tener una participación más consciente en la asamblea".

Una participación más consciente que antes, se entiende, Eminencia; por medio de "cualidades particularmente mejoradas, más efectivas, de la presencia vocal" Más cerca del altar necesariamente tiene la gente que participar de una manera más consciente que en los siglos pasados de humilde piedad y adoración del Misterio, velado por el latín (*vere Tu es Deus abscomditus*) y digno de nuestra veneración por esta misma causa. Las sagradas especies, a un mismo tiempo, presentan y velan para nosotros el Sacramento de la Eucaristía; así como el santo rosario y la meditación de sus misterios nos dicen lo que el altar nos recuerda, nos renueva y perpetúa para nos otros.

Quiera Dios que Vuestros planes y continuas modificaciones resulten a la larga más beneficiosos para las almas y de mayor gloria para Su Divina Majestad, aunque estos éxitos vengan a humillarnos a nosotros los amadores del latín, los sentimentalistas, los tradicionalistas, los aficionados a la estética y a su belleza. Indudablemente una sola alma vale más que todo el latín junto, cómo lo proclamó uno de Vuestros seguidores, al acercarse Vuestro día memorable, el 7 de marzo. Aunque el mismo nos advirtió que no quería engañarse al afirmar que sería bastante el cambiar el latín por el lenguaje de todos los días, y el volver hacia el pueblo los altares, para pensar que la gente iba a ir en masa para ser convertida.

De todos modos, la primera proposición de Vuestro colega puede también dar vuelta entera, para poder nosotros decir con toda verdad: "Un alma tiene más valor que la lengua o las lenguas vernáculas". Sólo la experiencia de los años que han pasado nos hace ver cuál de las dos sentencias tiene más valor; sólo los frutos recogidos nos demuestran si el latín o las lenguas vernáculas han sido y son más dignas del culto divino y más provechosas para la salvación de las almas.

Y ¿cuáles son los resultados?

Bien; una investigación ha sido hecha por muchos, aun por personas que no necesariamente tienen las mismas convicciones religiosas, pero que, sin embargo, se han unido a nosotros en esta batalla, no por otra razón, sino

por un sentido de belleza. Belleza y verdad pueden ser sinónimos, como ya lo dijo un joven poeta, que murió en Roma y que no era ni romanó, ni cristiano. Fue ese sentido de belleza y de dignidad el que hizo participar en esa general trepidación y sobresalto a miles de personas en todo el mundo, que tal vez no eran ni conocedoras, ni amantes del arte, al ver peligrar la *Pietá* de Miguel Ángel en su viaje trasatlántico hacia América. La misma indignación hubo cuando un rufián hizo un pequeño deterioro, no hace mucho tiempo, en una de las obras maestras de las Galerías Uffizi de Florencia,

En una de las más renombradas revistas de Italia, un escritor decía:

> "Ya que tanto se ha hablado de las razones "pastorales de la presente subversión, sería no sólo justo, sino legal el pedir cuentas de la cosecha hecha de conversiones por la nueva liturgia, en las lenguas vernáculas".

Y, sin esperar una respuesta, el escritor añade con escepticismo:

> "Pero ¿quién en el mundo podría convertirse solamente por el hecho que las autoridades eclesiásticas han juzgado conveniente o necesario llevar a la Iglesia a la misma línea de los Protestantes del siglo XVI, habiendo ignorado el otro hecho de que el italiano ha sido hablado en Italia por más de mil años?"

Después de hacer resaltar la delicadeza con que debe ser tratada la oración, cuyo carácter ordinariamente no es discursivo, ni específicamente racional, ya que la oración surge y se levanta sobre todo lo mundano, de lo que nos rodea constantemente, hace ver cómo la oración en muchas ocasiones tiene que romper, por así decirlo, el lenguaje ordinario y buscar expresiones distintas de las que continuamente usamos. (Aun los primeros cristianos no usaban en sus ritos mayores la lengua vernácula). Y el escritor vuelve a preguntar:

> "¿Cuál ha sido el resultado neto que la reforma a los idiomas vernáculos ha producido hasta ahora? ¿Ha empezado a surgir una multitud de santos? ¿Hemos presenciado una multitud de milagros, que pueda poner en vergüenza a todos aquellos que se obstinan en permanecer fieles a las tradiciones de la Iglesia Latina? … ¿Cuáles han sido los frutos de esta devastación litúrgica? Los fieles ignorantes del latín deben ser acercados más al Evangelio … ¿Han obtenido los ajustados y mutilados ritos y libros ahora lo que los misales bilingües, los catecismos y los sermones evidentemente no pudieron hacer?"

La respuesta, que podemos leer aquí entre líneas, es el indiscutible hecho que tenemos delante de nosotros; "el. balance de los dos últimos años nos da un resultado claramente negativo". Los siglos de latín jamás han apartado, que sepamos, una sola alma del camino de la verdad, ni han enfriado en ella la caridad. Pero, el corto período de las lenguas vernáculas, con todas sus innovaciones y deformaciones, con su nacionalista y racionalizada liturgia, ha hecho varias veces que la policía tenga que ser llamada para calmen la excitación y los escándalos en los templos. Las comuniones han disminuido en muchas partes, y la falta de recogimiento, de reverencia y devoción de los que comulgan, según los nuevos ritos, es, por desgracia, manifiesta. Muchos han reducido y muchos han abandonado del todo sus prácticas religiosas.

Decir "balance, al hablar de estas cosas, no está mal. si tenemos en cuenta el trafique, que estamos viendo, que ha traído ganancias considerables en las finanzas de muchos. El argumento, de que la Misa Latina no era entendida por los iletrados, fue también considerada como muy conveniente —escribe recientemente un sacerdote inglés— por los ladrones sacrílegos, que en el siglo XVI sacaron considerables ganancias de este negocio de la "reforma".

Por lo que toca a la doctrina, un amigo mío, hombre de poca fe, me confesaba que estuvo a punto de perder toda la fe, cuando escuchó el siguiente "diálogo ecuménico" entre un sacerdote católico y un ministro protestante:

Sacerdote: "Cada nación tiene ahora su liturgia en su propia lengua".

Protestante: "Entonces ¿reconocéis que vosotros, los católicos romanos, hasta ahora, estabais equivocados?"

Sacerdote: "Sí; reconocemos que, hasta ahora, estábamos equivocados".

Concluiré estas observaciones, citando las palabras de un pastor americano, publicadas en un periódico tradicionalista de los Estados Unidos:

> "Nos habían dicho que la gente quería las Misas con el altar mirando al pueblo; pero estoy convencido de que no era la gente, sino los sacerdotes los que buscaban esta innovación... El cambio definitivamente no ha aumentado la concurrencia de la gente a las Misas de todos los días".

Y otro sacerdote, escribiendo en el mismo periódico, nos dice:

"Hay algo muy importante, que los reformadores de nuestros días parecen haber olvidado: unos noventa por ciento de nuestros antiguos himnos católicos fueron compuestos para inculcar un profundo y personal amor a Cristo y a su Madre Santísima, Esta es una de nuestras mayores pérdidas hoy día; nuestros hijos están sufriendo por causa de esto. Otra gran pérdida es la falta de reverencia; y las Misas folklóricas no hacen nada para corregir esto. No hay duda alguna de que la Iglesia de nuestros días ha sido infiltrada v de que sus enemigos están trabajando dentro",

El latín, lenguaje de la juventud

¿Podemos acaso maravillarnos de que —como el clero puede confirmarlo— la asistencia a Misa, las Comuniones y las visitas al Santísimo Sacramento hayan disminuido? ¿Desde cuándo las uvas se han recogido de las espinas o los higos de los zarzales? La maravilla hubiera sido lo contrario, si de este cambio radical, vuelta completa del lenguaje y del altar, con la ayuda de los ambones electrónicos, hubieran brotado los apetecidos frutos espirituales. Lo sorprendente hubiera sido el que esta oración intelectualizada y racionalizada, que de antemano debe ser comprendida, hubiera demostrado ser más aceptable y más benéficamente aceptada que la oración humilde del publicano, que no hizo sino golpear su pecho y pedir a Dios misericordia. Precisamente, después de ésta parábola, según el Evangelio, dijo Cristo aquellas palabras: "No entrará en el Reino de Dios el que no lo reciba como este niño".

Un. niño no tiene que entender para creer y mucho menos para orar. Entender para creer — exactamente lo contrario dice San Agustín: "*Crede ut intellegas*", cree, para que puedas entender. Principio tan fundamental en la filosofía agustiniana, tan necesario en nuestros días. Porque solamente sometiendo a Dios nuestra inteligencia podemos empezar a comprender los misterios y el significado de la existencia.

En una ocasión, cuando los discípulos preguntaron a Cristo directamente por qué Él hablaba frecuentemente en parábolas, el Maestro replicó:

"Porque sólo ti vosotros os fue dado conocer los misterios del Reino de los Cielos; poro no les fue dado a ellos".

Dejad que el pueblo —el verdadero y auténtico pueblo— entienda lo que pueda: en parábolas, en latín, en su propia lengua. Lo esencial no es que

entienda, sino que crea. Nuestro Señor nunca alabó a nadie por haber entendido; pero, sí alabó a muchos por haber creído.

Volviendo a este pequeño asunto de la "edad", la dificultad "aun entre los clérigos (como afirmó Vuestra Eminencia) especialmente avanzados en años, para recibir con facilidad esta reforma", algo tenemos que decir. Es indudable que la edad es un factor inevitable para hacer no sólo dificultosa, sirio inaceptable la nueva reforma de la liturgia; pero, en manera alguna, es el factor más importante y decisivo, para darnos la explicación completa de este innegable y tangible fenómeno.

No eludamos que, a medida que vosotros empecéis a formar, en las nuevas ideas, a las nuevas generaciones, estás crecerán, en general, creyendo y pensando que van por el mejor camino. Hasta que la otra escuela, la experiencia, empiece a hablar después. De sobra sabemos la libertad con que hoy se habla en los seminarios y universidades católicas, pretextando la necesaria libertad académica, sobre el control de la natalidad y la psicología freudiana, sobre el pacifismo y la filosofía marxista, sobre la nueva, formulación de nuestros dogmas, sobre las explosiones naturales del sexo, etc. etc., por profesores antiromanos, antilatinistas, antiautoritarios, liberales y progresistas. En muchos de esos centros de formación, hace unos dos años, esas nuevas ideas litúrgicas, esa enseñanza y esa disciplina (o indisciplina) fueron primero recibidas con disgusto y con protesta; pero, no después de mucho tiempo, en parte debido a la voluntad de no ir contra los superiores, los estudiantes empezaron a resignarse; aunque no todos. Todavía hay jóvenes seminaristas y jóvenes clérigos que se oponen a esta falsa reforma y al modernismo y que están haciendo verdaderos esfuerzos para renovarse a sí mismos interiormente y para ayudar a otros a hacer lo mismo, queriendo resolver las necesidades de la sociedad de nuestros tiempos, siguiendo la dirección que les dio el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Y también hay muchos jóvenes laicos de ambos sexos, hijos o hijas de buenas, devotas y tradicionales familias católicas, que gustan asistir a las Misas. celebradas en latín, según la tradicional liturgia romana, que rezan su rosario y practican las devociones antiguas en las que se nutría la fe, comprendiendo su significado y su importancia. ¡Qué diferentes eran los charlatanes grupos, seducidos por la novedad, que se veían congregados a las puertas de los templos los primeros domingos de Vuestra "reforma"! Con sus cabellos largos; los varones y con sus pantalones las mujeres, con sus risas destempladas y sus ademanes totalmente impropios del lugar donde se hallaban, aquellos jóvenes formaban grupos grotescos y daban bien claro a

entender que para ellos la Misa no significa nada más que una cita, una reunión. Por eso, muchos de ellos llevaban en sus bolsillos esos pequeños radios de transistores, que con bajo volumen daban la música estridente, que tanto cautiva hoy a nuestra juventud. ¡Por vez primera, para muchos de ellos, aquellas ceremonias tenían algún sentido; por vez primera comprendían de lo que se trataba!

Un profesor de una de las academias romanas quiso investigar el sentir de sus alumnos sobre los nuevos ritos y así, inesperadamente, les preguntó un día —sin haberles expresado antes sus propios criterios— qué preferían: la Misa en latín, que antes habían siempre oído o la nueva "Misa" de Vuestra "reforma". A la cual pregunta no tan sólo contestaron ellos expresando espontáneamente su preferencia por el latín, sino que, sin ser acerca de esto preguntados, dieron después las razones por las cuales tenían esa preferencia. Y he aquí algunas de las respuestas, expresadas con sinceridad y candidez, por aquellos alumnos, para estar en desacuerdo con lo que sus sacerdotes y aun el obispo les había dicho tan frecuente y encarecidamente: El latín es más misterioso; hay algo que se echa de menos en los ritos actuales, en los que se palpa una frialdad incompatible con los santos misterios. En nuestros actuales "servicios divinos" hay. mucho ruido y mucha confusión, que impiden seguir con atención y devoción las ceremonias religiosas. Hoy, en esos actos comunitarios, es difícil orar; y, en cambio, es fácil sentarse en los bancos de atrás, para escuchar tranquilamente los radios de transistores, sin que nadie lo note. El latín no cambia, como el lenguaje ordinario, con tanta frecuencia y facilidad, especialmente en nuestros tiempos.

Estas respuestas dieron ocasión al profesor para referir a sus alumnos, en la siguiente clase de inglés, el clásico ejemplo de un completo cambio de sentido de las mismas palabras, en una misma lengua. El Rey Jaime II había dicho de la nueva Catedral de San Pablo: "Es, al mismo tiempo, ridícula, fea y artificial". Este comentario lo tradujo en el lenguaje moderno, Sir Christopher Wrea: "Es agradable, venerable y artística".

Sin querer, nuestra mente, al recordar ese cambio del sentido de las palabras, se va ahora a cierta Catedral, recientemente inaugurada en el hemisferio norte, en la que se construyó alrededor del altar, un círculo de diseño claramente coreográfico, para el ballet adaptable a las Misas. Esa moderna construcción eclesiástica nos parece francamente como un anillo, hecho de cemento, de un circo neopagano o como un estadio deportivo, proyectado para contener grandes multitudes, o como el escenario de un templo

indígena preparado para el acto horrendo de los sacrificios humanos. Arquitectura digna de los epítetos del Rey Jaime, no en el sentido moderno, sino en el antiguo.

Pero, volvamos al tema de los jóvenes. Cuando cierto sacerdote del norte de Italia, que pretendía hablar en nombre de toda la Iglesia y también un "experto" en liturgia de la Orden de San Benito, una autoridad en Roma, quisieron organizar una campaña en favor de la lengua vernácula, especialmente entre los jóvenes, para demostrar que la juventud estaba en contra del latín, se juntaron, como un contra movimiento y como una demostración, unas 14.000 firmas inmediatamente, en favor del latín, en unas 24 horas y en sólo la diócesis de Roma.

¿Vamos ahora a maravillamos de que el latín, *semper iuvenis*, el lenguaje que nunca se hace viejo, sea siempre el lenguaje juvenil, de los jóvenes? *Iuventus, Filies, Robur. Ignis, Albor, Rari nantes, Excelsior, Pro Patria, Virius, Libertas*" son algunas de las palabras, que el natural sentido de la belleza, propio de los jóvenes, escoge y usa, en todas partea del mundo, en vez de sus correspondientes vocablos en los idiomas actuales, para clasificar sus temas de futbol, de natación, de cualquier otro deporte, y con las cuales palabras aclaman a sus jugadores en los estadios mundiales.

La última gesta que ha cantado el latín ha sido en los Estados Unidos, en donde los conquistadores del espacio han extendido el reino de la lengua católica mucho más allá de los "Garamantes et Indos" (Virgilio) y de los últimos confines de la tierra "*quodcumque terrarum iacet*" (Frudentius), llevándolo muy lejos de la tierra, hasta las más apartadas regiones a donde hasta ahora ha llegado el trabajo de los hombres, Y la Rusia Soviética, en una carrera que duró tres meses y medio, alcanzó a Venus, la hermosa estrella de la mañana, distante de nuestro planeta ciento ocho millones de kilómetros, con un cohete dirigido llamado también Venus, aunque los rusos pudieran haber utilizado otra palabra suya parecida Veniera, menos hermosa y apta que el latín "admirable lazo de unidad", nos atreveríamos a decir con Pío XI, en esta época espacial. Ni antes, ni ahora es el latín un "diafragma",

Lengua del pasado, del presente y del futuro; lengua del deporte, lo mismo que del dogma; de la ciencia y de la política. El Congreso Internacional de doctores, tenido en Praga el año pasado redactó en latín su programa; y en la ONU se ha propuesto que en esta lengua sean redactados sus informes y principales documentos. Es, pues, una ceguedad incomprensible el empeñarse en no querer ver en esta lengua verdaderamente universal el lenguaje predestinado de la Iglesia Universal.

Defender el latín —no dudamos en afirmarlo— es querer remplazar con esta lengua mundial esa Babel de idiomas, que divide y siembra la oposición; y quererlo precisamente hoy, en este momento histórico, cuando las naciones, especialmente las naciones, europeas, aspiran y trabajan para formar un todo, para unir de nuevo la túnica de su antigua unidad, con la ayuda y bendiciones de la Iglesia.

No hace mucho tiempo, Pablo VI dirigió estas palabras a los promotores de la unidad europea:

> "Vosotros sabéis muy bien como la Iglesia ve con particular simpatía esta noble empresa, que estáis realizando hacia la fusión … La evolución espontánea de la vida hace a este continente una sola comunidad … que aspira nada menos que a ser vivificado por un mismo espíritu."

Pero, estas palabras del Pontífice no están de acuerdo con las Vuestras:

> "Por lo que toca al uso de las lenguas nacionales, hemos concedido cuatro distintas para que puedan ser utilizadas en Italia. El francés para Val d'Acosta; el alemán, para el norte de Venecia; el eslavo para la región de Julia Venecia, y el italiano para el resto del país",

Y ¿por qué —preguntamos nosotros— no admitir también el siciliano y los otros regionales lenguajes y dialectos de la península, incluyendo el napolitano?

Verdad es que Vos mismo no excluís del todo la lógica y reconocéis las ventajas que tiene la oración de los hijos de una misma Madre, que en una misma voz invocan a la Madre Celestial, según pudimos comprobarlo recientemente en lo que leímos en un periódico católico muy conocido:

> "Unidos en una lengua común, todos los participantes de distintas naciones pudieron orar juntos... El recuerdo conmovedor de esa unión de tantas personas, no divididas ya por la barrera del lenguaje, sino que se reconocían mutuamente como hermanos de la misma familia, se conservará por mucho tiempo en los corazones de todos."

Así es, en. verdad, Nada más que la lengua común de la que Vos habláis allí y a la que le tributáis tan grandes honores en la Iglesia, no es el latín; no es, siquiera, un idioma natural; es ese idioma artificioso, mecánica, falso —el esperanto— que, fuera de la Iglesia y en. otros campos, pudiera, tal vez tener algún uso y utilidad, pero que en la Misa, substituyendo el Lenguaje universal de la Iglesia, tan alabado y tan providencial; es absurdo e

intolerable; parece recordarnos al imitador de Dios, a Lucifer, el padre de la mentira.

Con el esperanto habéis abierto los templos católicos al jazz, al twist, a los mariachis, a todo lo que no sea latín. Para esta secular y venerable lengua de la Iglesia Católica Vuestras prohibiciones han sido en extremo rigurosas: ¡Fuera el latín! ¡Fuera de la iglesia y fuera de la Misa! A no ser que la iglesia esté vacía y que nadie pueda oír esa Misa celebrada en latín. Eso es lo que dicen Vuestras instrucciones: "cuando el sacerdote dice la. Misa sin la presencia del pueblo", o, "para esas Misas, en las que ninguno de los fieles está presente. ¡Esta excepción la habéis concedido para evitar el más leve peligro de escándalo!

Nosotros personalmente nos atrevimos a pediros, en nombre de esa "democracia" y "libertad" con la que habéis llenado nuestros corazones y nuestras cabezas, el que esos ritos vernáculos sean facultativos. Vos nos lo negasteis terminantemente. Volvimos a pedir que, por lo menos, los domingos, en los templos en donde se celebren varias Misas (aquí en Florencia hay seis o siete a los que acuden muchos visitantes de otros países), hubiese una Misa, a una hora señalada, que fuese en latín. Tampoco esto fue de Vuestro agrado.

Aunque, para ser francos, veo que no sois ilógico en estas negaciones. Vos teméis —como nosotros esperaríamos— que, al conceder estas demandas, las consecuencias, serían desfavorables para Vuestra "reforma". Los católicos empezarían a añorar lo que antes habían amado y practicado sin duda alguna y lo que ahora, por lo que se les ha dicho, no deben ya ni practicar ni amar. Teméis y con razón, que viendo y reconociendo de nuevo y teniendo facilidades para conversar con su hermosa y verdadera Madre, empiecen a desdeñar y aun abandonen a esa madrastra que les habéis impuesto.

Es muy humano, Eminencia, que Vos consideréis ese Vuestro rito, Vuestra invención como el más hermoso, aunque todos los demás, incluyendo a aquellos (entre Vuestros amigos), que lo han clasificado como "bueno" una voce, unánimemente, la han juzgado horrible. De todos modos, la belleza nada significa para Vos y para Vuestros Filisteos o significa muy poco; tan poco, que nosotros, que ciertamente la apreciamos, somos, a Vuestro juicio, despreciables estetas, culpables de esteticismo.

¿Esteticismo?

Ser clasificados como “estetas” o amantes de la belleza, tratando del culto divino, podría ser un reproche si, por amor a las cosas externas, descuidásemos o no ahondásemos en las cosas internas. Sería como si nos quedásemos admirando la belleza de una magnífica fachada, sin entrar nunca a contemplar los tesoros inagotables que aquella fachada esconde. La belleza, humana y espiritualmente, es un incentivo a la adoración. ¿No hemos visto, por ventura, cómo la espiritual belleza de la Iglesia ha atraído a ella y le ha dado numerosos hijos?

“Orar en la Belleza” era un lema del Papa San Pío X, que no era un esteta, sino un santo. Y no olvidemos las palabras de Pablo VI a los artistas, exponiendo el pensamiento del Concilio:

> “Con vosotros, que amáis la belleza y trabajáis por ella. la Iglesia hace tiempo que tiene hecha una alianza. Vosotros habéis edificado y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia... Hoy, como ayer, la Iglesia os necesita y vuelve hacia vosotros. Este mundo, en que vivimos, tiene también necesidad de la belleza, para no naufragar en la desesperación. La belleza, como la verdad, es la que llena de alegría los corazones de los hombres; es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo; que asocia y une las generaciones sucesivas...”

Y, al llegar a este punto, es decir, al mencionar aquí el Concilio Ecuménico Vaticano II, permitidme que dedique dos breves capítulos, al pensamiento en estas materias de dos grandes Papas, Pío XII y Juan XXIII el Pontífice que convocó el Concilio. Ambos Papas recibieron, de los Padres Conciliares muy especial honor, al pedir, unánimes, que fuese introducido el proceso de su beatificación, para satisfacción y alegría del mundo católico.

¿Podemos identificáis Eminencia, nuestra mente con la mente de estos Siervos de Dios y Vicarios de Cristo, los que la Iglesia Católica espera ver colocados en los honores de los altares?

El Siervo de Dios Pío XII.

Preguntemos, pues, al siervo de Dios Pío XII (a quien veneró su sucesor, esperando que un día fuese proclamado Doctor de la Iglesia) cuál fue su pensamiento y cuál fue su voluntad, acerca de las lenguas vernáculas en la Misa; ya que en su tiempo los innovadores hacían esfuerzos inauditos para usar esos idiomas y para introducirlos en la liturgia de la Iglesia,

"La audacia temeraria de aquellos que deliberadamente están introduciendo nuevos usos litúrgicos o quieren revivir ritos que ya han caído en desuso y no son conformes con las leyes y rúbricas en vigor, debe ser reprendida severamente. De este modo, no sin gran dolor, Nos sabemos que estas mudanzas han sido introducidas no tan sólo en materias secundarias, sino que también en aquellas de gran importancia: no faltan, por desgracia, los que están usando las lenguas vernáculas en la celebración del Sacrificio Eucarístico... El uso del lenguaje latino es una nota clara y noble de la unidad y un eficaz. antídoto contra todas las influencias corruptoras en la pura doctrina …" (*Mediator Dei*, 1947).[13]

En su alocución al Congreso Litúrgico de 1956, el Papa Pío XII dijo:

"¡Sería superfluo el recordar una vez más que la Iglesia tiene graves razones para conservar firmemente, en el rito latino, la incondicional obligación para el sacerdote de celebrar la Misa, en la lengua latina"

Pío XII, al hablar de esta obligación, la define como "incondicional" y dice que no es él, ni son los Papas, sino es la Iglesia la que la exige. Y una de las graves razones que tuvo la Iglesia para imponer esta severa obligación, parece estar implícita en las palabras con que el mismo Papa concluye esta su severa admonición para ordenar lo que en el coro debe hacerse:

"Cuando el canto gregoriano acompaña al Santo Sacrificio, que se use el lenguaje de la Iglesia",

Ya que la Iglesia Católica está dedicada al trabajo de la renovación y una mayor santificación en las almas, preguntemos a Pío XII cuál era su pensamiento sobre la oración personal y la oración comunitaria y especialmente con relación a "esa cosa", que ha querido eliminarse completamente durante la celebración del Santo Sacrificio. En la misma Encíclica nos dice:

"El genio, carácter y propia naturaleza de la gente son tan variados y desemejantes que hace casi imposible el que todos sean afectados y

[13] **Nota del traductor**. — Uno de los más graves peligros que tiene el uso de las lenguas vernáculas nos lo dice Pío XII, cuando afirma que el latín es un "eficaz antídoto contra todas las influencias corruptoras en la pura doctrina. Las traducciones fácilmente alteran substancialmente el sentido del texto original, en esto caso, el sentido de la palabra revelada. La Iglesia ha sido siempre celosísima de la integridad y autenticidad de los textos sagrados, y no está al arbitrio de cualquier humana autoridad el adulterar la palabra de Dios.

dirigidos por las oraciones, cantos y acciones sagradas, hechas en común. Más todavía, las necesidades y disposiciones de todas las almas no son las mismas en todos, ni permanecen siempre las mismas en cada persona. ¿Quién, entonces, puede decir, por tales prejuicios, que muchísimos cristianos no son capaces de tomar parte en el Sacrificio Eucarístico, y de alcanzar sus beneficios? Porque ellos pueden ciertamente participar de otras maneras... por ejemplo, haciendo otros actos de piedad u ofreciendo oraciones que, aunque diferentes en la forma de los ritos sagrados, están, sin embargo, en conformidad con su misma naturaleza."

Llegamos ahora al altar, a la nueva idea de él; al altar, como ahora dicen, funcional. No entendemos por altar, claro está, esa variedad de substituciones, de ofensivas falsedades, de mesas de madera, de túmulos artificiales y apolillados, que obstruyen y ponen en desorden el Santuario, que muchas veces está enriquecido con obras de arte de siglos de antigüedad, creadas y consagradas al culto divino. Estamos hablando de los altares modernos postconciliares.

Bueno; he aquí lo que el Papa Pío XII nos dice, teniendo en cuenta las desviaciones encabezadas y dirigidas por los innovadores de su tiempo. Aunque esas desviaciones no eran ya ninguna novedad, porque los mismos intentos hicieron antes los protestantes ingleses y alemanes, en el siglo XVI; el galicismo en Francia, ya se llamase "regalismo", "racionalismo" o "jansenismo"; el Josefismo en Alemania o el Leopoldismo en Italia. Todos estos intentos, mayores o menores, los hicieron los príncipes y poderes temporales para dominar la Iglesia en sus reinos y regiones y así encadenarla. En la *Mediador Dei* dice Pío XII;

"No están dentro de los límites debidos los que pretenden restaurar la antigua forma de la mesa del altar".

Y más adelante, en el Congreso Litúrgico de 1956:

"El Concilio de Trento ha declarado qué disposición es necesaria tener en nuestro corazón delante del Santísimo Sacramento... Los que de corazón aceptan estas enseñanzas no piensan poner objeción alguna a la presencia del Tabernáculo en el altar... La persona de Nuestro Señor debe ocupar el lugar central en el culto divino, porque Él es el que unifica la relación entre el altar y el Tabernáculo, dando a cada uno de ellos su propio significado... Separar el Tabernáculo del altar equivale

a separar dos cosas que, por su origen, y carácter, deben permanecer unidas"

Y, haciendo una explícita referencia, en la *Mediator Dei*, al "ilegal Concilio de Pistoia" (bajo Leopoldo de Toscania), que pretendía revivir, según los métodos de los innovadores, "un excesivo y erróneo arqueologismo", así como "los esfuerzos para reintroducir los múltiples errores, propuestos por dicho Concilio, con gran perjuicio de las almas, los cuales la Iglesia (dice Pío XII una vez más, no los Papas) guardián siempre vigilante del depósito de la fe a Ella confiada por su Divino Fundador, con tanta razón, condenó", concluye Pío XII:

> "En realidad, esas proposiciones e iniciativas deplorables tienden a paralizar la acción santificadora, por la cual la liturgia sagrada eleva a los hijos adoptivos de Dios al Padre Todo-poderoso, para su salvación".

Bien, Excelencia. ¿Qué pensáis de todo esto? ¿Es concebible que el Concilio Vaticano II pretendiese rehabilitar el protestantismo, el galicismo, el Josefismo y el Sínodo de Leopoldo? ¿Os atreveríais a pedir a Su Santidad Pablo VI el impedir la beatificación de Pío XII y el contradecirlo y condenarlo, ya que él fue el defensor del odiado latín, de ese "diafragma", sostén de una "casta" en la Iglesia?

El siervo de Dios Juan XXIII

¡Pobre, bueno y santo Papa Juan! ¡Con cuánta hipocresía, con cuánta perfidia, los enemigos de la Iglesia han pretendido atribuiros lo que no dijisteis, ni quisisteis decir, para presentaros como paladín de sus ideas y conquistar así a los ingenuos y a los necios! Vos, desde el principio de Vuestro Pontificado, de una manera clara y categórica condenasteis "a aquellos mismos que habían sido antes condenados por Nuestros Predecesores, particularmente Pío XI y Pío XII" (*Ad Petri cathedram*) y cuya "persecución, que por varias décadas ha sido intensificada en muchas tierras, aun en aquellas de una antigua civilización" (*Mater et Magistra*).

Pero, no estoy hablando solamente de éstos, de los enemigos abiertamente confabulados contra la Iglesia, cuya diabólica duplicidad bien conocía la manera de aprovecharse de vuestra gran bondad y reconocida caridad, —la bondad y caridad de un santo-para el que yerra, a fin de sacarlo del error, no para confirmarlo en él—; estoy hablando también de aquellos

otros, de Vuestros amigos católicos", cuyas palabras y acciones no colaboran con el misterio de la Iglesia, su Madre y Maestra, de la que Vos erais cabeza visible, sino con sus calumniadores y perseguidores …

Sin extender más mi digresión volvamos al origen de ella, para hacer a Juan XXIII la misma pregunta que hicimos a sus predecesores y en particular a Pío XII. Y preguntar aquí significa recordar, ya que el documento suyo, pertinente a lo que estamos tratando, a pesar de ser relativamente reciente y de mucho peso, ha sido si no deliberadamente desconocido e ignorado, por lo menos del todo olvidado por muchos.

La Constitución Apostólica *Veterum Sapientia* sobre el latín, el lenguaje de la Iglesia, dedicada a la promoción y al estudio del latín, fue considerada de tal importancia por su autor, que él escogió, para firmarla y promulgarla, la Basílica de San Pedro y la festividad de la Catedra de San Pedro, 22 de febrero de 1962 —unos meses tan sólo antes de la apertura del Concilio, convocado "*ad Christiani populi unitatem assequendam confirmandamque*", para buscar y confirmar la unidad del pueblo cristiano.

Estas circunstancias nos están diciendo el amor singular del Pontífice hacia el objeto de este documento, que no es otro que una devota y ardiente defensa y preservación. del latín, "la lengua propia de la Iglesia, perpetuamente unida a la Iglesia".

Después de recordar y hacer suyo todo lo que en alabanza del latín había sido dicho, a través de los siglos, por sus predecesores y especialmente por los dos anteriores Papas Pío XI y Pío XII, el Papa Juan ve este lenguaje como "*loquendi genus pressum, locuples, numerosum, maiestatis plenum et dignitatis*" un lenguaje conciso, rico, armonioso, lleno de majestad y dignidad. En su esplendor "*quasi quaedam praenuntians aurora Evangelicae Veritatis*", como una aurora que nos anuncia la Verdad Evangélica; no sin la voluntad de Dios "*non sine divino consilio*", la Iglesia lo ha hecho suyo "*ut quae et nationes omites complexu suo contineat, et usque ad con summationem saeculorum sit permansura, scimonem sua natura requivit universalem, immutabilem, non vulgarem*"; porque Ella debe abrazar en su seno a todas las naciones y porque debe permanecer hasta la consumación de los siglos, por su misma naturaleza, exige un lenguaje universal, inmutable, no vulgar; un lenguaje, que verdaderamente podemos llamar católico "*quam dicere catbolicam vere possumus*"; un lenguaje consagrado por su uso perpetuo "*perpetuo uso consecreta*"; un tesoro de incomparable prestancia, "*thesaurus incomparandae praestantiae*"; vínculo finalmente extraordinariamente idóneo, por el cual la presente edad de la Iglesia se une con las

anteriores y las futuras, "*vinculam denique peridoneum, quo praecens Ecclesiae aetas cum supcrioribus cum que futuris mirifice continetm*". Lenguaje imparcial, que consolida y une las diferentes partes, "*cum invidiam non commoveat, singulis gentibus se aequalem praestet; nullius partibus foveat, omnibus postremo sit grata et amica …*" no moviendo a la envidia, sirve con igualdad a todas las gentes; no se apega a intereses personales, a todos finalmente es grata y amiga.

Imposible transcribir aquí todo el documento, que fue alabado en el *Monitor Ecclesiasticus* como un preclarísimo documento y como la piedra angular del pensamiento de la Iglesia con relación al latín. Veamos las conclusiones prácticas, que no son menos claras y definidas.

1. — Los Obispos y Superiores Generales de las Órdenes religiosas tendrán sumo cuidado de asegurarse que en sus seminarios... en donde los adolescentes son. formados para el sacerdocio, todos observen estudiosamente la decisión de la Sede Apostólica en esta materia y obedezcan con sumo empeño estas, nuestras prescripciones.

2. — En el ejercicio de su paternal cuidado vigilen —*paterna sollicitudine caveant*— para que ninguno de los amantes de novedades —*novarrum renun studiosi*— escriban nada contra el uso del latín, bien sea en la enseñanza de los estudios superiores de las ciencias eclesiásticas, "bien sea en los ritos sagrados —*contra linguam latinam, sive in altioribus sacris disciplinis tradendis, sive in sacris habendis ritibus usurpandam scribant*— O, con un prejuicio atentatorio, se atreven a desconocer o a interpretar, según su propio criterio, la voluntad de la Santa Sede.

¿Qué vamos a pensar ahora, Eminentísimo Señor? Habéis admitido y aun de ello Os habéis vanagloriado que, *in hac re*., en esta materia sois un innovador, y ¡qué innovador!, contra el latín (que por Vuestro altísimo puesto deberíais haber custodiado); no sólo habéis atacado con Vuestra pluma la lengua de la Iglesia, sino que la habéis perseguido con un garrote hasta echarla fuera de los templos, ¿qué vamos a pensar ahora de Vos, Eminencia, y de vuestras gestas gloriosas?

Porque el dilema es terrible; o los Papas anteriores, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII estaban equivocados como lo estuvieron todos sus predecesores, o Vos habéis, perdido la brújula. ¿Qué sentido podríamos dar a las admoniciones hechas por Juan XXIII a ciertos Superiores religiosos que echasen fuera de sus monasterios y conventos a todos aquellos que en sus bonetes tuviesen una abeja que atacase el latín?

Por favor no vayáis a respondernos con el relativismo que Os caracteriza, diciendo que un acto pontificio o un acto de un Pontífice particular, tan deliberado y tan católico, como la Constitución Apostólica "*Veterum Sapientia*", puede ser de menos valor y poder que un canto popular, o que los Padres Conciliares, después de haber enterrado con lágrimas al Papa que convocó el Concilio, procedieron, inmediatamente, con los ojos ya secos, a destruir el documento, cuya tinta estaba casi fresca y que había sido dejado a la Iglesia "*ad perpetuam rei memoriam*", con esta final intimación;

> ",.. y, "en virtud de Nuestra Autoridad Apostólica, Nos ordenamos y mandamos que todas las decisiones, decretos, proclamaciones y recomendaciones de. esta Nuestra Constitución permanezcan firmes y ratificadas, '*contrariis. quibuslibet non obstantibus, etiam peculiari mentione dignis*', no obstante cualquiera cosa en contrario, aunque sea digna de especial mención.

El Concilio.

El Concilio, a pesar, de los astutos intentos del Demonio para meter sus cuernos y su cola, fue fiel al Papa Juan, como el Papa Juan había sido fiel a sus predecesores. No podemos culpar al Concilio si la legislación litúrgica, que dice haberse derivado de él, ha tenido tan desviadas aplicaciones y es igualmente aborrecida por católicos y no católicos, por creyentes y no creyentes, en nombre de la piedad, de la unidad, de la concordia, del arte, de la poesía y de la belleza.

Lejos de haber suprimido el latín — como muchos ingenuamente lo han creído y como lo difunden sacerdotes y laicos, que hablan sin haber dado una sola referencia a la Constitución sobre la Liturgia del Concilio, la cual probablemente ni siquiera han leído—, el Concilio Vaticano II reconfirma el latín como la lengua del culto divino de la Iglesia, como lo dice expresamente esta frase lapidaria: (artículo 36) *Linguae latinae usus in ritibus latinis servetur*, que se conserve el uso de la lengua latina en los ritos latinos, es decir, en las ceremonias sacras del rito latino.

Esta es, pues, según la mente del Concilio, la regla general, que puede tener algunas excepciones, como a continuación dice el Concilio: "*Cum tamen* (admitiendo la posibilidad de algunas limitadas excepciones) suponiendo, sin embargo, que … no raras veces, *haud raro*, el uso de las lenguas vernáculas, pueda parecer muy útil para el pueblo, se concede su introducción, especialmente en las lecturas y admoniciones, y en ciertas oraciones y

cantos, "*in lectionibus et admonitionibus, in nonnullis orationibus et cantibus*" …

Encontramos la misma dispensa, el mismo permiso (no obligación, ni recomendación, sino más bien la misma repetición de la limitación), en el artículo 63: "En la administración de los Sacramentos es permitido, *adhiberi potest*, la lengua vernácula".

Todas esas expresiones, usadas por el Concilio; "suponiendo que …", "se concedo que...", "en ciertas oraciones..." "está permitido..." indican claramente que en la mente de los Padres Conciliares, se están señalando las excepciones a la regla general, que había sido promulgada por el Santo Sínodo. Y lo pregunto, como preguntan todos los católicos que son todavía romanos, que no son "felsinos" (nombre etrusco de Bolonia), ¿cómo ha sido posible introducir tan grandes abusos con tan pequeño poder? ¿cómo ha sido posible traducir la regla general del Concilio en la excepción tolerancia y las excepciones señaladas por los Padres Conciliares como si fueran la regla general de todas las reformas litúrgicas?

Y no sólo habéis hecho de la excepción la regla, sino que habéis hecho de Vuestra regla la prohibición, al excluir de todas las Misas el latín, exceptuando tan sólo las Misas dichas en privado, sin la presencia del pueblo, que Vos toleráis puedan ser dichas en latín.

Conocemos Vuestra Instrucción para ordenar el cumplimiento de la Constitución Conciliar sobre la Sagrada liturgia (*Instructio ad exsecutionem Constitutionis de Sacra Liturgia recte odinandan*). Esa es Vuestra obra, no la del Concilio; en esa "instrucción" (¿queréis decir mandato?), la palabra *recte* se traduce en un sentido totalmente opuesto, haciendo de Vuestra Instrucción una verdadera "destrucción". Y esta instrucción os dio los medios necesarios para pisotear la regla general y reducir el latín a su más mínima expresión, mientras que hacíais lícito el uso de las lenguas vernáculas prácticamente en toda la Misa, Aunque en eso mismo establecíais una condición: deberían ser tenidos en consideración los lugares. No puedo imaginarme a quienes teníais Vos en Vuestra mente para hacer esta excepción: ¿los indios de las selvas? ¿los "subdesarrollados"?... Ciertamente no eran los habitantes de la tierra de Virgilio y Cicerón, para los que hablar latín significa todavía hablarlo plenamente.

Y, sin embargo, es lo contrario, porque el número de dialectos y la imposibilidad de expresar ciertos conceptos en esos dialectos ha obligado a

los sacerdotes misioneros a conservar la lengua latina en la Misa y en la administración de los Sacramentos.

Uno de Vuestros "expertos en liturgia, en una conferencia de prensa, afirmó desvergonzadamente que la inmutabilidad del latín era. un mito, porque, aunque las palabras no cambien, sí cambia su significado. Esta grotesca afirmación está en manifiesta contradicción con las palabras del Papa en la *Veterum Sapientia*, que había sido recientemente publicada. He aquí lo que dice el Papa Juan: "es verdad, adquirieron nuevos significados, a medida que la enseñanza cristiana se desenvolvió y tuvo necesidad de ser explicada y. definida, pero esos nuevos significados han sido hace ya mucho tiempo aceptados y firmemente establecidos".

Creedme, Excelencia, no tendríais por mucho tiempo esa obediencia, con la que habéis logrado imponer Vuestra "reforma", si la gente estudiase a fondo el pavoroso problema que esa "reforma" representa en la Iglesia de Dios. Tal obediencia se. parece a la que profesaba aquel campesino que con gravedad me dijo a mí, poco después de aquel Vuestro día 7 de marzo de 1965: "Para ser sincero, la Misa me agradaba más como se decía antes. Pero, yo tengo que hacer lo que los sacerdotes nos ordenan. Si el sacerdote me dice que debo bailar en Misa, bailaré. Si me dice que debo silbar, silbaré; si me dice que cante canciones de amor, las cantaré".[14]

---

[14] **Nota del traductor**. — Algo semejante decía un sacerdote modernista a un amigo suyo del clero, que no estaba de acuerdo con tantas innovaciones, algunas de ellas tan absurdas y sacrílegas: Si me mandan decir Misa con traje de torero, diré la Misa vestido de torero. Si me dicen que consagre con pan de maíz o vino de naranja, celebraré mi Misa con esa materia. Si me ordenan que defienda el control de la natalidad y niegue la existencia del infierno, yo obedeceré fielmente lo que me digan …

El sacerdote amigo, a quien el obedientísimo clérigo había dicho estas cosas, respondió, sin apartar la vista de la cara compungida de su amigo: — Y si le dicen que se condene, se va tranquilamente al infierno, con la satisfacción de haber sido heroicamente obediente.

No, amigo mío; esto es querer renunciar completamente a la personal responsabilidad que todos tenemos de nuestros propios actos ante Dios. Esto es poner la autoridad de los hombres por encima, de la autoridad de Dios. Esto es negar la institución divina de la Iglesia y permitir que las autoridades humanas puedan, a su antojo, cambiar lo que Dios mismo ha revelado y establecido.

Cuando el Arrianismo se propagó, por todas partes y muchos obispos y clérigos incurrieron en la herejía los fieles, que engañados siguieron a sus falsos pastores incurrieron, como ellos, en la herejía y con ellos se perdieron. No quita la mortal virulencia de una peste el hecho de que el contagio venga de los que están arriba.

Volví a ver de nuevo a este pobre campesino, tiempo después, cuando el coro de nuestra parroquia, en el que cantábamos él y yo, tuvo que desbandarse, para seguir Vuestra "reforma". Él había cambiado. Ya no tenía la misma seguridad en sí ni en su obediencia. — "Bueno –me dijo–, si esto es lo que ahora quiere el sacerdote que hagamos, yo debo decirle... Mejor me callo, para no decir un disparate".

Cerca de los ríos de Babilonia.

¡Qué hermosos, qué “sublimes eran, en verdad, esas Misas solemnes! Y el pensamiento de haberlas perdido es tan doloroso que nos recuerda aquellas lamentaciones del pueblo escogido en su cautiverio; “Cerca de los, ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos”.

La única diferencia que encontramos entre la condición de esos “babilonios” y la nuestra es que a nosotros no se nos permite cantar nuestros cantos a Sión, sino que nos obligan a cantar ahora los de ellos o a permanecer en silencio. Babilonia es ahora Bolonia, la Babilonia litúrgica, en la persona de Vuestra Eminencia; es la diócesis-piloto, la que decide y habla (*Bolonia locuta est¡ – Bolonia docet*), hace escuela para todas las diócesis del mundo, que humildemente, calladamente siguen, como el rebaño del Dante, haciendo todo lo que allí se ha hecho, se hace o se hará, sin preguntar nunca el por qué, sin investigar los motivos por los que se hace o se ordena aquello, recordando tan sólo la Constitución o la decisión de los Obispos en Concilio de una manera vaga. De esa Constitución el Capítulo VI está dedicado a la Música Sacra,

Materia de diez artículos, que nos hacen pensar que la Paloma estaba verdaderamente volando sobre San Pedro, durante las sesiones conciliares, impidiendo la entrada al Intruso, que buscaba la ruina de las almas. Porque, sin duda, alguna, los innovadores esperaban que el Concilio eliminaría la música sacra lo mismo que el latín.

Y la prueba nos la da el hecho de que ni un solo músico fue llamado a tomar parte en las comisiones preparatorias, bien fuese por su personal reputación, o por el alto puesto que en algún grupo musical tuviese. Como si fuera considerado por alguien superfluo el invitar a los médicos a un Congreso de Salud Pública, aunque estuviesen cerca varios y prominentes doctores, que con toda voluntad se prestasen a asistir y tomar parte. Para las personas que han considerado. absurda esta omisión y que han preguntado la razón de ella, la respuesta rápida de los innovadores ha sido sencilla-

mente, la siguiente; "porque las ideas de estos músicos o 'expertos' en música sacra no eran las ideas que nosotros teníamos". Y esto no se puede negar.

Pero, no obstante, estos principios (el ostracismo de la competencia y del talento), la intención y los esfuerzos para hacer el canto gregoriano y la polifonía cosa del pasado no prevaleció. Como para el latín, así también para la música, el Concilio declaró: *Servetur*, que se conserve. Más todavía, el primero de los diez artículos, dedicados por el Concilio a esta materia, enaltece esta tradición musical de la Iglesia, para el pasado, para el presente y para el futuro, y la llama un tesoro de inestimable valor, que nunca debe ser abandonado por la Iglesia: "*Musicalis traditio Ecclesiae Universae thesaurum constituit pretii inaestimabilis* …" la tradición musical de la Iglesia es una herencia de inestimable valor que excede con mucho las otras formas de arte.

Este encomio vuelve a repetirse en el decreto, que expresa la voluntad do los Padres Conciliares: "*Thesaurus musica sacrae summa cura servetur et foveatur* …", debe guardarse con suma diligencia y cultivarse el tesoro de la música sagrada. Y, por este motivo, "*Scholae cantorum*", las escuelas o academias de canto deben ser apoyadas... la, preparación y la práctica de la música "*praxis musicae*" deben ser muy encomiadas y favorecidas en los seminarios, noviciados y casas de estudio" …

Entre los diversos géneros de música sacra, el canto gregoriano tiene, claro está, la preferencia; "*Ecclesia cantum gregorianum agnoscii ut liturgiae romanne proprium* la Iglesia reconoce el canto gregoriano como el canto propio de su liturgia, y, por lo tanto, quiere que en las acciones litúrgicas tenga un lugar de preferencia. Sin que esto signifique que los otros géneros de música sacra, especialmente la polifonía, sean excluidos: "*Alia genera musicae sacrae, praesentim vero poliphonia, in celebrandis divinis officiis, minime excluduntur*".

En una alocución de Pablo VI, dirigida a unos tres mil jóvenes franceses, que le habían impresionado, al cantar una Misa Pontifical Gregoriana, en San Pedro, el Papa expresó una vez más lo que la Iglesia sigue sintiendo y pensando sobre esa música sacra:

> "Tal vez —dijo el Pontífice— algunos de vos otros estéis ansiosos por la futura aplicación de la Constitución de la Sagrada Liturgia … Que lean ellos de nuevo las páginas del admirable texto relacionado con el canto sagrado y, en particular, aquellas palabras: el tesoro de la

sagrada música será conservado y fomentado con suma diligencia, y con esas palabras Nos pensamos que recobrarán la confianza".

En verdad que tenemos necesidad de recobrar esa confianza. Porque ¿qué derecho tienen para ocasionarnos estas terribles pesadillas por las que estamos hoy pasando? La arrogancia y la subversión parece que nos dominan. Poco halagados en Roma, los innovadores se han escondido en la corte de Felsina, para maquinar allí nuevas "INSTRUCCIONES", que. les den fundamento para prohibir lo. que estaba ordenado y para ordenar lo que estaba prohibido.

No mucho después salió Vuestra reciente e increíble disposición prescribiendo rigurosamente las Misas cantadas en italiano, especialmente una, que Vos irónicamente denominasteis la Misa "Vaticano II" (a la que el pueblo, sin embargo, dio un nombre menos magisterial, aunque más significativo). Según Vuestra Instrucción esa Misa tenía que ser aprendida y adaptada por todas y cada una de las parroquias, para substituir el canto gregoriano, que solamente podía usarse en las Misas Pontificales.

De esa Vuestra Misa, la "Vaticano II", un musicólogo —que evidentemente no es Vuestro amigo, ni Vuestro admirador y discípulo— escribió después el siguiente comentario:

> "es una insensatez querer hacernos tragar ese fardo de indigerible progresismo, con dosis intolerables de una cultura infrahumana, en una época de tan magníficas inventivas musicales, que aun las masas han empezado a apreciar y a gustar más. Y el éxito que han tenido en imponer a la buena fe del pueblo cristiano esa atrocidad inservible, carente de forma y contenido musical, ha sido tan sólo porque la cabeza, de esta "reforma" litúrgica así lo ha dispuesto y ordenado".
>
> "La música, dice Platón, yo me imagino que ha. de conducimos siempre al amor y a la belleza". Y Ruskin, comentando estas palabras del filósofo-poeta, escribe: "los griegos solamente llamaban música a aquel conjunto de sonidos que provocaban en el hombre sentimientos morales... cualquier otro género de sonidos, que no fuesen éstos … ellos no los llamaban música (obra do las Musas), sino más bien amusia, la negación o la desolación, por la ausencia de las Musas".

Como una verdadera amusia, del más bajo nivel —estoy seguro—, hubieran clasificado vuestra Misa "Vaticano II" no tan sólo los griegos, sino los grandes críticos ingleses de arte El mismo Ruskin en su autobiografía había escrito que él había descubierto que todos los servicios protestantes

eran “o una insolente corrupción o unos andrajos renovados o unos desechos de las grandes colectas católicas, de sus letanías y de sus cánticos de alabanza”. Sí la historia no se repite, las situaciones históricas sí se repiten, como lo estamos viendo ahora.

Citaré ahora a un crítico moderno, al P, Richard Schuler, quien, a propósito del 5º Congreso Internacional de Música de Iglesia, celebrado en los Estados Unidos en 1960, escribió en una publicación especializada de ese mismo año:

> “El mismo arte de la música en la liturgia está en peligro cuando los promotores de los cambios carecen de la musicalidad necesaria para llevarlos a cobo. Esto conduce fatalmente a un puritanismo o un iconoclasticismo en relación al arte musical … Más todavía muchos se olvidan de tener en cuenta que los deseos (“*actuosa participatio*” de la Constitución Litúrgica) originados en todos los cristianos de participar en los Misterios Eucarísticos, son un derecho originado en ellos por su carácter bautismal. Esta participación la hacemos todos en virtud de nuestro “bautismo; y, cuando en verdad queremos dar a Dios el culto y ofrecer la Víctima y recibir la Comunión, entonces, en verdad, participamos activamente en el Sacrificio. Este tomar parte se manifiesta en las señales externas, al levantamos, al arrodillamos, al hablar y al cantar; pero estas acciones no son en sí mismas la “*actuosa participatio*”, de que habla el Concilio, sino son tan sólo medios para alcanzar esta disposición. Ya que esas palabras son el núcleo de la Constitución y la suma y substancia de la presente renovación litúrgica... el interpretarlas mal conduce necesariamente a abusos indebidos de ese documento eclesial, que en muchos lugares han originado una verdadera decadencia del arte y de la música”

Hay también una activa participación de las ceremonias litúrgicas, sin hablar, con sólo oír, como lo ha declarado Monseñor Blanchet, ex-Director del Instituto Católico de París: “con frecuencia más efectiva que la participación externa”. En el capítulo sexto de Isaías —origen del Sanctus litúrgico— leemos cómo el Profeta, escuchando el canto de los Serafines sintió moverse las profundidades de su ser con humildad, con espíritu de penitencia y con un sentido de la majestad y misericordia de Dios.

El error de muchos consiste, pues, en la falsa traducción e interpretación de la palabra “actuosa”, como sí quisieran decir los Padres Conciliares

“activa”, entendiendo así por esa palabra los gestos, palabras y cantos externos —hacer algo— así corno “vemos se está haciendo en nuestras iglesias en estos días. La participación actuosa, exigida por el Concilio y siempre pedida a los fieles en el mayor grado posible, es la concentración interna de-la mente y del corazón, en el misterio de la Misa y de la muerte y Resurrección de Cristo; el ofrecimiento del Sacrificio, en unión de Cristo, el único Sacerdote y la única Víctima para la adoración de Dios, para la salvación de nuestras almas y para la redención del mundo. Esta participación, aunque se haga en silencio y sin ningún movimiento es, sin. embargo, una verdadera y completa participación. En realidad, esta INTERNA participación exige un cierto silencio y un cierto recogimiento.

Volviendo ahora a, ese canto uniforme, a esas melodías, a ese canto gregoriano o polifónico, esa música tiene una dignidad y simplicidad que difícilmente podemos encontrar en otras partes. Esas melodías son impersonales, y espirituales, elevadoras y purificadoras en su influencia sobre los corazones de los hombres. Brotando de las mismas cadencias del latín, el canto gregoriano no es una música para adaptarla a las palabras, sino palabras que se adaptan a la música.

Es esta música, la más inspiradora y hermosa, la que Vos pretendéis sepultar, para substituirla, en nombre del bien del pueblo y de la renovación cristiana, por esa horrible, sin inspiración y sin gusto, variedad de los cantos comunitarios y populares. Y todo esto contrariando las palabras del Papa y la voluntad del Concilio. Y cosas peores estamos viendo con relación a la música sacra, —cosas contrarias a la naturaleza— como si estuviesen hirviendo al niño en la leche de la madre (cosa prohibida a los judíos en el Génesis): las lenguas vernáculas están siendo acomodadas a las melodías del canto gregoriano.

Esto lo ha prohibido positivamente, absolutamente, la Iglesia, como lo declaró Pío XII: “*Lingua cantus gregoriani est unice lingua latina*” (*Documenta pontificia ad instaurationcin liturgieam*, recopilada por el P. Bugnini, el Secretario de Vuestro Consilium). Esas palabras de Pío XII, también confirmadas por Juan XXIII quien dijo; “la lengua latina indisolublemente ligada con la melodía gregoriana”, está codificada por el artículo 91 de la Constitución Conciliar. Pablo VI hace suyas aparentemente estas afirmaciones de sus predecesores, en la consagración de la reconstruida Abadía de Monte Casino, el 24 de octubre de 1964, El Papa llama a la familia benedictina:

> “la fiel y celosa guardiana del tesoro de la tradición católica, y, sobre todo, la escuela y modelo de la oración litúrgica en sus más puras formas, su verdadero y sagrado canto y su tradicional y noble lengua latina”.

Y he aquí lo que el Abad benedictino de Beuron, al Abad Reetz, dejó escrito, en un artículo publicado en 1965:

> “Ha sido sugerido en varios países que todo lo relacionado con la Liturgia de la Palabra hasta el Ofertorio, debería decirse en el lenguaje del pueblo. Esto significaría claramente la desaparición total del canto gregoriano... Pero, no podemos, ni debemos, en manera alguna, renunciar al precioso tesoro que tenemos en el latín y en el gregoriano”.

Y, después de citar a un teólogo moderno, que sostiene que la Misa en Latín había sido una de las principales razones por las que millones de trabajadores habían abandonado la Iglesia en los últimos cien años, el Abad Reetz continúa:

> “¿No han perdido acaso en los cuatrocientos años últimos esas sectas cristianas, que han usado siempre la lengua vernácula, a muchos, muchísimos trabajadores?... Podemos encontrar ahora a muchos trabajadores católicos, hambres y mujeres y sus familias, que han permanecido completamente fieles a su religión. Hasta ahora, una liturgia en la lengua vernácula difícilmente llena una iglesia, mientras que lo contrario es verdadero; cuando la liturgia se celebra en latín”.

Y concluye el Abad:

> “La Iglesia Católica ha procurado siempre unir a los fíeles por medio de una liturgia uniforme: y la razón fundamental por la cual hasta ahora había tenido éxito es el uso de una sola lengua y de un solo canto, especialmente adaptado a esa lengua... Y lo mismo podemos decir de nuestros días.”

¡Cuántas personas, aun de las más versadas, fueron no hace mucho tiempo engañadas y desalentadas al leer un estudioso artículo que pretendía haber sido escrito por un sacerdote del Vaticano! Ese artículo citando a cierto diario católico de Bolonia afirmaba que el P. Antonio Rosmini, religioso, filósofo y fundador, en su famoso libro “*Las Cinco Llagas de la Iglesia*”, reeditado con la aprobación de la Congregación Doctrinal, afirma que una de las heridas de la Iglesia era la barrera entre el sacerdote y los fieles, que imposibilitaba a éstos para participar efectivamente en los ritos sagrados. El articulista terminaba diciendo que el P. Rosmini pedía también el

uso de la lengua local como uno de los medios para remover esos obstáculos En el libro del P. Rosmini, sin embargo, no hay esa petición; por el contrario, él pide instruir al pueblo para remediar esas dificultades prácticas.

De todos modos, Eminencia, después de haber oído esas vuestras gregoriano-vernáculas Misas, inventadas por Vos, he oído también con mis propios oídos la risa burlesca de la gente, sus críticas de vuestras pomposas- y execrables parodias, que nos hacen pensar en los graznidos insolentes de un pavo real que se contonea alrededor de su plumaje —o, para usar una metáfora más casera—, a un ruiseñor que canta con el pico de un grajo.

Amamos y por eso cantamos

Orar en la fealdad parece que es para Vos y para Vuestros seguidores la traducción o la corrección de la frase de San Pío X: Orar en la belleza; y mucho tenemos que cerrar los ojos para creer que vuestro fanatismo y vuestra iconofobia han nacido de una purísima intención, de un ardiente y apostólico celo; y que la masonería o el comunismo nada tienen que ver en vuestras actividades.

Esto estaría en perfecta armonía con otras ya conocidas tácticas de antaño de fabricar y difundir ciertas espurias piadosas imágenes, no con otra intención que provocar el descrédito de la verdadera religión y piedad,

Sabiendo muy bien cómo el alma humana es influenciada por todo aquello que hiere los sentidos, la Iglesia siempre ha fomentado la música como la más espiritual de las artes. "*Cantare amantis est*" — cantamos, porque amamos, dijo el Santo Padre, citando a San Agustín, en una alocución a los "Niños Cantores"; y el canto de la Iglesia, el gregoriano, ha sido hecho para dar voz, no vaga y nebulosa, sino sublime y emocional. Ha sido hecho para expresar en sonido la verdad teológica, los actos de fe sobrenatural, de esperanza, de adoración y de alabanza divina. En contraste con estas oficiales oraciones y cantos de la Iglesia, ¿qué habéis hecho? Tomar un vulgar gallo para substituir al águila real.

No más "triunfalismo"; no más "esteticismo" —esto estaría fuera de lugar en la comunidad, en la asamblea—, ahora la "sencillez", la "humildad", la "igualdad" proletaria …

No hace mucho escuché, en Roma, la Misa del Papa Marcelo, ejecutada por los Cantores Ambrosianos de Londres; y, después volví a oírla en Florencia, catatada por la Capilla Sistina. Esta Misa, que tiene ya cinco siglos de haber sido compuesta, me recuerda —y los católicos allí presentes

sintieron la mismo— las palabras que Pablo VI dijo a los miembros de la Deutsche Oper de Berlín en 1965: “la música es como un embajador de. Cristo”.

“Si no quieren leer los Evangelios —decía el último Monseñor Perosi—, yo se los daré en música”. Pero, Vos, Eminencia, primero fulminando Vuestras condenaciones contra Miguel Angel, Arnolfo, Bernini, Pugin y otros arquitectos de esas iglesias “no funcionales”, ya que no podíais demolerlas o destruirlas con un terremoto local, ahora volvéis Vuestra atención para arrojar también de nuestros templos a Palestrina, Victoria, Bach y Haendel. para no mencionar a los innumerables compositores de música sacra quo han permanecido en el olvido, pero cuyas melodías y armonías *ex auditu* tanto ayudan para llevar a Dios las almas. Tal vez, la música sacra ha servido muchas veces mejor que las palabras para mover los corazones alejados del Señor.

“*Beaute sanctificante*”, belleza santificante: haremos nuestra la inspirada frase de la poetisa francesa, Marie Noel, derramando sus lágrimas sobro las ruinas que Vos habéis hecho. Vos y Vuestros “*clercs novateurs*” clérigos innovadores, propagadores de una religión de palabras (*une religion discoureuse*), carente de arte, la sierva de Dios, creada por Él para alabanza suya.

> “¿Se han detenido estos reformadores, encubiertos calvinistas —pregunta Marie Noel—, a reflexionar sobre ese don dado a las masas de nuestra liturgia católica, por medio de la cual la Iglesia Militante, por unos instantes, parece como que se posa sobre los umbrales de la Iglesia triunfante allá en el cielo? Es un don de la Iglesia a su pueblo, que su pueblo bien conoce y aprecia. Las múltiples riquezas de la liturgia: el terrenal y celestial grito del Adviento *Rorate*, el gloria y los *hossanas* de la triunfa) entrada del Domingo de Ramos; el *Exsultet* jubiloso de la Vigilia Pascual; los tres *Alleluias* de la Pascua Cristiana, el responso imponente delante de la tumba o de los cuerpos de los difuntos, el suplicante *Dies irae*, el *Te Deum* glorioso de nuestra acción de gracias: todo este magnífico canto de la Iglesia Católica da al pueblo la inigualada igualdad de su caridad universal, lo mismo a los reyes y príncipes, que a los pequeñuelos … Las palabras frecuentes del *Veni Creator*, del *Miserere*, del *De profundis*, del *Magnificat* se han convertido en tesoros familiares, gracias a la generosidad de la Iglesia Ca-

lica, cuya oración secular levanta y ennoblece a los humildes e ignorantes más que las lecciones y las lecturas de todos los tiempos y lugares, puestas juntas".

Si alguna observación tuviera yo que hacer a esas hermosas palabras, sería que las señales ya empiezan a verse. Ha sido necesario el remover ese don; con el insulto, con el pillaje, con las manos violentas, para que el pueblo se dé más cuenta de lo que ha perdido, para que lo aprecie más. Vuestro camino, Eminencia, ciertamente no ha sido el camino de Dios; pero los caminos de Dios no son nuestros caminos.

La música sacra en la oración litúrgica tiene un lugar de honor que solamente los sordos pueden desconocer o ignorar,

> "Si el arte —dice un eminente compositor—, es un don de Dios al género humano, al artista es un instrumento de Dios, que trabaja por Él, a veces sin darse cuenta, muy por encima de cualquier género de un raciocinio intelectual, porque llega a donde nadie más puede llegar. La liturgia de la Iglesia encuentra su alma en la música y en el canto, sobre todo, en la liturgia de la Semana Santa; porque esta música ha sido el objeto de tan sublime interpretación en la liturgia que constituye un monumento en sí de universal belleza".

Quiero terminar este capítulo con la cita de un autor muy estimado en el mundo, Robert Louis Stevenson. A pesar de la presente locura entre muchos católicos de querer encontrar errores y faltas en su propia religión, la única y perfecta religión; a pesar de la inclinación que muchos de esos reformadores tienen de halagar a otras religiones, imperfectas y falsas, estas observaciones de Stevenson no están fuera de lugar, porque nos dan una apreciación exacta de lo que es la reforma litúrgica y son un franco reconocimiento de lo que ofrece el protestantismo, no el Catolicismo.

Después de darnos una descripción de lo que era la antigua iglesia de la misión, ahora casi en ruinas, construida por los Jesuitas para los indios de California y dedicada a la Virgen del Carmen; después de decirnos que ahora, una vez cada año, llega un padre para celebrar la Misa en la Sacristía, ya que sólo queda en pie una parte de la antigua iglesia, la historia continúa:

"Y allí... usted puede ver que Dios es servido, en circunstancias más conmovedoras que en cualquier otro templo, bajo el cielo. Un indio enteramente ciego, de unos ochenta años de edad, guía el canto; otro grupo de indios componen el coro; y, sin embargo, ellos conocen el gregoriano perfectamente y pronuncian con corrección el latín, que bien entienden, como

las personas que de fuera han venido y que al conocer esta lengua pueden darse cuenta. La pronunciación es mala y nasal, el canto rápido y algún tanto desentonado... Yo nunca he visto rostros más vividamente iluminados y radiantes de alegría que los rostros de estos cantores indios. No era tan sólo el culto divino que ellos estaban dando a Dios; no era un acto, en el que recordaban y conmemoraban mejores días, sino que era, además, un ejercicio de cultura, en el que unían y expresaban todo lo que ellos sabían de arte y de letras. Y nuestro corazón se sentía triste al pensar en los buenos Padres de otros tiempos, que les habían enseñado a sembrar y cosechar la tierra; y también a cantar; que les habían dejado aquellos libros europeos con las Misas, que ellos todavía, guardaban cuidadosamente y estudiaban con diligencia en sus chozas. Ya no tienen otra autoridad ni influencia en sus tierras, les han sucedido grandes terratenientes, verdaderos sacrílegos ladrones que, pistola en mano, se han apoderado de aquellas regiones. Tan horrible visión nos puede dar el Protestantismo Anglosajón, después de aquellos santos misioneros de la Compañía de Jesús".

El Coro Parroquial: una memoria

Tomé parte como miembro del coro parroquial, por última vez, en la Semana Santa, hace dos años, aunque no en todas los Oficios, La falta de ornamentación y de arte acentuaban el vacío y la desolación del templo, que más parecía una iglesia protestante, que una iglesia católica, La nueva mesa litúrgica, colocada delante del altar y del Tabernáculo, que no había sido todavía removido, hacía que las ceremonias o acciones litúrgicas se celebrasen en un estrecho pasillo, obligando a Nuestro Señor a confundirse en medio de aquel confuso y desagradable conjunto.

El templo estaba medio desierto; y era doloroso, como también era inquietante escuchar los regaños públicos del sacerdote al pueblo, que no se prestaba, como antes, a ofrecerle no digo una mano de ayuda, pero ni siquiera un pie para las ceremonias del lavatorio. ¡Qué diferencia tan grande en los años anteriores, cuando el coro estaba tan lleno como las naves y todo el pueblo participaba con los labios y con el corazón, orando, cantando y asistiendo a las ceremonias familiares, por todos conocidas desde la niñez y amadas como lo más sagrado de la vida! Aquellos maitines tan solemnes, aquellas plañideras lamentaciones, aquel implorante y desgarrador *Miserere*, el *Vexilla regis*, el *Stabat Mater* movían los corazones, hacían que las

lágrimas humedeciesen nuestros ojos y nos llenaban el alma con el pensamiento y los sentimientos de la Pasión de Cristo, quizás con mayor eficacia que la actual "liturgia de la Palabra" o cualquier sermón.

En aquellos tiempos, el ser un miembro del coro en esas pequeñas poblaciones era considerado como un alto honor. Cada Parroquia tenía su propio coro y todas se ufanaban no sólo en tenerlo, sino en que sobresaliese sobre los demás. Ningún sacrificio no parecía demasiado grande a los miembros del coro, para ser dignos de aquella singular competencia. Sin tener en cuenta la nieve o la lluvia que caía sin reparar en la fatiga del cuerpo o los compromisos que pudiéramos tener, todos acudíamos gustosos a los ensayos, deseosos de. superar nuestras actuaciones anteriores. ¡Qué hermosas eran esas Misas-cantadas! Al salir de la iglesia, la gente nos daba las gracias y nos felicitaba por nuestros éxitos. Y esta era la única recompensa que teníamos y que queríamos; aunque no faltaba la cena que nos ofrecía el Párroco, el. Domingo de Ramos, al empezar la Semana Sarita, y alguno que otro vaso de vino de uva, al terminar las ceremonias vespertinas.

Una costumbre piadosa de nuestro coro, que siempre fielmente guardamos, era el de asistir y cantar en la Misa de Requiem, celebrada por el descanso eterno de alguno de los miembros de nuestro coro que hubiese muerto.

Todos los que quedábamos, orábamos y cantábamos con aquel fervor que nos daba el pensamiento de que algún día también nosotros, tendríamos esa Misa de Difuntos, *in die obitus*... y que otros cantarían por nosotros, como nosotros habíamos cantado por los que se nos adelantaron. Yo espero, me decía yo, como se decían los demás compañeros, que mis amigos y los que, como yo ahora, serán mañana miembros del coro, cantarán sobre mi túmulo esas sublimes y eternas plegarías, como no existen otras —las de la misma Iglesia— y que en mi funeral no se oirán jamás esas intolerables y vernaculizadas nota de la moderna liturgia.

¡Qué inspirador era cantar esas Misas de antaño, aquellos *Kyries*, llenos de majestad y de poesía, aquellos *Glorias*, que nos hacían vislumbrar la luz de la Ciudad de Dios, aquellos *Credos*, afirmación solemne de nuestra fe católica, compuestos de rodillas por sus autores y que. por consiguiente, nos hacían a nosotros arrodillarnos para creer, esperar y amar!

La comparación con lo moderno, lo "reformado" no resiste un estudio profundo, por el gran disgusto que origina, por no decir indignación y enojo.

Vos, Eminencia y Vuestros racionalistas no podéis tener idea, de la profundidad con que el pueblo asentía esas melodías inspiradoras. Estáis dominados por la idea, en conformidad con las tendencias de la época, de considerar la Misa y demás sagradas ceremonias, no como cosas santas, no como misterios inefables, que elevan y santifican los corazones y las mentes deseosas de corresponder al llamamiento de Dios, sino como espectáculos públicos, sitios de diversión, acomodados a la comprensión popular.

Durante siglos y siglos, la Iglesia, la Esposa de Cristo, había fomentado como propio el deseo constante de hermosear y santificar sus iglesias, sus ritos, sus vestiduras, sus cantos; y Vos, contra los prescrito por los Papas y los Concilios, contra la tradición secular y venerable, contra la práctica y enseñanza de los santos, el amor del pueblo y el sentir católico, habéis echado fuera todos esos tesoros —*ut quid perditio haec?*— para empobrecer, vulgarizar, proletarizar y desgarrar la preciosa túnica que Cristo diera a su Iglesia, y ponerla después en proletario *overall* [en términos generales], sin temor de ser acusados de puritanismo, sin desdeñar el aplauso del marxismo y del Gran Oliente de Francia, por haber impuesto estos "tremendos cambios", por haber destruido las posiciones "triunfalistas" y el espíritu "constantiniano", que había por siglos sepultado el Evangelio y la Obra de Cristo,

Y por la misma puerta, por la cual fueron arrojados el latín y el canto gregoriano y la música sacra, entraron dentro de nuestros templos la lengua de los mercados y toda clase de común cacofonía. Vuestra incansable, reglamentada y mundana liturgia está ahora llena de sonidos desagradables, según comentaba desde Portugal un amigo: "como la casa de la puerta siguiente de un vecino, en la que a todo volumen se escuchan los sonidos y músicas estridentes de una TV o de una radio... Y los pocos momentos de silencio se parecen al breve intervalo en el que están cambiando el disco o el programa, o a las pausas de silencio en medio de los gritos casi constantes de un bar.

Por la misma puerta por la que el latín y el canto gregoriano fueron arrojados fuera, encontraron, su camino para dominar en nuestros templos, con Vuestra aprobación y Vuestro estímulo, diré mejor, con Vuestra instigación (aunque, como ya lo indiqué antes, no podemos menos de sospechar el que los enemigos de la Iglesia hayan tenido en todo esto su parte decisiva), las Misas híbridas, mitad en latín y mitad en los idiomas vernáculos; Misas anfibias, con cantos en latín y cantos en lenguas vulgares; un canto semito-

nado, monótono, insufrible para substituir la música de la Iglesia; canto gregoriano con letra vernácula; Misas en esperanto, Misas *yéyé*, twist o de mariachis; Misas con jazz y guitarras eléctricas; Misas con ballet: una monja extravagante que en sus rítmicos movimientos se acerca al altar y toma en sus manos el cáliz, mientras su cuerpo sigue la música que es más propia de un teatro o de un salón de baile.

Y los abrazos maliciosos, con que se quiere hacer una parodia de ceremonias sagradas de otros tiempos. Sin velo las mujeres; con minifaldas y otros vestidos indecorosos e indecentes; la Misa panamericana, la Misa de la juventud; la consagración de las sagradas formas en cestos de mimbre; el negar la presencia real de Cristo después del Sacrificio, etc. etc. ¿A dónde no ha llegado Vuestro Carnaval Litúrgico? Y, cuando creíamos que estos "experimentos" de "adaptación, a la mentalidad moderna" habían llegado ya a tan profundos abismos, que era ya imposible que esa intolerable liturgia cayese más abajo, nos encontramos que estábamos equivocados; porque, a una milla de San Pedro, inducidos y ayudados por miembros de una orden religiosa, estaban ensayando, no celebrando la "Misa de los Beatles", con contorsiones, gritos y bailes epilépticos. Algunos decían que no sabían si llamarla "la Misa del manicomio" o la "Misa del prostíbulo". La música estaba acomodada a textos especiales; de la liturgia, incluyendo el "modificado Padre Nuestro, adaptado a las guitarras electrónicas y a los amplificadores a todo volumen. No había margen alguno de separación entre lo profano y lo sagrado, sino más bien una composición totalmente profana, sin ninguna pretensión de acercarse al. arte sagrado, como si se tratase de una composición moderna, para películas ultraexcitantes y escandalosas, quehacían posibles participar en la ceremonia a las coristas y bailarinas de los centros nocturnos, acostumbradas al ritmo voluptuoso de esos sitios de pecado. Aquello era como un *pandemonium*, que escandalizaba, y ofendía a todos, menos a los frenéticos actores y sus admiradores, entre los. cuales, aunque parezca increíble, estaban, algunos sacerdotes y algunas monjas

Uno o dos periódicos "católicos" juzgaron el experimento como de un poco exagerado: "hemos ido un poco más allá de lo debido", fue su comentario. Pero la prensa laica, los diarios italianos y extranjeros, calificaron muy dura y desdeñosamente esas profanaciones. Aun el periódico comunista de Italia, *Unitá*, se aventuró a decir: "A decir verdad, no es muy fascinador ver un centenar de iglesias de Roma convertidas en otros tantos clubs de música ligera".

Es cierto; hemos ido demasiado lejos.., Pero, así como los monjes de la edad media, inclinados sobre sus manuscritos, en la soledad y apartamiento de sus monasterios, trabajaron infatigablemente para preservar los tesoros, tanto del paganismo clásico, como de la doctrina cristiana, para las generaciones futuras, así ahora no faltan laicos, que en medio del mundo, se esfuerzan denodadamente para salvar lo que los sacerdotes y religiosos de la Iglesia, hambrientos de modernidad y novedades, están en tantos casos destruyendo o arrojando.

Aun la Instrucción sobre la Música Sacra (*Musicam Sacium*) de 1967, más que ser un remedio a la triste condición en que se encuentra la música sagrada, ha servido, tan sólo, para agravar la situación; y, a juicio de los mejores críticos de música y jueces especializados en la materia, no ha hecho sino abrir más la puerta a toda clase de arbitrariedades, de disputas y desavenencias. Esa Instrucción ha sido clasificada como "incompleta, insatisfactoria y aun perjudicial, por su falta de coherencia y sus múltiples contradicciones"; ha sido designada como "un compromiso, que no tiene homogeneidad ni claridad", contradictorio en su substancia; un documento que rompe definitivamente con el pasado, que abandona y menosprecia los grandes documentos litúrgicos del pasado, el Motu Proprio de San Pío X, el "*Musicae Sacrae disciplina*" de Pío XII y *Iucunda laudatio,* de Juan XXIII.

Es además deplorable, dicen las autoridades competentes, que un documento que pretende ser de carácter puramente ejecutivo en relación a una ley ya preexistente y en vigor, quiera introducir, por su cuenta, nuevas normas y radicales modificaciones. Una vez más, pero, sin que muchos se den cuenta, se abren nuevos caminos para abandonar definitivamente el canto gregoriano y para llevarnos a ese canto congregacional en la lengua de todos los días; lo que, en otras palabras, significa una negación y una profanación de la música sacra.

Monseñor Lavinio Virgilio, maestro del coro pontificio lateranense, públicamente expresó su desaliento ante los alientos que la nueva Instrucción da para experimentar nuevos tipos de música durante la Misa:

> "¿Qué vamos a pensar de esa condescendiente aprobación de esos insubstanciales y necios experimentos? ¿Es sensato hacer la liturgia un objeto de 'experiencias-personales'? ¿No es, más bien la liturgia un

acto al que deben aplicarse los frutos de una madura deliberación y decisión?”[15]

Usquequo, Domine?

Ciertamente, Eminentísimo Señor, habéis ido muy lejos. Pero, aun en esto, hay esperanza. “*Deus, venerunt gentes in hereditatem tuam, polluerunt templum sanctum tuum... Usquequo Domine?...*” ¡Oh Dios, los gentiles se entraron en tu heredad y profanaron tu Templo santo! ¿Hasta cuándo, ¡oh, Señor!; cada día somos más los. que gritamos y pedimos a Dios; y, mientras más innováis, y destruís las cosas santas con pasión creciente, más aumenta en nosotros la esperanza de que Dios nos va a oír, al fin.

Es confortante, pues, en medio de esta confusión espantosa, el darnos cuenta de que Vos y Vuestros reforma dores habéis ido demasiado lejos El mal principal, estemos seguros, que se ha seguido de esta incontrolada Babel, al hacer a un lado la unidad del lenguaje de la Iglesia, es abrir las puertas, como ha sucedido siempre, en todos los conatos de la. herejía, a toda clase de errores. Por eso los ataques de esta epidemia neomodernista, comparados con los que en la Iglesia (o, mejor dicho, en los miembros de la Iglesia) hubo, en las entrañas mismas de la Iglesia, durante los tiempos de San Pío X y su Secretariado de Estado, el siervo de Dios, Cardenal Merry del Val (cuya beatificación devotamente esperamos), es como un grave ataque de fiebre, como lo dice Maritain en su reciente libro *Le Paysan de la Garonne*. El “deán” de la, filosofía católica ha visto claramente y ha escrito cómo el oscurecimiento o la eliminación de la distinción de lo espiritual y lo temporal es una situación caótica que ha conducido a los hombres a considerar el mundo natural, ante. quien muchos cristianos se arrodillan, como el Cuerpo Místico; y acercándose a las observaciones del Cardenal Journet y de Etienne Gilson él hace también un corto estudio del Teilhardianismo, el nuevo culto del mundo, la religión del progreso y del “Cristo cósmico”, no sin excusar a Teilhard mismo, a quien con ironía atribuye “una gran imaginación”.

[15] **Nota del traductor.** — En verdad la misión del Consilium encabezado por el Cardenal Lercaro era la de ejecutar, no la de. ampliar y mucho menos anular la ley ya preexistente del Concilio. Las Instrucciones del Arzobispo de Bolonia prácticamente han hecho una nueva Constitución sobre la Sagrada Liturgia.

También es confortante saber que existe una justa alarma entre algunos buenos anglicanos, como nos lo decía hace poco tiempo el *Times*, sobre ciertas ideas puestas a discusión en la Iglesia de Roma, que siempre había sido considerada como una roca inconmovible y, a pesar de no estar ellos en todo de acuerdo con Roma, veían en ella una Iglesia que confortaba por su inmovilidad, y su firmísima adhesión a la fe antigua, mientras el mundo cambia, sin creer ya en nada, estable y definitivo.

Confortante es por otro lado la envidia de algunos comunistas, que quisieran tener la unidad, de lenguaje que la Iglesia tenía y que hemos ahora abandonado. Los artistas e intelectuales no católicos admiran las bellezas de nuestra liturgia (si, como Pablo VI ha dicho, todavía es digna de este nombre) y de nuestro arte católico (en donde no ha sido destrozado y arrojado fuera de la Iglesia.)

Es no menos consolador el darnos cuenta de que tantos jóvenes, muchos de los cuales tienen muy pocos conocimientos del latín, cada día más están comprendiendo —a medida que progresan Vuestros esfuerzos para deslatinizar a la Iglesia—, la vulgaridad e impropiedad de las lenguas vernáculas para los ritos sagrados de los domingos. Muchos están ya hastiados de esa vulgaridad de la Iglesia.

Aun los niños, con tal de ave no les hayan hecho un lavado de cerebro, por instinto natural prefieren el latín en la Misa, Los padres y educadores nos pueden dar testimonio de esto y decirnos cómo el alma inocente de los niños, con espontánea naturalidad, percibe su misteriosa belleza.

> "La Iglesia, desde los tiempos primitivos —nos dice Christine Mahrmann, en su admirable estudio '*La Liturgia Latina: sus orígenes y su Carácter*'—, se ha sentido siempre íntimamente unida con la liturgia celestial, y bien podemos decir que la Iglesia aspira ya aquí, en su forma litúrgica, a lo que San Agustín expresaba: *laudantes in Te unum, et in Te facti unum*", alabando en Ti, oh Dios, la unidad, seamos por nuestra alabanza uno contigo.

Estas son nuestras esperanzas: ver la armonía de pensamientos de los simples y humildes con los santos y Doctores de la Iglesia y con las enseñanzas inequívocas de los siervos de Dios, Pío XII y Juan XXIII; ver la proclamación que hizo el actual Pontífice de Nuestra Señora, la Virgen Santísima, como Madre de la Iglesia, *Mater Ecclesiae*, a la que constantemente y con amor creciente invocarnos, sin temor a excedernos, como algunos dicen hoy, sino con la misma fe de Dante y de San Bernardo.

María, Madre de la Iglesia; Reina y Madre: —*electa ut Sol; terribilis ut castrorum acies ordinata*; elegida como el Sol, terrible como un ejército preparado para el combate— "Ella que se levanta como la estrella de la mañana, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército preparado para el combate", como la Iglesia la exalta y aclama. Ella es la que destruye y vence todos los errores y todas las herejías: "*cunctas haereses sola interemisti*.

Madre de la Iglesia: Pablo VI quiso poner esta nueva piedra preciosa en la corona de la Virgen Madre, precisamente cuando el Modernismo, como él mismo Papa lo afirma en su Encíclica *Ecclesiam suam*, pretendía temerariamente acallar las alabanzas seculares con que el pueblo cristiano cumple la profecía mariana: *Beatam me dicent omnes generationes*, Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Mis esperanzas son éstas, pero mi certeza es otra:

Nunca faltarán oraciones e himnos de la Iglesia Militante a la Iglesia Triunfante y a la Iglesia Purgante. Diariamente y en todos los altares del mundo se renovarán la fe, la esperanza, la caridad, la acción de gracias y las alabanzas …

"*Cum quibus et nostras voces ut admitti iubeas*" [Con los cuales te pedimos que también nuestras voces mandes admitir.].

Y así que nuestra voz, la más indigna, sea acepta al Señor.

Y termina pidiéndoos, Eminencia, Vuestras oraciones este humilde escritor que por amor a la Iglesia, tal vez Os haya originado alguna contrariedad.

Tito Casini

SACRIFICIUM LAUDIS

Carta Apostólica de Su Santidad Pablo VI a los Superiores Generales de las Comunidades obligadas a la recitación en coro del Divino Oficio.

[15 agosto de 1966]

El Sacrificio de alabanza, ofrecido por aquellos que profesan la fe en el Señor, la salmodia y el canto por el cual están santificadas las horas, días y estaciones del año, centradas en el Sacrificio Eucarístico, que, como la claridad meridiana del sol, atrae todas las cosas a sí mismo, por una no interrumpida costumbre, ha ocupado siempre la mayor atención en las comunidades religiosas, consagradas al divino servicio.

Con razón se ha pensado y creído que nada podía anteponerse a esta práctica religiosa tan santa. Fácilmente podemos ver cuánta gloria ha sido dada por ella a Dios, nuestro Creador, y cuánta utilidad se ha seguido para, la Iglesia,

Por medio de esta forma de oración, establecida y mantenida hace muchos siglos, habéis enseñado que el culto divino es de suprema importancia en la sociedad humana.

Pero, por algunas cartas que hemos Nos recibido de vosotros y por otras informaciones que Nos han enviado, hemos sabido que las Casas Religiosas o Provinciales, que de vosotros dependen —hablamos solamente de las que pertenecen al Rito Latino— han venido adaptando diferentes costumbres en la celebración de la liturgia Sagrada: mientras que, por una parte, en algunas de esas casas se ha conservado el uso de la lengua latina, en otras, por el contrario, están pidiendo las lenguas vernáculas y, lo que es más, la

substitución del canto llamado gregoriano por esos sones populares tan en voga hoy en día, y aun exigen la supresión total de la lengua latina.

Confesamos que peticiones de esta clase Nos han preocupado gravemente y Nos han causado no poco pesar; y surge la pregunta: ¿de dónde han nacido esa mentalidad tan extendida y esa inaudita rebeldía, y por qué se ha difundido tanto?

Sabéis "vosotros muy bien, y no podéis negarlo; cuan en el corazón y con cuánta solicitud Nos tenemos vuestras comunidades religiosas. Muchos y muy admirables son los ejemplos de extraordinaria piedad y virtudes cívicas que les han dado brillo y fama. Y han sido una gran alegría para Nos las ocasiones en que hemos podido actuar en favor de ellas o para satisfacer sus deseos, hasta donde lo permite la ley y la conveniencia o para ayudar a su más feliz estado.

Pero, las cosas, que antes hemos denunciado, tuvieron lugar después de que el Concilio Vaticano II se había ya pronunciado sobre estas materias, (cf. Const. Lit. 101, I) y después también de que claras y preciosas reglas habían sido dictadas en las Instrucciones correspondientes. En una de éstas, para disciplinar las aplicaciones prácticas de la Constitución, en relación a la Sagrada Liturgia, el 26 de septiembre de 1964, fue decretado; "En la recitación en el coro del Oficio Divino, los clérigos están, obligados a conservar el lenguaje latino" (Nº 85). En otra Instrucción titulada "Del lenguaje que debe usarse en la celebración del Oficio Divino, etc.", con fecha del 23 de noviembre 1965, la misma obligación está reafirmada y, al mismo tiempo, se da allí, como razón para las. excepciones, el aprovechamiento espiritual de los fieles, así como las condiciones particulares que en algunas regiones puedan prevalecer, en las que deba desarrollarse la actividad misional.

Hasta que algo diferente sea legalmente establecido, estas son las leyes en vigor, que requieren ser obedecidas ya que esta virtud es, ante todo, necesaria a los miembros de las comunidades religiosas, los hijos más amados de la Iglesia, que en ella deben, sobre todo, sobresalir.

Todavía más, no se trata aquí de otra cuestión que de la preservación de la lengua latina en la recitación del Oficio Divino en el coro — lengua que, lejos de ser tenida en pequeño honor, es ciertamente digna de una decidida defensa, ya que es en la Iglesia Latina la más fértil fuente de la, civilización cristiana y el más rico tesoro de piedad; pero, al preservar el latín, queremos también conservar intacto el decoro, la belleza y el vigor original

de esas oraciones y cantos; se trata de que el Oficio Divino sea cantado en el coro con aquellas "notas de la Iglesia, que ella dulcemente canta" (cf. St. Aug. Conf, 9, 6; Pl. 32, 796), las mismas, que vuestros Fundadores y maestros y santos, que ahora están en el cielo, luminares de vuestras Familias, os han legado a vosotros. No son cosas de poca monta para vosotros esas que vuestros Padres instituyeron y que, por tantos siglos, os han dado esplendor y fama. Y más aún, esta manera de recitar en el coro el Oficio Divino es una de las razones principales, por las cuales vuestras mismas Familias religiosas se han conservado unidas y han gozado felizmente de un crecimiento y desarrollo. Por eso es para llenarse de asombro el que algunos, sacudidos por inesperadas tempestades, piensen que esta manera de oración sea ya inapropiada y deba ser removida.

En las presentes condiciones, ¿qué lengua, qué canto pueden tomar el lugar do esas formas de la piedad católica y qué hasta ahora os han servido a vosotros de tanta ayuda? Es necesario reflexionar y vigilar no sea que surja una situación peor, una vez que esa gloriosa herencia sea repudiada. El peligro está en que, si el Oficio coral queda reducido a una simple recitación, que vosotros mismos consideraríais muy pobre, fácilmente se originaría en vosotros el tedio.

Hay además este otro problema: ¿querrían frecuentar todavía vuestras iglesias los amantes de oír los santos cantos y oraciones, cuando se diesen cuenta de que no oían más aquel inmemorial y original lenguaje, que ellos seguían en ese canto tan lleno de gravedad y tan rico en belleza?

Por eso Nos rogamos a todos los que tienen la responsabilidad y autoridad que piensen bien el valor d aquello de lo que quieren desprenderse y no dejen que esas fuentes, en las que ellos tantas veces han bebido, hasta ahora, vengan a secarse.

No hay duda, que el estudio del latín ocasiona a los novicios de vuestra, santa milicia alguna dificultad; tal vez no pequeña. Pero ésta, como vosotros lo sabéis, no es tal que no pueda ser vencida y conquistada, especialmente en vuestras casas, en las que, totalmente alejados de los cuidados y ruido del mundo, podéis entregaros con mayor facilidad al estudio de las letras.

Por lo demás, esas oraciones, tan llenas de fortaleza y de noble majestad, continuará, atrayéndoos a muchos jóvenes llamados al servicio de Dios. El. coro, por el contrario, que no tuviese ya ese lenguaje que está por encima de todas las fronteras de cada una de las naciones y cuya dignidad está en su maravillosa fuerza espiritual; el coro que eliminase esas melodías, que

nacen desde lo más hondo del alma —Nos referimos al canto gregoriano—, sería como una candela mortecina, que no daría más luz, ni llevaría la contemplación a las mentes de los hombres.